Juan Eduardo Cirlot

EL PEOR DE LOS DRAGONES

Antología poética 1943-1973

Edición de Elena Medel

Lectulandia

«Obviemos el prejuicio ante Juan Eduardo Cirlot como poeta maldito y difícil, y acerquémonos con reservas al prejuicio ante Cirlot como excepción en su tiempo. Esforcémonos por comprender su escritura desde el tiempo en el que se escribe: un país en dictadura, cerrado no ya a lo que ocurre en ese momento en un mismo continente o en una misma lengua, sino a lo que ocurrió en ese mismo espacio y en ese mismo idioma durante los años anteriores a la guerra. Esforcémonos por comprender a un poeta que recurre como fuente de sugestión a una experiencia alejada de la intimidad, y vinculada a la literatura y al arte y a la música y al cine, disciplinas que considera tan verdaderas y tan suyas como cualquier anécdota de la realidad, que aspira a comprender una realidad que siente ajena, que mira al pasado porque lo entiende como explicación del presente, y que, quizá sin conciencia, seguro que con ambición, escribe para los lectores del futuro». —Elena Medel

La poeta Elena Medel plantea en esta antología una doble meta: la del reencuentro para aquellos lectores que ya han descubierto los versos del escritor barcelonés y, de manera esencial, la de la revelación para quienes desconozcan su obra.

Juan Eduardo Cirlot

El peor de los dragones. Antología poética (1943-1973)

ePub r1.0
Titivillus 08.03.2020

Título original: *El peor de los dragones. Antología poética (1943-1973)*
Juan Eduardo Cirlot, 2016
En cubierta: fotografía de Juan Eduardo Cirlot (1949), Batlles-Compte

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Francesc Català-Roca, *Retrato de Juan Eduardo Cirlot en su despacho* (1954)

Magia y papel vivo

1

El hombre mira con fijeza. El hombre mira con fijeza en esa fotografía de 1954 —firma la imagen Francesc Català-Roca— en la que lo flanquean siete espadas. Late una clave, laten varias claves: el punto de equilibrio entre la atención y el asombro, la carga del número —los significados que sugieren más allá de la definición— y del propio símbolo que aúna la fuerza y la belleza. La esencia reside en la mirada: la mirada que se repite, fija y sorprendida y sabia, en las demás imágenes que le conocemos.

Muchos lugares comunes han lastrado —a mi juicio— la recepción de la poesía de Juan Eduardo Cirlot. Se trata del hombre que mira con fijeza: la misma actitud con la que después escribirá. Uno de esos tópicos lo sitúa como un poeta maldito, quizá por la permanencia de su obra en los márgenes —para sus coetáneos y para las generaciones posteriores, que relegaron sus libros a un paréntesis cuando rescataron discursos similares—, despojando con este término a su poesía de la finura que ofrece al lector. Otro dibuja la poesía de Cirlot como una escritura árida, hostil para el lector menos dispuesto; y resulta cierto que la obra cirlotiana rezuma exigencia, pero ocurre porque primero se exige en el reto del lenguaje. Ese rigor permite la revelación y permite el descubrimiento. No expulsa al lector: le desafía a replantear su vínculo con el propio entendimiento del poema, primero, y luego con los alrededores que conlleva, y que se ensanchan desde las circunstancias a la tradición.

Esa tradición —y su interpretación canónica— excluye propuestas singulares como la de Juan Eduardo Cirlot, lejos de las fotografías generacionales. Su escritura pública —aquella a la que disponemos de acceso los lectores— se inicia en el tránsito de la primera a la segunda etapa de posguerra. Un momento en el que —sopesado medio siglo más tarde— se realiza la transición de una poesía oficial, la de carácter neopopular agrupada en torno a la revista *Garcilaso*, a otra de espíritu más social, que —con reservas— recoge el espíritu de la revista *Espadaña* —en la que Cirlot publicó, no obstante— y lo depura, representada por la célebre imagen en Colliure en 1959. Un viraje temático que apenas representa, en cambio, un viraje estético: la palabra se mantiene clara, con intenciones diferentes, aunque con dejes —en cierto modo, con ciertas distancias— similares. Las excepciones —Antonio Gamoneda, Claudio Rodríguez, José Ángel Valente— se forjarán y reconocerán más tarde, pero esas fotografías —figuradas o ciertas— fijarán sus nombres a la historia: al canon. Ese canon excluye las poéticas marginales —Gabino Alejandro Carriedo, Ángel Crespo, Carlos Edmundo de Ory, Francisco Pino o los poetas de *Cántico*, con sus universos tan distintos— y entierra con el paso de los años propuestas aclamadas en su tiempo —y lejos en ética y en estética del discurso predominante— como las de Alfonsa de la Torre. Cirlot compartía algunos intereses con estos autores, pero no tantos —y no con tanto peso— como para «forjar», en cierto modo, un grupo de resistencia en alternativa al Grupo del 50. Toca mencionar otra figura recurrente, la del poeta como verso suelto, que sí es fiel a la realidad en este caso.

Obviemos entonces el prejuicio ante Juan Eduardo Cirlot como poeta maldito y el prejuicio ante Cirlot como poeta difícil, y acerquémonos con reservas al prejuicio ante Cirlot como excepción en su época. Esforcémonos por comprender su escritura desde el tiempo en el que se escribe: un país en dictadura, cerrado no ya a lo que ocurre en ese momento en un mismo continente o en una misma lengua, sino a lo que ocurrió en ese mismo espacio y en ese mismo idioma durante los años anteriores a la guerra.

Esforcémonos por comprender a un poeta que recurre como fuente de sugestión a una experiencia alejada de la intimidad, y vinculada a la literatura y al arte y a la música y al cine, disciplinas que considera tan verdaderas y tan suyas como cualquier anécdota de la realidad. Esforcémonos por comprender a un poeta que aspira —a su vez, en un ejercicio de laberintos— a comprender una realidad que siente ajena: a un poeta que mira al pasado porque lo entiende como explicación del presente y que, quizá sin conciencia, seguro que con ambición, escribe para los lectores del futuro.

2

Según apunta Victoria Cirlot, los primeros poemas de Juan Eduardo Cirlot datan de 1936[1], año —durante los meses previos al Alzamiento Nacional— en el que el poeta realizará «ciertos descubrimientos» que definirán sus inquietudes artísticas: en el plano literario, asistirá a una conferencia de Paul Éluard, el poeta surrealista francés; más tarde acudirá a varios conciertos dirigidos por Ernst Krenek o Igor Stravinsky; y en esa época se forma, de manera autodidacta, en el ámbito de la egiptología y las civilizaciones antiguas. Por su parte, Clara Janés retrasa esta fecha hasta 1937. En ambas situaciones, el impulso de la escritura coincidiría con dos fechas que atraviesan la vida del poeta: el estallido de la Guerra Civil, si atendemos a la información que Victoria Cirlot facilita en su edición de *Bronwyn*, o la movilización de Cirlot por la República en el frente de Guadarrama, tal y como indica Janés. En cualquier paso, la revelación de la escritura tendrá lugar cuando el poeta tenga apenas veinte años, puesto que había nacido en Barcelona el 9 de abril de 1916.

En todo caso, la escritura de Cirlot nunca depende de su biografía —jamás la tildaríamos de «confesional», o no al menos según la interpretación actual del término—, y en cambio sí resulta profundamente personal: no me refiero a esa frase hecha que subrayaría la diferencia de su propuesta, sino a que todas sus obsesiones y recurrencias se respaldan y se entienden al analizar su

biografía. El peso de la imagen en su escritura se origina, de manera explícita y quizá evidente en demasía, tanto por su fascinación surrealista como por su posterior labor profesional como crítico y editor de arte; y esos descubrimientos de 1936 —mientras trabaja en el Banco Hispanoamericano y aspira a triunfar como compositor — explicarían algunas de las decisiones posteriores de su escritura.

Al finalizar la contienda, Cirlot debe cumplir el servicio militar en Zaragoza. Su estancia de tres años —entre 1940 y 1943— en la ciudad le permitirá trabar amistad con Alfonso Buñuel, hermano del cineasta. Esta relación no sólo le abre las puertas de los círculos intelectuales de la ciudad, prefigurando la integración de Juan Eduardo Cirlot en determinados grupos artísticos a su regreso a Barcelona, sino que le brinda el acceso a la biblioteca de Luis Buñuel, exiliado por aquellos años en Estados Unidos. Gran parte de los títulos que su hermano conserva en España pertenecen al movimiento surrealista, estética que ya interesó al poeta que se iniciaba en la creación, y en cuyo ideario profundiza gracias a los hermanos Buñuel. Sabemos que Cirlot escribe en esa etapa, pero no sabemos qué: destruirá todos los poemas escritos entre 1936 y 1943.

A su regreso a Barcelona, Juan Eduardo Cirlot mantiene sus intenciones artísticas. Compone una pieza para quinteto, inicia su colaboración con algunas de las revistas literarias de la ciudad —en ellas publicará sus primeros poemas, invitado por Juan Ramón Masoliver, primo de Alfonso Buñuel— e instaura una pequeña tertulia surrealista en la taberna La Leona, junto a la Plaza Real. Junto a sus compañeros de grupo, Julio Garcés y Manuel Segalá —los únicos miembros fijos: a veces reciben, entre otros, a Ramón Eugenio de Goicoechea o César González-Ruano—, practica la escritura automática; firman sus poemas como Julio-Eduardo Cirlot Garcés u otros seudónimos que combinan sus nombres y apellidos, según la implicación y la autoría. La aventura de La Leona se extiende entre 1945 y 1949, época en la que Cirlot se asienta por fin en su ciudad natal.

Desde allí estrecha «La Amistad Celeste» y epistolar —tal y como ellos bautizaron a su relación— con Carlos Edmundo de

Ory, se casa con Gloria Valenzuela García —con quien tendrá dos hijas, Lourdes y Victoria— y abandona de forma paulatina los grises empleos de oficinista, gracias a un primer trabajo como librero y a su puesto —desde 1951 hasta su muerte— como editor en Gustavo Gili. En ese tramo final de la década de los cuarenta, Juan Eduardo Cirlot se convierte en una referencia del ámbito creativo en Barcelona gracias a sus múltiples facetas: sus críticas de arte y literatura aparecen en los periódicos y las revistas de la ciudad, se integra en el núcleo fundador del Círculo Manuel de Falla… Pero su interés por el arte y la literatura terminan venciendo a sus inclinaciones musicales. Tal y como ocurriera con sus poemas iniciales, pese a que algunas de sus piezas se han interpretado con éxito —gracias a lo cual se conservan algunas de ellas—, en 1947 decide atajar su crisis compositiva —iniciada, de manera paradójica, al regresar a Barcelona— y destruir todas sus obras musicales.

3

Si la década de los treinta se despide —antes de la Guerra Civil — con los «ciertos descubrimientos» de 1936, que revelan a un futuro compositor y poeta, la de los años cuarenta finaliza con las definiciones de su vocación: acabada su relación con la música, Juan Eduardo Cirlot se centra como creador en la poesía, y como crítico en el arte. Al repasar su biografía, no resultaría descabellado nombrar 1949 como otro año de «ciertos descubrimientos». En ese año publica su *Diccionario de ismos*, una de sus grandes obras como crítico de arte y ensayista, de consulta obligada todavía hoy y que resulta curiosa para acercarse a la propia poesía de Cirlot. A su integración en Dau al Set, el grupo vanguardista creado por Joan Brossa o Antoni Tàpies en torno a la revista del mismo nombre, se unen dos encuentros que afianzarán varias de sus militancias estéticas: en Barcelona con el etnólogo y musicólogo Marius

Scheneider, que le dará a conocer las posibilidades de la psicología; y en París con el escritor André Breton, fundador y teórico del surrealismo.

«El simbolismo y el surrealismo», confesará Cirlot en 1957, al responder al cuestionario de Breton sobre *L'Art Magique*, «son los dos únicos movimientos ideológicos que han trabajado en este sentido [el del «descubrimiento de un *nuevo sentido* que incluya todos los precedentes»] y, por ello, les he dado mi adhesión, aunque los considere más como un punto de partida que como un horizonte». En efecto, Juan Eduardo Cirlot recurrió al surrealismo y al simbolismo como puntos de despegue. Esta primera etapa de su escritura, que se desarrolla entre 1943 y 1954, es la etapa más canónica de un poeta que fundó su propio canon: la etapa más clasificable de un poeta que se despega del surrealismo, por así decirlo, al conocer a los surrealistas. Dos escrituras marcarán la salida de Cirlot del movimiento estético: la publicación de Introducción al surrealismo (1953) y la escritura de Primer homenaje a Bécquer (1954). Un texto que destruirá, como tantos otros, pero que marcará el descubrimiento de la técnica permutatoria.

Saltamos en el tiempo: a principios de los años setenta, el escritor y crítico literario Leopoldo Azancot encargó a Juan Eduardo Cirlot una antología de su obra, realizada por él mismo, que habría recogido y popularizado su obra, autoeditada en una parte generosa. Existe amplia correspondencia entre Cirlot y Azancot, fechada sobre todo en Cirlot y 1973, aunque en este momento —retrocedemos hasta mediados de los años cincuenta— nos interesa la «Nota preliminar» que Cirlot redacta en 1970 para que anteceda a los poemas. En este texto, de prosa clarísima, el poeta aporta un buen número de claves para la comprensión de su obra: distingue entre periodos, confiesa influencias, revela temas y destaca obras. Con respecto al hallazgo de la técnica permutatoria, que ancla en cierto modo el final de una etapa y el comienzo de otra, escribe: «(…) en 1954-1955, realicé mi descubrimiento principal: la poesía permutatoria, debido a mis estudios de música,

ya que consiste en una aplicación a la lírica de los métodos de Schönberg en su técnica de los doce sonidos (creación de un conjunto, producción del resto de la obra por variación de todos los elementos de ese conjunto, sin quitar ni agregar nada a él, conservando la métrica o variándola)». En 1971, en una carta enviada al poeta Antonio Bouza, precisará que se trata de «la aplicación inconsciente de los principios de la música llamada serial o dodecafónica a la poesía».

Juan Eduardo Cirlot escribe. Cirlot alcanza la conciencia sobre qué quiere escribir, y sobre cómo quiere escribir. Para esto, Cirlot calla.

4

O no.

Porque la segunda etapa de la poesía de Juan Eduardo Cirlot se califica de periodo de «crisis», aludiendo incluso a la elección del silencio frente a la escritura. Esta precisión obligaría a imaginar a Cirlot como a un escritor en barbecho, sin palabras durante ese lapso que media entre el descubrimiento de la poesía permutatoria —y su ensayo en un tributo a Bécquer, de quien le atrae más su imaginario que el propio discurso— y la revelación de *Bronwyn*, con la escritura de su ciclo extenso, inagotable. Sin embargo, aunque el ritmo de publicación desciende con respecto a su etapa anterior —Cirlot no recuperará su escritura prolífica hasta que prenda la mecha de *Bronwyn*, con el visionado de la película *El señor de la guerra*—, el poeta no se mantiene lejos de la creación durante este periodo.

Entre 1954 y 1966, Cirlot continúa escribiendo y publicando libros de poesía: a esta etapa pertenecen El palacio de plata (1955), en el que explora las posibilidades de la poesía permutativa, o Blanco (1961), además de *La dama de Vallcarca* (1957), el importante texto que anticipa el espíritu del ciclo de *Bronwyn*. Asumiendo una línea formal lejos de la experimentación, con un largo poema fragmentado en pequeños textos en prosa, *La dama de*

Vallcarca parte de una fascinación que prefigura la que despertará su ciclo célebre. En el caso de *La dama de Vallcarca* —en el que invirtió dos años de trabajo—, aunque el título aluda a una mujer, a una de las misteriosas mujeres que con nombres distintos aparecen y reaparecen en su obra, el espacio se alza como auténtico protagonista del poema.

El compositor austriaco Arnold Schönberg residió en el barrio barcelonés de Vallcarca, en el distrito de Gràcia, durante los años 1931 y 1932. El fervor de Cirlot por la obra de Schönberg, de quien adopta el hallazgo de la permutación, conduce al poeta a visitar ese lugar que considera repleto de magia: la magia misma que inspiró a su héroe. El poema, que el propio Cirlot define como «lo mejor que un español ha escrito en ortodoxo surrealismo» —en una carta de 1956 a Juan Fernández Figueroa, director de la revista *Índice de Artes y Letras*, que lo publicará como *La muerte en Vallcarca*—, narra un soñado viaje a la idealizada casa de Schönberg. En él, la voz que descubre y escribe reflexiona sobre la muerte, y sobre la belleza de la muerte, en uno de los textos más misteriosos e inquietantes de Cirlot.

Este periodo de crisis permite a Juan Eduardo Cirlot tomar decisiones con respecto a su obra. Certifica el ya anunciado abandono del surrealismo, pese a algunos reintentos como el propio *La dama de Vallcarca* o los textos en prosa agrupados bajo el epígrafe *Con los surrealistas*, y conduce al autor a una escritura cada vez más preocupada por la forma —palabra y sonido— que por el significado —palabra e imagen—; durante estos años ensancha su discurso, al que incorpora elementos que se intuían, y que determinarán su escritura posterior. La amistad con el arquitecto e historiador del arte José Gudiol le brinda el hallazgo del arte gótico, y su relación con José Gifreda —apodado «el Alquimista de Barcelona»— le permitirá acceder a su biblioteca sobre astrología, esoterismo y simbología, una pieza fundamental en la preparación del *Diccionario de símbolos* (1957). El tiempo de la crisis poética, por tanto, tiene más que ver con el tiempo de la

escritura pausada: a Cirlot le ocurre no tanto el gesto de la escritura, la disposición ante el poema, sino el rumiar de lo que se escribirá.

Esa apertura de Juan Eduardo Cirlot a nuevos conocimientos cuenta —incluso— con una repercusión geográfica: los viajes que realiza en 1960 a la ciudad cátara de Carcasona (Francia) y a distintas ciudades italianas —Milán, Venecia, Verona y Vicenza, entre otras—, y su regreso a París en 1962. La cidadela del Languedoc ejercerá en Cirlot un influjo similar al de la casa de Schönberg en Vallcarca: de nuevo el espacio extiende su invitación al sueño. Esta ciudad fortificada —que conserva elementos medievales y alcanzó su esplendor entre los siglos XIII y XIV, siendo abandonada hasta su restauración en el siglo XIX— despierta en Juan Eduardo Cirlot el recuerdo de civilizaciones que le inspiran por su tensión entre el esplendor pasado que se conoce, aunque no se distinga, y el presente arrasado que se muestra. En el imaginario de Juan Eduardo Cirlot, Carcasona equivale a Egipto, Cartago o Roma, y origina la escritura de un breve ciclo —no más de catorce poemas de pocos versos cada uno— que tiene que ver con el fragmento y el silencio, frente al discurso encendido de otros textos del autor.

En verano de 1966, Juan Eduardo Cirlot cumplirá con el ritual del espectador de cine: comprará su entrada, esperará sin paciencia a que se apaguen las luces, no le importará qué ocurra fuera de la sala durante las dos horas en las que se proyecte la película. Dentro, la magia: una película titulada *El señor de la guerra*, dirigida un año antes por Franklin J. Schaffner, y con Charlton Heston como protagonista. La desconocida Rosemary Forsyth interpreta a la hermosa Bronwyn. El hombre mira con fijeza. Todo ha cambiado.

5

Todo cambia en el instante en el que Forsyth invade la pantalla. Cirlot no toma conciencia en un primer momento, puesto que la historia de Bronwyn no reaparecerá hasta meses más tarde, en febrero de 1967, cuando escriba un artículo sobre la película y —sobre todo— cuando escriba los poemas del primer *Bronwyn*; sin

embargo, esa historia de amor y lucha, que transcurre en la costa de Normandía durante el siglo XI, permanecerá con él durante años. En ella se narra la disputa entre el caballero normando Crisagón, gobernador del pueblo, y el druida Odins, jefe de la tribu, aliado con el enemigo frisón. El enfrentamiento entre el poder militar y el poder sagrado, entre lo que irrumpe y lo que —ancestral— se mantiene, ya poseería suficiente atractivo para Juan Eduardo Cirlot; a esta trama de carácter más histórico y político se suma el triángulo amoroso entre Crisagón, Marc —hijo de Odins— y la bella campesina Bronwyn, que se casa con Marc, pero a la que ama Crisagón. El secuestro de Bronwyn por parte del caballero, después de su noche de bodas, desencadena una batalla entre normandos y frisones.

La historia narrada en *El señor de la guerra* apenas influirá en los poemas en el ciclo de *Bronwyn*. Las guerras y las disputas no aparecerán en los poemas, que —si acaso— recuperarán algunos escenarios en los que se desarrrolla o cierto espíritu, de manera intensa en los primeros pasos del ciclo: «¿Mi señor me envió junto a las olas?/ ¿Mi ruido y mi armadura son su don/ necesario?». La importancia, como indica el título del ciclo, recae en el personaje femenino: en Bronwyn. Una figura que no resulta nueva al lector de Juan Eduardo Cirlot, puesto que su presencia recuerda en cierto modo a la presencia fantasmal de la dama de Vallcarca, y remite a las Ofelias que han aparecido ya en su obra. De hecho, la escritura de *Bronwyn* —el recuerdo de Bronwyn— la desata el visionado de *Hamlet*, en dos versiones diferentes: la de Laurence Olivier, estrenada en 1948 y con la que se había reencontrado el año anterior, y la dirigida por el soviético Grigori Kozintsev, estrenada en 1964 y que descubre en febrero de 1967. Cirlot relaciona el vínculo entre Hamlet y Ofelia con el vínculo entre Crisagón y Bronwyn. El poeta escribe sin la conciencia de lo que ocurrirá, guiado por una imagen que conduce a otra que conduce a otra que conduce a otra.

Y escribe un poema que conduce a otro que conduce a otro que conduce a otro. Juan Eduardo Cirlot escribe sus primeros poemas a

Bronwyn, aquellos fechados a comienzos de 1967 y agrupados bajo el epígrafe *Bronwyn* —sin más especificaciones, a diferencia de los posteriores—, con la idea de que se tratará de un poema, de varios poemas, de varios ciclos de poemas. El poema se impone, gana la batalla: Cirlot abandona su larga etapa de crisis, de cierta distancia con la escritura poética, y en apenas dos años —entre comienzos de 1967 y comienzos de 1969— compone las más de doscientas páginas de los ocho primeros libros sobre *Bronwyn*. Nos referimos a libros como tal, a ciclos separados, pero en la mente de Cirlot se forja ya la idea de asumir el ciclo *Bronwyn* como un extensísimo y único poema, lleno de meandros, sin fin: un ciclo formado por dieciséis libros de poemas que se alejan de la recreación del mito para crearlo. El poeta traza el camino de Bronwyn: de la mirada de reojo al modelo en los primeros poemas, a la distancia que establece cuando sus temas habituales irrumpen en el discurso. Un artículo publicado en *La Vanguardia* a finales de 1968 apela al lugar de *Bronwyn* como síntesis de «los dos mitos centrales» de la poesía de Juan Eduardo Cirlot; los dos temas, en resumen, que la vertebran. Apuntan a «la vida muerta (en el sentido de Séneca, lo perdido, no sido, desaparecido)» y «el amor situado en ese estrato de la vida mental en que lo irreal se torna verdadero por vivencia». Ambos desembocan, en cierto modo, en otro gran tema: el del papel de la realidad en la realidad, la certeza de que no existe coincidencia entre la realidad vivida y la realidad creada. Esos distintos planos se reflejan en su propia escritura: en esos momentos, la vida real se llama *Bronwyn*.

La escritura del ciclo de *Bronwyn* marca —en palabras de Victoria Cirlot— una nueva etapa en la escritura del poeta, «que durará hasta su muerte» el 11 de mayo de 1973, en Barcelona. Durante este periodo, Juan Eduardo Cirlot compone *Bronwyn* en paralelo a otros ciclos de poemas. Una lectura en ese sentido, alternando unos textos y otros, nos revela una vez más a un autor que no concibe la escritura en compartimentos estancos, sino como un todo.

La atmósfera de *Bronwyn* se retoma en los *Poemas de Cartago* (1969), que enlaza con el descubrimiento de Carcasona plasmado en *Blanco*, o con las visitas a la casa de Vallcarca, ya no de Schönberg sino de Cirlot: de nuevo el espacio, de nuevo el espacio no tanto por lo que significa como por lo que significó, de nuevo las ruinas para certificar el pasado que fue. La muchacha bella y misteriosa y frágil —hecha de muerte— reaparece no llamándose Bronwyn, sino con otros nombres y apariencias, en *La doncella de las cicatrices* (1967), *Hamlet* (1969) o el ciclo de ciclos dedicado a la actriz Inger Stevens, con cuatro trabajos entre 1970 y 1972. A final de la década de los sesenta, cuando se desperezan los setenta, Juan Eduardo Cirlot viaja de nuevo: regresa a Carcasona y conoce la ciudad de Albi —sede de la secta herética y maniquea de los albigenses, de esplendor previo al de la cercana ciudadela— y la abadía de Fontfroide, de la misma época, contraria a cátaros y albigenses. En ese mismo año viaja a Londres para presentar la traducción al inglés de su ensayo sobre Picasso.

Para entonces ha añadido Cirlot otro descubrimiento a su escritura: las variaciones fonovisuales. Juan Eduardo Cirlot, un poeta de imágenes desde su temprana militancia surrealista y simbolista, que dedicó intensas reflexiones al vínculo entre el signo y el símbolo, reconoce que «en el interior del poeta hay algo más poderoso que la imagen. Es el sonido». Esta decisión no se aleja en exceso de otra anterior: la de la poesía permutatoria. Al fin y al cabo, Cirlot se propone en ambos casos jugar con el significado intangible y con la expresión tangible para originar una tercera opción: el poema se dibuja en la página, el poema se escucha en la página. Los ejemplos más evidentes datan de 1972, con las *Ocho variaciones fonovisuales sobre el nombre de Inger Stevens* (1935-1970) y las *Ocho variaciones fonovisuales sobre el nombre de Bronwyn*, que deconstruye ambas identidades para crear nuevas construcciones con el mismo material.

Esta etapa de experimentación, en la que Juan Eduardo Cirlot regresa de otra forma a sus orígenes —las vanguardias— y enfrenta sus tres intereses creativos fundamentales —el arte, la música y la

poesía—, se detiene con la enfermedad y muerte del poeta. A finales de 1971 se le diagnostica un cáncer de páncreas; fallecerá año y medio más tarde. Su creación se interrumpe justo en plena transición entre dos etapas, una vez cerrado el ciclo de *Bronwyn* y los ciclos paralelos, alimentados en temática y expresión de los poemas a la campesina, a la imagen de la campesina, a la imagen. ¿Qué habría escrito Juan Eduardo Cirlot tras despedirse de ella? ¿Qué habría escrito Cirlot después de iniciar su investigación fonovisual? Se escribió, de manera paradójica, en todos sus poemas anteriores.

6

«Mi país, [sic] me oculta y me niega», escribió Juan Eduardo Cirlot en una de sus cartas —fechada el 23 de enero de 1970— a la escritora Jean Aristeguieta. Su correspondencia con Aristeguieta, poeta y directora de la revista venezolana *Árbol de fuego*, en la que Cirlot publicaba sus textos de forma habitual, significa para el autor una doble vía de escape. Por una parte evidente, para su obra, que halla su lugar en un ámbito —el de la poesía latinoamericana: en esa misma carta expresa su deseo de que el ciclo de *Bronwyn* se edite en un «libro entero», «un libro americano y no español»— más proclive a la experimentación que la España de la época; y por otra parte, de forma más sutil, para su propia posición como autor. Cirlot plantea su obra consciente de su calidad y relevancia, pero al mismo tiempo consciente de la irrelevancia de cuanto escribe para sus coetáneos. Cirlot tiene poemas, pero le faltan los lectores. Oculto o negado, sus apariciones constantes en *Árbol de fuego* y sus conversaciones con Aristeguieta le permiten mirar más allá.

¿Qué circunstancias han orillado la recepción de la obra de Cirlot? Rechazo la sensación de que se trate de un poeta inaccesible: no hablamos de un poeta fácil, desde luego, o al menos de un poeta transparente en una primera lectura, directo en su mensaje; pero los poemas de Juan Eduardo Cirlot sí transmiten un sentido en ese contacto inicial. No en vano, él insistió en la cercanía

de sus temas: el amor y la muerte, la vida y la realidad. Su escritura pide un gesto al lector, el de la imaginación, y regala otro a cambio: el de la fascinación. Y depara sorpresas como *Susan Lenox* (1947), ese poema extenso que sucede «en un bar» y en el que el ritmo, logrado engarzando repeticiones, imita la música de la conversación. Una muestra de la amplitud del discurso de Cirlot: un discurso que concibe los poemas por estratos, por capas de sentido y de significado; varios poemas latiendo dentro del mismo poema, según la actitud y según el grado de conexión con el lector.

Al comienzo de este prólogo mencionaba una circunstancia, inicial y evidente, vinculada a su apuesta estética: una escritura fuera de lugar en la España de la posguerra. Nada relaciona a Juan Eduardo Cirlot con los garcilasistas: su fascinación religiosa guarda más relación con un acercamiento mítico, y el concepto de «tradición» que Cirlot adjudica a varios de sus poemas se sitúa en las antípodas de la tradición de estos poetas. Tampoco, por supuesto, establece un diálogo con la reivindicación social que se desarrolla en paralelo hasta bien entrada la década de los sesenta: el tiempo de Cirlot es otro muy distinto. Ni siquiera esta sintonía se establece con los poetas de la Escuela de Barcelona, con los que compartía ciudad, aunque no escritura de una intimidad clara; varios de ellos formarían parte del homenaje a Antonio Machado en Colliure que «institucionalizó» —con su fotografía, a modo de registro— el Grupo del 50. Se conocieron, eso sí: Carlos Barral escribió sobre él, años más tarde.

Carriedo y Crespo y Ory y Pino, quizá los autores en torno a *Cántico*, puede que Alfonsa de la Torre: otros poetas que se resistieron a las clasificaciones, y que coincidieron con Juan Eduardo Cirlot —«era el más vibrante y, ¿cómo lo diría?, el más distinto», en palabras de Dionisio Ridruejo— en tiempo de escritura. Pero quizá la generación que mejor habría entendido su escritura, por la similitud de aspiraciones y referencias, de modos e intereses, es la de los novísimos. Agrupados en torno a la antología *Nueve novísimos poetas españoles* (1970), al cuidado de José María Castellet, y residentes la mayoría de ellos en Barcelona, Cirlot se

anticipó en décadas a su voluntad de mixturar lenguajes artísticos —incluso en la presencia del cine, que en Cirlot activa la inspiración y en los novísimos, proustianamente, la memoria—, de recuperar una genealogía de la poesía española que intrincaba el lenguaje con la imagen. En cambio, la obra de Cirlot —que falleció cuando los novísimos ya gozaban del favor de la crítica— pasó desapercibida ante estos autores, que reivindicaron el decadentismo más afín de los poetas de la revista *Cántico*.

Otro de los factores se identificaría con esta dificultad de clasificación —y de trazado de una genealogía— de la obra de Cirlot. Conscientes ya de su papel de hijo único en la tradición hispánica, con algún primo lejano, ¿de quiénes nace la escritura de Juan Eduardo Cirlot? Enrique Granell enumeró un posible listado de influencias: Pablo Neruda, Rafael Alberti, Luis Cernuda, Federico García Lorca, el surrealismo francés —con André Breton y Paul Éluard como autores destacados—, *La tierra baldía* de T. S. Eliot, el pintor-poeta William Blake, Luis de Góngora, Sor Juana Inés de la Cruz, la Biblia y los Apocalipsis apócrifos de Ezra y de Henoch. Un lector de la España de posguerra conoce la Biblia, por supuesto, pero no la Biblia que inspira a Cirlot; y no resulta imposible que Cirlot disfrutara con *Sobre los ángeles* o *Poeta en Nueva York*. Las influencias de Cirlot, el peso de la simbología en su escritura, la inspiración en lo esotérico, la presencia de la egiptología y el medievalismo, ¿cómo tocaría interpretarlas para quien lee mientras Cirlot escribe? Su imaginario se presentó ajeno a quienes podían no ocultarle y no negarle: se trata del peaje de su individualidad. Hasta décadas más tarde —en especial en los noventa, con la edición de varias antologías y libros exentos, tras la muestra preparada por Clara Janés para Cátedra en 1981— no se recuperará, y se pondrá la obra de Juan Eduardo Cirlot a disposición de los lectores.

Porque otro aspecto que perjudicó la recepción de la obra de Cirlot fue el de su propia difusión. Por su situación en el panorama literario español —en el artístico, Cirlot desarrolla una labor muy relevante, de influencia verdadera, como crítico—, también por los

propios rasgos de su obra —salvo la etapa entre 1955 y 1966, Cirlot es un autor prolífico, con ciclos de poemas numerosos y breves, que escapan del concepto tradicional de libro—, Cirlot recurrió a la autoedición para la mayoría de sus obras. Salvo excepciones, sus poemas acabaron dispersos en cuidadas ediciones de autor, con tiradas mínimas de no más de cien ejemplares, fuera del alcance de un lector ajeno al círculo del propio poeta, o en revistas de difusión muy limitada; la venezolana *Árbol de fuego*, ya comentada, se convirtió en el refugio del ciclo *Bronwyn*. ¿Qué editorial de la época se habría interesado por su obra? ¿Qué lector interesado habría podido acceder a su obra?

7

Esta antología surge de una imposibilidad: la de realizar una labor de «criba» de la escritura de Juan Eduardo Cirlot. Afronta la obra de un autor que no concibió poemas exentos, por así decirlo, sino que disponía etapas de escritura: ciclos de poemas en los que los textos cobran un sentido más pleno en el diálogo de los unos con los otros. A propósito del ciclo *Bronwyn*, Victoria Cirlot acuñaba la expresión «poema infinito»; una idea que bien se aplicara a la obra completa de Cirlot, dispuesta con exactitud para ese recorrido único. ¿De qué manera entonces, ante los «poemas infinitos» de Cirlot, escoger unas piezas y descartar otras? ¿En qué argumentos apoyar la decisión?

El criterio básico en el que se apoya esta selección es el cronológico. En cierto modo, contraría el que guio a Cirlot en la elaboración de la mencionada antología que le encarga Leopoldo Azancot. En una carta al crítico literario, fechada el 6 de febrero de 1973, Cirlot se planteaba si su intercutor consideraba lógico «poner la tradición junto con la experimentación, mucho después de lo permutatorio y dejando en medio el ciclo de Bronwyn que es más tradicional». Juan Eduardo Cirlot no lo consideraba adecuado. Al margen de lo revelador de alguna de sus percepciones —el hecho de definir *Bronwyn* como «tradicional», concepto en el que el autor

insiste sorprendentemente en varias ocasiones, aplicado a diversas fases de su obra; o anexar de manera inconsciente cada fase de escritura a una fase vital—, ¿resulta acertado? En esa selección, Cirlot apostó por un criterio escritural frente al que establecerían el tema —¿por espacios, inspiraciones o figuras?— o la fecha de composición o publicación.

Sin embargo, yo he preferido desobedecer esa línea, puesto que me parece que el criterio del tiempo refleja con exactitud uno de los atractivos fundamentales de la escritura de Cirlot: su diversidad, el rumbo azaroso con el que sus obsesiones se cruzan y entrecruzan, aparecen y se esfuman y surgen de nuevo. Comprobar la manera en la que Bronwyn se transforma en Ofelia y se reconocen ambos nombres —una década antes— en el mismo origen de la dama de Vallcarca; recorrer los palacios de plata y de sangre que pueblan sus poemas, los lugares en los que la naturaleza se muestra como refugio o misterio u hostilidad. Percibir que aquello que late en los poemas últimos se escucha, también, en los poemas primeros; notar la cohesión y la conciencia de la escritura de Cirlot, en la que existe la intuición, pero en la que existe también —y sobre todo— la voluntad de la creación de una obra total. Cada poema prefigura al posterior y retoma el anterior. Su poesía rompe con la poesía de los otros, nunca con la propia: existe un hilo. Al escribir, Cirlot desenreda la madeja.

Me he apoyado en otra idea para la selección de estos poemas: la de ofrecer una panorámica de las decisiones —escriturales, temáticas— de Juan Eduardo Cirlot. Figuran poemas de casi todos sus libros —con algunas excepciones, por tratarse de obras quizá menores o anecdóticas en su trayectoria— y algunos que se difundieron exentos, sin enmarcarse en ningún ciclo; hay un inédito, «Diálogo infinito», que aparece gracias a la generosidad de Victoria Cirlot. He buscado trazar cierta coherencia al decidirme por unos u otros textos, y he buscado a la vez —he pretendido buscar, a la vez— la fidelidad en el discurso del ciclo al que pertenecen: omitir algunos textos, de manera evidente en cualquier selección, sin que su ausencia restase sentido al ciclo en el que se

enmarcan; una intención difícil en el caso de *Bronwyn*, el poema vital —en sus muchas acepciones— de Cirlot, cuya extensión abarcaría una tercera parte de su obra.

Toda antología obedece a la subjetividad y todo lector —de una forma u otra— proyecta los textos que desea leer en los textos que lee. Inevitablemente, esta antología de Cirlot —esta lectura de Cirlot— guarda relación con mis propios intereses como lectora, o más bien con los intereses propios que reconozco en los poemas de Cirlot: el rigor en el lenguaje, el vínculo entre imagen y palabra, el juego mismo con la imagen, el desafío del poema extenso. Se trata —creo— de rasgos que encajarían con justeza en una hipotética poética de Cirlot; que definen bien su posición ante la escritura. En este sentido, el lector —o la lectora— encontrará muchos de esos rasgos en los textos de Juan Eduardo Cirlot que he elegido.

En cambio, como digo, me ha parecido injusto limitar esta antología a una mera lectura personal, y he creído necesario ampliar ese foco: abandonar mi propio gusto para fijarme en los poemas más diversos y representativos. Para atender a esos distintos tramos de escritura que enumeraba Cirlot en su carta a Azancot: de los tonos canónicos, esos que el propio Cirlot tildaría de «tradicionales», a los cercanos al surrealismo —otro canon, a su modo—, incluyendo los más experimentales y de decisión más compleja. En el caso de los poemas con un mayor peso de lo visual o de las permutaciones, he elegido los textos que presentaban similitudes más importantes, recogiendo y mostrando la paradoja a la que Cirlot aspiraba: el mínimo cambio en el lenguaje, el máximo cambio en el sentido. En el caso de los aforismos, figuran en este libro aquellos que respondían con mayor fidelidad al latido poético de este género entre géneros, y que en la escritura de Cirlot se balancean entre el golpe lírico y el peso de la filosofía.

Esta antología se plantea una doble meta: la del reencuentro para aquellos lectores que ya hubieran descubierto la poesía de Juan Eduardo Cirlot, y —de manera esencial— la de la revelación para quienes desconocieran su obra. Confío en que esa imposibilidad para escoger unos u otros poemas que mencionaba al inicio de este

epígrafe —esa complejidad— no suponga un obstáculo para la lectura de esta selección de poemas, que he intentado engarzar al modo casi del «poema infinito». La he concebido como una enorme sugerencia, con espacios suficientes para que el lector forje su idea —su imagen— de la poesía de Cirlot, y la he concebido al mismo tiempo como una invitación entusiasta a continuar leyendo; a plantear esa lectura subjetiva, esa antología propia de cada lector. El mundo estético creado por Cirlot incluye estos poemas, un puñado de prosas muy valiosas sobre poesía —que indagan más allá de la mera poética de compromiso— y una extensísima obra ensayística en la que destacan dos diccionarios, el de ismos y el de símbolos, por su nexo con el ámbito creativo. Algunas de sus definiciones respiran igual que poemas en prosa.

«Con mis libros de magia y papel muerto», requería Juan Eduardo Cirlot a san Miguel Arcángel en su *Libro de oraciones*. Entiendo que los lectores de su tiempo consideraron «papel muerto» la escritura de Cirlot: papel que no supieron leer. Ojalá los lectores de hoy se detengan en el primer tramo del verso, en los «libros de magia» con los que enciende su plegaria. Ojalá se detengan en la maestría de Cirlot ante el poema extenso y narrativo, que separa de lo prosaico desde el terreno de la fascinación. O en la creación de atmósferas que anticipan el fervor por el cine que guiará a generaciones posteriores. O en su confianza en un discurso independiente, al margen de las estéticas imperantes; un proyecto sin igual en la poesía española del siglo XX, gracias a un poeta que escribió con la fijeza misma —exacta— con la que miró.

ELENA MEDEL

El peor de los dragones

De *Seis sonetos y un poema del amor celeste* (1943)

Sobre el bárbaro hervor del mar lejano
turbio de oscuras voces sin regreso,
la atmósfera se exalta en un poseso
fulgor donde el metal se vuelve mano

cuyos dedos de espuma en el arcano
antiguo se exacerban en acceso
nostálgico de bronces sin el beso
arcaico de aquel viento sobre el llano.

La Doncella de barro sonrosado
tiene un pájaro azul entre los senos,
o el temblor de los cantos panhelenos,

sobre cumbres perdidas en la sombra,
que el tiempo tenebroso ha derramado
a los pies de esta diosa que no nombra.

Berceuse
Adolescentes rotos

flotan dulcemente en esta niebla
que moja mis manos y mi pecho

donde crecen los árboles tristísimos
de un mundo inerte, con ruinas que se mecen

en una canción no cantada por nadie.
Llegan suaves las barcas del silencio

como se fueron. Cada una
con su pálida doncella y su pequeño

pájaro muerto.
La noche me comprende y yo la escucho

llorar en esta calma caída en mis orillas,

porque acaso no es sólo la esperanza
la enternecida madre que besa nuestros párpados.
Y hay caminos cortados que nos llaman
como dulces campanas infantiles,
caminos por donde vamos de la mano
de nadie hacia la nada.

La niebla lentamente va inundando
los valles y las frentes.
Adolescentes rotos
arden silenciosos en sus manos,
tan oscuras como esta voz que se pierde,

pero no tan dolorosas. Sí, estas destrozadas ramas
a través de las que se verían estrellas,
si no fuese porque la soledad nos hizo ciegos.

(Yo tengo en mis cuencas vacías
dos rosas nacidas de mi llanto).

La noche me comprende y yo la escucho
caer sobre mis sienes desgarradas,
porque acaso es tan sólo en el abismo
donde nacen los trémulos ríos que atraviesan el desierto.
Y, eternamente, como se fueron,
llegan las barcas del misterio,
con la pálida doncella de las trenzas de cenizas,
con su pequeño pájaro muerto.

Diálogo infinito (1945)

Allá, donde las aguas
adelgazan su golpe cristalino
y el azulado labio del horizonte pasa,
o dulcemente miran
crisantemos o estrellas palidísimas;
allá,
en medio de las grandes tinieblas transparentes,
el rayo desgarró mi dulzura,
la demente dulzura de mis ojos aún verdes:
espejo acostumbrado a las alturas,
a las negras fragancias del abismo.

Erguidas mis figuras llameantes,
mi partida tristeza en dos ausencias,
en dos furiosos gritos accesibles
al puro resplandor de la pregunta,
del disonante beso,
del apagado entronizar de un alba
todavía funestamente hermana...
Erguidos mis rosales y mis huesos,
erguido ante la Noche en doble llama,
con mis propios sistemas de agonía;
hice hablar a esos nombres:

ALMA: Sólo un temblor indescifrable y puro,
un dormido reducto,
un extremo silencioso abandonado,
de lejanos rompientes enlutados
donde anidan los astros y esta calma
coralmente extasiada.

¿Qué tumulto inviolado,
qué impasible presencia
ha deshecho en mi frente su plumaje encendido?

ha deshecho en mi frente su plumaje encendido?

ESPÍRITU: Una externa alabanza,
una santa amargura,
un resumen inmenso
palpitando excitable,
erigiendo columnas,
alargando horizontes
hasta rosas negadas.
Un obscuro concierto
de nociones y llantos,
un amor degradado
a magnolias y piedras.
Eran los actos mismos,
eran los dioses mudos,
eran las altas torres
acechando las vías,
los prohibidos senderos;
todo el albo paraje
de los cánticos duros.

ALMA: Yo, tal vez presentía
un país infinito,
un desterrado espacio
de ceguera absoluta,
donde pálidas fuentes,
en las grises estancias,
alentasen la débil
intención del misterio.

ESPÍRITU: ¿De mis guerras,
de mis dolientes litorales,
del conjunto amarillo de los días,
del oro de mis héroes;
en fin, de la sangre,
qué, acaso?

ALMA: Todo caía dulce,
todo lento pasaba,
todo tendía apenas

al rumor moribundo.

ESPÍRITU: De las sombras regresas.

ALMA: A las peores sombras
de una luz no sumisa,
a las rojas cavernas
donde lloran las venas
tú vas, y no lo sabes.
¿Qué querían tus gestos?
En el espacio absorto
las manos carecían de sentido.
¿Qué raíces, ni abrazos?
¿Qué cabellos azules?
¿Qué páginas podías
escribir en las aguas
con tus ligeras llamas?

ESPÍRITU: Del aire, del cercano
incendio de mi pecho cerrado,
del impaciente canto con espada
que mis ramas intentan todavía,
del desolado sueño,
de mi casa apagada,
he extraído fulgores
y zafiros sangrientos.

ALMA: ¿Dónde tu reino entero?
¿Dónde tu orquesta muerta?

Desde los aposentos
de las claras estrellas alejadas
viene un lamento frío,
un morado proceso
destructor, descendente.

Mi canción era extensa,
en lo suave se oía,
de azucenas y vidrios
nupcialmente vestida.

Tú, ciego
morador de las torres del estío,
tenazmente adherido
a circundados signos,
a espigas y separaciones,
a frenéticas aves,
a monumentos heridos...

ESPÍRITU: Mi nombre es de sangre,
mi secreto es de sangre,
mi montaña es de sangre.

ALMA: «Asido a mi temblor. Alto cautivo.
Huésped amargo de mi sol furioso,
caí...». Caíste. ¿No decías?

ESPÍRITU: No. Yo dije:
«La palabra
abre vivas ventanas en mi frente.
Espumas me acarician. Esta tierra
que yo amo, me contempla con mis ojos»
...

ALMA: ... «que sólo durarán lo que el relámpago».

ESPÍRITU: No importa.

ALMA: Escucha atentamente
y oirás las invasiones;
la final indulgencia
de lo gris a lo intenso.
Dulcemente
caen las violetas leves,

las celestes parcelas
de lo unido hacia abajo,
donde tiemblan las aguas.
Mira qué abismo espera
tu bárbara ternura inaplacable,

la cadena de brillos
donde te reflejabas.

A mi paz derrumbada
viene la misma inercia,
pero cánticos santos
me parecen tus odios.

Delgadas destrucciones
amenazan tu centro.

ESPÍRITU: Gritaré mis catástrofes limpias,
mi diamante desnudo.
Estoy dispuesto al quehacer tenebroso
de la rueda y la rosa.
Retornarán los clavos,
las espinas, la furia,
el espejo partido,
el continuo sollozo
de pasión y alimento.

Volverán a mis labios las llanuras,
los externos fracasos de lo mío,
las distancias tendidas a lo largo;
desde el ojo a la madre,
a la estatua abrasada,

al demente follaje
de miradas y fines.

En mi roca sagrada
construiré pensamientos.
Me moriré de nuevo

cada día,
cada siglo de niebla,
cada milenio negro.

Esclava del amor, ¿qué íntima herencia
constituye tu lazo;

la palpitante joya
de esa fe derramada?

ALMA: Una gran calma ciega me reside.
El ocaso en mis senos transparentes
se desliza y le canto.
Tersa, mi pena estéril
otorgo a otra región que no conozco
y en lo incierto abandono mis palomas mortales.
Es inútil que luche con tu voz de esmeralda.
En mis manos la luna se deshace y solloza.
Tu corazón lejano crece entre las estrellas,
donde mi vasta nada se circunda a sí misma.
Halo paralizado,
noria de delicadas flores,
me sitúo en la orilla de también tu tristeza.
Pero quiero perderme.

ESPÍRITU: ¿No oyes cómo se rompe la Noche?

ALMA: He oído tus ojos,
mi mentira, y mis lágrimas.

ESPÍRITU: Los árboles del cielo se iluminan.
Las acacias florecen en mi sangre desnuda.

Alma, no llores, no.
Lo sé;
ambos nos moriremos.
Pero no llores, no.

ALMA: El umbral está yerto.

ESPÍRITU: Mira,
lo frío no es tan frío. Lo vacío
se llena con la angustia. Largamente
inclinado en los círculos profundos,
de la luz desarraigo
el débil resplandor con que separo
tu alentada presencia,

del caos resplandeciente de los coros
sumidos en el mismo sufrimiento
que en tus cabellos pasa
de la espuma al abismo,
o donde no sonríes.

ALMA: ... Entre las azucenas.

ESPÍRITU: A lo lejos mis actos te cantaban
en relámpagos mudos de clamores
y veneradas mieses
extinguidas de pronto.

CISNE en llamas
mis alas se han reunido en el océano
de indecisión sublime. Se oyen voces,
desamparadas olas,
cenicientos azules se golpean.
Sombras y cantos de exterminio
propagándose suben.

Sobreviven mis pálidos momentos.
En medio de las grandes tormentas transparentes,
allá, donde las aguas
adelgazan su línea cristalina;
erguido ante la Noche,
vacilante y lejano
estoy, mientras mi piedra se consume;
luchadora infinita
debatiendo sus plumas incendiadas.
Resplandor sin orillas,

algo, que en mí resiste, se abandona a lo eterno.
Ama cada contacto,
cada muerte,
cada tiempo.

Altamente concito
instrumentos radiantes.
A reuniones celestes

llevo las palmas.
Quiero tener, no sólo
ser, entre lo desnudo.
Quiero atarme a mis cosas
esencialmente vivas,
desclavadas del humo.

Espaciales espejos se destruyen.
Un posible retorno de soledades y árboles,
un temblor elevado con materiales blancos,
un himno indestructible de hierro y asistencias,
constituyen mi ramo desolado;
mi encadenada yerba rota,
en un orden hirviente de sueños y latidos,
en un ruido severo de signos y amatistas
golpeados con sangre.

Paisajes (1945)

Veo un paisaje completamente azul del que desciende un gran calor sobre mis sienes.

Grandes vacas se pasean dulcemente por el horizonte. Hay una casa blanca que no tiene puerta. En el umbral, una muchacha desnuda me sonríe.

He vuelto hasta mi casa negra. Toco mi propia mano. Las piedras me reconocen, todo es mío en este mundo. Una soledad sin sexo me rodea y me aprieta como la arena su espesa materia.

¡Qué triste es estar muerto en el fondo de un bosque!

Yo afilo mis ojos con la paciencia del esclavo.

Pero el dolor que desnuda mi mirada va entenebreciendo los ámbitos de este mundo.

Cuando mis ojos sean divinos, estaré rodeado por el Caos.

A una hora de una noche del Invierno, todos los campesinos miran por el brocal de sus pozos.

Aún recuerdo el tembloroso crujido de aquellas hojas resecas. La tarde tenía el color rosado de la lepra y fue a sentarse en la blanca llanura.

Todo el oro no bastaba para cubrir la boca lacia del rey muerto. Sollozaron los obeliscos emocionantes.

¿A qué universo de inmovilidad furiosa perteneces, oh momia?

Sus miradas eran como rosas quemadas, tal vez restos de un jardín incendiado.

He sido odiado, como se odia a los pequeños pájaros. En el centro del Invierno, hay una plaza, donde un sol triste flota sobre los juguetes rotos.

Entre esos muñecos de trapo, entre esas figuras de palo o de plomo hay una máscara de barro vivo. Esa máscara también está rota, era la cara lejana de mi querida madre.

La muerte es solamente un cambio de horizonte.

Una mujer pasaba por la llanura inmensa. Iba envuelta en amplios ropajes escarlatas.

Desde un pozo absolutamente seco, yo oigo las trompetas lejanísimas.

El poeta

Ese hombre de cabellera dispersa, no es otra cosa que el exhumador de un mundo antes irredento. Ha aprendido, sufriendo, fórmulas mágicas que los otros desconocen: conjuros para evocar y recrear las danzas interiores.

Razas sordomudas, perdidas en sus parajes profundos, cobran voz bruscamente y, desde el valle dormido bajo la niebla, ese coral suena iluminando regiones desoladas o magníficas. Así, hasta que toda la tierra se convierte en eco.

[...]

Un lugar

De mis ojos emigran dulcemente
los pájaros perdidos de la infancia.

Camino por llanuras desoladas,
donde siempre atardece cuando llego.

Y miro los lejanos horizontes
quebrarse aleteando en la neblina.

Y siempre hay una torre abandonada,
algo dulce caído. Y lloro siempre.

[...]

Osiris (Mito del poeta)

Yo hablo desde el corazón del pájaro.
Yo hablo desde la arena de la muerte.

Yo hablo desde la rosa profunda
donde rueda un sollozo interminable.

Hablo para las duras adelfas.
Hablo para los blancos esqueletos.
Hablo para los despiadados ríos
que trasvasan la sangre del Incendio.

Y gimo en las montañas tercas,
en las llanuras de frente desolada,
en los espacios que crea mi lenguaje,
como un dios mutilado y repartido.
[...]

Mi canto de descenso

Los ojos de la bestia me contemplan,
los ojos de mi hermano asesinado.

Y voy por esas calles de abandono
donde el agua resuena sordamente,
donde existen las sombras y los gritos
y dulces prostitutas, que gimen como pájaros
en sus blancas ventanas arrugadas.

Hay manchas de sangre en las paredes rotas
y verdes obstáculos de tibia ceniza
que surgen repentinos.

Los ojos de la bestia contemplan mi silencio,
mi desgraciada busca, mis manos destrozadas,
las telas que recubren mi música perdida
y este rumor lejano que cae desde la noche
sobre mi boca muerta.

Hay manchas de sangre en los rincones sucios
y un gran lamento en donde el sueño insiste
y en donde insiste el odio y el cambio desolado.

Hay casas quemadas por el llanto
y adolescentes ciegos clavados en sus puertas
que no se cierran nunca y que siempre están cerradas.
Y voy por esas calles que la muerte moja
con mis rosas amargas y sonámbulas.
[...]

Tono de conjuro

Cada grito que pide un lunar eco
es la sed que atormenta a un árbol seco.

Cada piedra que sola se levanta
es la estela de un dios que nadie canta.

Cada surco de cal, cada amargura
es el muro sin luz de mi locura.

Cada rosa de vidrio, cada llama
es la voz de un temblor que me reclama.

Cada playa sin mar, cada desnudo
es el campo de sol que nunca eludo.

Cada sangre que sé, cada manzana
es la senda, del mundo, más lejana.

Cada verso que escribo, cada canto
es tan sólo un conjuro; sólo tanto.
[...]

Tres poemas en prosa

1

Un calor naranja rodea mi cuerpo reseco. Grandes edificios de madera pintada de verde se elevan entre las palmeras. Yo canto una canción extraña en un idioma desconocido y en mis pies brilla la luz que aman los cocodrilos.

Tal vez me mandaron cortar la mano derecha, o posiblemente me fueron cercenadas las orejas, porque estoy muy triste. Pido limosna entre otros mendigos.

2

El pueblo vive debajo del temblor. Cuando los árboles del veraneo flotan dulcemente en mi locura vuelvo a ver a las tres hermanas, oigo los pasos del sol que vive detrás de los cortantes cañaverales y veo a las tres hermanas vestidas de verde, rojo y amarillo, que nunca pude tocar con mis pequeñas manos.

El paisaje humedece sus pesadas sombras. Lentos ríos trasvasan la sangre.

¡Nunca pude ver sus desnudos sublimes!

3

En un gran establo, encadenados, los hombres estaban tristemente aparejados como bueyes. Nunca hablaban, a pesar de que a veces los pájaros se posaban sobre sus hombros. Solamente tenían un horizonte: la pared.

El Hombre del Cuchillo pasaba periódicamente por el largo corredor e iba sacrificando víctimas. Ellos caían como grandes bestias inocentes y no lanzaban ni un grito cuando el hierro perforaba sus cuellos.

Así sucede.

El salmo de mi dios

Sobre los puentes verdes del cielo de los cielos
sobre el acero vivo que entona la amargura
sobre los aterrados rebaños de leones
sobre las catedrales solemnes del desierto.

Viene un rebaño dulce de corderos azules.

Sobre los templos rojos borrachos de naranjas
sobre las cumbres duras de labios y de espigas
sobre los acueductos dormidos en el aire
sobre las repentinas orquestas del martirio.

Viene un rebaño santo de corderos azules.

Sobre las frentes rotas, las manos destrozadas
sobre las noches hondas que aúllan como hienas
sobre los pechos secos, los ojos sin pupilas
sobre los valles grises sin torres ni campanas.

Viene un rebaño dulce de corderos azules.

Sobre el amor deshecho, sus sienes derribadas
sus encendidas piedras, sus dalias, sus astillas
sobre los mares sordos sin peces y sin cánticos
sobre la sal furiosa y su mundo de alfileres.

Viene un rebaño santo de corderos azules.

Sobre la línea muerta del pálido horizonte
sobre los restos rudos de besos o de entrañas
sobre las apagadas canciones del sepulcro

sobre un azufre negro de rosas derogadas.

Viene un rebaño dulce de corderos azules.

Sobre el lago más solo y su estrella inaccesible
sobre la costa abierta o su grito más lejano
sobre el incendio eterno del árbol elegido
sobre el diamante helado, sobre su filo hirviendo.

Viene un rebaño santo de corderos azules.

¡Jahvé, mi voz de sangre, mi voz desamparada
mi voz hecha de fuego tomado de tu espacio
encrespa las higueras de mis quemados puños!
¡Jahvé, mi voz se yergue llamándote con cantos!

Y las arpas radiantes agrupan sus cabellos
derramando las aguas de sus rápidas luces.
Y las largas trompetas de plata se levantan
sobre los puentes verdes del cielo de los cielos

porque sobre las viñas, los hornos, los laureles
porque sobre las hachas, los gritos, los olivos,
porque sobre el aceite, la harina y la tristeza
porque sobre las negras banderas del sollozo

del sollozo o del rayo, del tigre enfurecido;
por los blancos jardines del abrasado espacio
y sus caminos ciertos de ausencia o de esperanza
y sus orillas altas que rugen como espadas.

Viene un rebaño lento de corderos azules.

Dice el signo

Un dios ha sonreído sobre el mundo
floreciente de rosas lanzas de oro.
Los vientos y las vírgenes desnudan
la piedra en donde asciende el horizonte.
Cristal de muchedumbres desvariadas;
las aguas subcelestes se reaniman
y un cántico nupcial se desmorona
golpeando la sangre transparente
con su estéril conjunto de esmeraldas.

Cartago se parece a mi tristeza.
Yo voy por una senda enmudecida.
Un cisne se debate allá a lo lejos
e inundadas dulzuras lo rodean.
Dolientes litorales, selvas blancas,
constituyen su desbordante cerco,
debajo de esos labios extendidos,
de ese monte de luz, de esa muralla.

Como un vuelo pausado vienen voces.
«Esclavo fugitivo» dice el signo.
Idiomas abolidos me recobran
y un clamor enlutado me sacude.
Mi corazón, abierto en tus rodillas,
oh sombra desatada, llama dura,
espera el retroceso. No es posible
caer desde tan hondo como canto,

no es posible quebrarse las pupilas,
huir con los cabellos abrasados,
llorar sobre una ausencia tan cercana.

Intocables doncellas ponen sellos
de muerte a los palomos en el pico.
Elevadas ciudades de cemento
me rechazan, lo sé. Pasan las nubes.
Extáticos océanos antiguos
reclaman el incienso que consumo.
«Regresa» llevo escrito entre los ojos.
Y miro aquella línea de jacintos,
aquella negra plata entre la nieve,
aquellos rizos suaves del olvido
temblar en supliciado desconcierto.

En pie sobre esta orilla que se aleja
recito mis recuerdos. Permanezco
parado ante las cosas que me asaltan.
Consulto consteladas destrucciones,
agoto mi rumor ante ese cuerpo
herido rudamente por el alba,
cerrado a las estrellas y a los besos.

Un templo asesinado se levanta,
un templo hecho de páginas de sangre
floreciente de verdes lanzas de oro.
Su mármol asistido de amapolas
reúne los motivos de la angustia,
ampara los rebaños ateridos.
No sé cuál es mi nombre ni mi patria,
no tengo propiedades ni caricias,
abandonos intensos me residen.
Contemplo un gran paisaje emocionante
donde siempre atardece cuando llego.
Cartago me sonríe entre la espuma.
«Esclavo fugitivo» dice el signo.

Sí y No

¡Oh, William Blake! Tú me comprendes
y sabes por qué leo tanto
determinados libros de la Biblia.

Cuando pasan los años
y las horas pasan,
le es necesario al hombre encontrar algo
donde su noche cante o se ilumine.

Lejos crecen sin mí las margaritas,
lejos arden los cielos azulados.

Sí y No;
éste es el destino del mundo.
Oh, William Blake, tú me comprendes.
[...]

Sir Tristán

Te quiero desde un día
lejano y desolado.

Yo soy el hombre triste
del cielo y del océano.

¿Es que no me recuerdas?
Siempre te estoy pensando.

En mi armadura negra
sufre un paisaje pálido.
[...]

[...]

Berceuse

Estoy en la playa
obscura. El mar oscila.
En una barca eterna
tú vienes y te vas.

Estoy en una selva
lejana. El viento llora.
En una casa eterna
tú vives y no estás.

Ángeles

Ángeles con coronas de yerba. Ángeles como inmensos paisajes.

Ángeles como rayos erguidos. Ángeles con vestidos de llamas.

Ángeles en el muro del odio. Ángeles como rosas azules.

Ángeles de los lagos profundos. Ángeles con los pies encendidos.

Ángeles con cabellos de hielo. Ángeles con rumor de manzano.

Ángeles en la flor de los días.
Ángeles golpeando las frentes.

Ángeles de cristal y de aire.
Ángeles como manos de plata.

Ángeles con los brazos de humo. Ángeles, o sonrisas, o ausencias.

Ángeles como lámparas de oro. Ángeles recogiendo las brisas,

Dulcemente.

Ángeles llorando en mi ventana. Ángeles violetas y desnudos.

Ángeles con pálidas heridas.
Ángeles ardiendo como flores.

Ángeles surgidos de la sombra. Ángeles del fondo de las piedras.

Ángeles de vidrio sonrosado. Ángeles parados en el aire.

Ángeles cayendo hasta mis luchas. Ángeles con hoces de diamantes.

Ángeles de pie sobre la lluvia. Ángeles de hierro transparente.

Ángeles severos como águilas. Ángeles altísimos y mudos.

Ángeles con alas de paloma.
Ángeles de las horas glaciales.

Ángeles o círculos radiantes.
Ángeles cantando entre mis labios,

Dulcemente.

Ángeles abiertos como cisnes. Ángeles sobre un mar de ceniza.

Ángeles como nubes lejanas. Ángeles, o miradas, o besos.

Ángeles temblorosos y puros. Ángeles de jazmines y lirios.

Ángeles con violines de fuego. Ángeles de rubíes celestes.

Ángeles como un éxtasis rojo. Ángeles de mi sangre infinita.

Ángeles con espadas de niebla. Ángeles del final de los tiempos.

Ángeles: conjunciones rugientes. Ángeles como fuentes de perlas.

Ángeles de la calma absoluta. Ángeles de la furia amorosa.

Ángeles de color amarillo.
Ángeles abrasando mis párpados,

Dulcemente.

Susan Lenox (1947)

Siduri, la del cabaret, habitaba
cerca del mar inaccesible.
Poema de Gilgamesh

Oh, gran cuadrado sin forma.
Oh, gran vaso inconcluso.
Lao-Tsé

Aquí estoy, en un bar, bebiendo vino
como otras tantas tardes. La tristeza,
la tristeza de muchas cosas muertas,
perdidas o no sidas, me acompaña.

Niebla, niebla.
La sombra baja lenta como un río;
su invasión me atenaza.
Ni música de jazz se oye a lo lejos
y un silencio infinito me circunda.

Da lo mismo.
Las horas que han pasado no me importan,
no me importan las horas ni los días,
los días que han pasado, ni los años.
Da lo mismo.
Niebla, niebla.
Aquí estoy, en un bar, bebiendo vino.

Como otras tantas tardes, la tristeza,
la tristeza me mira dulcemente

con su clara mirada, como tantas
otras tardes.

No sé qué me sucede. Es un sonido,
un sonido de lluvia el que aparece.
Niebla, niebla.
No sé qué me sucede; como un río
la tristeza de muchas cosas muertas
aparece.

No sé qué me sucede; es un recuerdo,
un sonido de lluvia o de cortina.
En efecto,
la cortina, a mi lado, lenta oscila;
la cortina de alambres y bambúes.

Ni música de jazz se oye a lo lejos.
Da lo mismo, lo mismo.
La tristeza me mira; es un sonido,
un sonido de lluvia o de cortina.
En efecto,
la cortina, a mi lado, en la ventana,
en la ventana muerta, leve oscila.

Oscila, sí, recuerdo; es un recuerdo.
Había una gran sala abandonada,
una sala perdida entre la niebla
de pálidas cortinas como esta,
mujeres que llevaban en el pelo
suaves flores doradas o amarillas.
Niebla, niebla.
Aquí estoy, en un bar, bebiendo vino.

Como otras tantas tardes, una sala,
una gran sala ausente donde había
mujeres que llevaban en el pelo
las flores amarillas.

Como otras tantas tardes de silencio,
un silencio infinito me circunda.
La tristeza me mira; es un sonido.
Sí, la cortina suena. No es el aire,
el aire no la empuja, es la tristeza,

la tristeza como otras tantas tardes.

Recuerdo aquella sala rodeada
de pálidas cortinas. Ella siempre
vivía entre la niebla, entre la niebla.
Da lo mismo.
Las horas que han pasado no me importan,
no me importan las horas, ni los días,
los años que han pasado, ni las horas;
ni las eternas horas solitarias.

Niebla, niebla.
No sé qué me sucede; es un recuerdo.
Recuerdo las palabras del poema:
Siduri; la del cabaret, vivía
Susana, no Siduri. Sí, Susana,
cerca del mar inaccesible y puro.

Da lo mismo Siduri que Susana,
Caldea que Cartago o Barcelona,
las islas del Pacífico o Long Island,
que China; hay una sala abandonada.

No sé qué me sucede; es un recuerdo.
El recuerdo de muchas cosas muertas,
perdidas o no sidas. Niebla, niebla.

Niebla, niebla,
como otras tantas tardes, como un río,
Susana se llamaba.
Ni música de jazz se oye a lo lejos;
da lo mismo, lo mismo.

Ni música de jazz. Ella, la dulce
no tuvo otra canción que este sonido
de lluvia o de cortina que prosigue
como un recuerdo suyo no olvidado.

La sala; sí, la sala. Las mujeres,
las pobres entregadas a las fiestas

más tristes de la tierra; las mujeres.
Como otras tantas tardes, la tristeza,
como otras tantas tardes, un recuerdo.

Un recuerdo de amor, constantemente,
constantemente asido a mi memoria.
La imagen repetida del cabello,
la luz de las estrellas en sus muslos,
la luz de las miradas, el silencio
debajo de su voz grave y lejana.
Da lo mismo.

Susana sonreía. Niebla, niebla.
Susana en el cristal de horizonte,
Susana en la gran sala abandonada,
Susana con sus flores amarillas,
sonreía.

Ni música de jazz se oye a lo lejos.
Como otras tantas tardes, un silencio,
un silencio infinito me circunda.
Aquí estoy, en un bar, bebiendo vino.

No sé qué me sucede; es un recuerdo,
es una soledad, es un sollozo
perdido donde el río de la niebla
escarba con la muerte hacia los ojos,
sube como el amor hasta los labios,
como otras tantas tardes.

Da lo mismo;
lo mismo da el temblor que se separa,
la incierta condición de lo querido,
la luz del sufrimiento, la distancia
hasta la cosa muda,
hasta la sala grande que recuerdo.

Que recuerdo, recuerdo; sí, recuerdo
la sala, las mujeres,
las pobres entregadas a las fiestas

para ganar su vida. Es un sonido;
la muerte es un sonido de cortina,
un sonido que pasa y que se apaga,
un sonido que queda. Niebla, niebla.

Ni música de jazz se oye a lo lejos,
ni música de jazz. Sí, la cortina;
el aire no la mueve, es mi tristeza.
La tristeza me mira, da lo mismo.

Aquí estoy, en un bar. Sus ojos claros,
su rostro sonriente y lejanísimo,
sus manos, la tristeza; niebla, niebla.

Sus manos en el aire del recuerdo,
sus manos en la sala, en sus cabellos,
sus manos con las flores amarillas,
como otras tantas tardes. La cortina,
sonando; la cortina.

La cortina de alambres y bambués,
la lluvia cenicienta, la tristeza.
La tristeza me mira como un río,
como un río sollozo. Niebla, niebla.

Niebla sobre la sala abandonada,
niebla sobre los dedos sollozantes,
niebla sobre los árboles de en torno

de la sala de niebla abandonada,
de la estancia sin límites ni forma,
del cuadrado sin ángulos ni lados,
del gran vaso inconcluso donde bebo,
de la ausencia profunda, aparecida
como un total acceso a la presencia,
con su beso final y agonizante.
Da lo mismo.

Lo mismo da la niebla que sus ojos,
que sus ojos de sombra y cautiverio,

lo mismo da el amor que la cortina.
Se llamaba Susana.
Lo mismo da la niebla que el recuerdo.
Susana, sí. Susana.

Aquí estoy, en un bar, bebiendo vino.
Aquí estoy, en un bar, como la niebla,
recordando; volviendo sobre el mundo,
cayendo entre los muebles de la sala,
de la sala de niebla y de caricias,
de la sala, lo mismo, da lo mismo,
como otras tantas tardes. Niebla, niebla.

Como otras tantas tardes sin Susana,
con Susana a lo lejos. La cortina,
la cortina se mueve. La cortina,
la cortina se mueve dulcemente
como otras tantas tardes. La tristeza,
la tristeza de muchas cosas muertas,
perdidas o no sidas, da lo mismo.
Lo mismo da la sala, las mujeres;
mujeres que llevaban en el pelo
sus flores destruidas y amarillas.
Se llamaba Susana, da lo mismo.

Ni música de jazz; sólo silencio.

Susana se llamaba; ya de niña
sabía su desgracia. La cortina.
Se llamaba Susana por la tarde,
se llamaba Susana al mediodía,
se llamaba Susana por la noche.
Susana se llamaba sobre el alba.

Y la cortina suena. Niebla, niebla.
La sombra baja lenta, como un río;
su invasión me atenaza. No me importan
las horas, ni los años, ni los días;
los días que no pasan con Susana.

Da lo mismo.
Niebla, niebla.
La tristeza me mira. Es un sonido,
un sonido de muerte o de cortina.
En efecto;
la cortina, a mi lado, en la ventana
como otras tantas tardes, leve oscila.

Da lo mismo.

Introducción

Todos los pasos tienen la forma del pasado,
la forma de las formas donde todo se muere
cayendo en su recinto de plata desbordada,
elegida en el borde de las sombras azules.

Debajo de los días de mis contestaciones
a todas las murallas que la noche reparte
en torno a mi tristeza de roto alucinado
donde el sol no golpea con sus labios de flor.

Debajo de esas causas de elemento remoto:
de esos pasos perdidos que mis manos soportan,
escribo dulcemente con el rostro vertido
hacia la extensa tierra que se eleva ante mí.

Es una tierra lenta de rosas muy oscuras,
una tierra de nombres y puñados de vidrio,
una tierra de grana con estaño incendiario,
una tierra de paja con las trenzas de aceite.

Todos sus movimientos me consultan ardiendo,
todas sus invasiones se me acercan de pronto;
cuando de mi agonía resurjo hacia las calles
y paso por mis sangres escucho sus lamentos.

Voy a estar concordando las cuerdas de esa luz
que el aire petrifica rondándome los ojos.
Voy a poner sus arpas encima de mi mesa
donde escribo despacio su forma desgraciada.

Son rediles de polvo mezclado con topacios,

pescados hacinados sobre la cal deshecha,
son hombros de jacintos y caderas de sábana
donde todo amontona su rumor de maderos.

Todos los pasos tienen la forma del pasado;
de un pasado sin boca para besar la orilla
de otra existencia hermosa que nunca se ha tenido
a pesar de las fiestas del corazón en llamas.

Entonces a lo largo de mi paciencia nacen
las tibias caravanas de las blancas cisternas,
los amores redondos de los pozos ocultos,
las banderas inscritas en el mármol salvaje.

Miro con mis recuerdos la zona de ese campo
en el que un gran sollozo persiste de rodillas.
Desde la tarde o noche donde un árbol violeta
esparce su mirada, también contemplo el tiempo.

Miro su vestidura de brillo y crisantemos,
su peligrosa fuerza de ventana cortada,
su pensamiento vivo creciendo con las zarzas
entre las alabanzas de los cánticos solos.

Debajo de esas causas de elemento perdido
hay una tierra suave que palpita ante mí.
Es una tierra echada sobre su propio vientre
lleno de estrellas negras y de voces lejanas.

Cuando todo lo mío se muere y despedaza
partido por el ansia de lo que me traiciona,
del crimen cometido por mí contra mis cielos
yo miro ese terreno de temblor y ternura.

Escribo para oírme vivir sobre sus tersas
orillas renacidas de un sarcófago rojo.
De sus sonidos de oro tomo mis instrumentos
hechos de siemprevivas y cabellos heridos.

Todos los pasos tienen la forma del pasado

donde todo se ahonda cayendo hacia el amor,
que es la perfecta nada de todo lo que canta
con la mirada aguda que el diamante describe.

Ya sé que me repito como un muerto que avanza
desde sus pobres ropas deshechas y en la sombra,
hacia la caja enorme donde el muro le estrecha
para guardar la esencia de su ser miserable.

No me importa la gloria que grita en las paredes
con garfios de tormento la aurora de los días.
No obstante, reconozco la causa de mi origen
atado a la salmodia de los nombres que crujen.

Debo cantar las ansias de la roca extasiada,
las ansias de los peces que lloran su océano,
las ansias de los signos escritos con zafiros
en las llagas inmensas de las naciones secas.

No me importa la gloria, pero adoro mi voz;
mi voz hecha de torres y relámpagos negros
mi voz de combatiente por una guerra antigua,
mi voz de sacerdote con ojos de jaguar.

Es donde mi tristeza se transforma en países,
en los que todo estalla de floras de riquezas,
en las que me sumerjo con las venas abiertas
para llenar mi espalda de tatuajes eternos.

Antes del sueño

Por las noches no salgo casi nunca.
Escucho en mi gramófono portátil
los discos predilectos. Las estrellas
brillan detrás de mi ventana. Paro
la pálida ternura del sonido.

Y sumerjo mi sombra entre las sombras.
[...]

Se parecen

Oigo piezas de jazz. Hay algo denso
en su misión obscura, no sinfónica.

Esas músicas breves se parecen
a las apariciones desoladas,
a los existenciales gozos muertos
cuyo ademán de súplica concita
tantas caricias.
[...]

Emigrar

Hay mañanas doradas como bocas,
mañanas verdes como golondrinas.

Hay mañanas que ponen con ternura
su tempestad de dalias y de viajes
entre los pensamientos del que duerme.

Las ventanas renacen en las casas.
La palabra emigrar abre sus joyas.
[...]

Mi corazón es mío

Mi corazón es mío cuando paso
por ciertas avenidas silenciosas,
cuando iluminaciones se levantan
con mi seca figura hacia las nubes,
y no sé si los ojos que me miran
están frente a mi amor, o en el recuerdo.
Mi corazón es mío cuando siento
que en mis dedos se rompe el infinito
con su mirada dulce,
con su fulgor secreto.

Lilith

Su[2] corazón desciende entre las capas rojas del cielo y se detiene sobre mi frente de lentas aguas submarinas. Lilith, corazón negro, ¿qué quieres?

Quiero leer tu destino como lo hacían, en otra época, los grandes enemigos de la tranquilidad humana, los desposeídos de calma, los tristes porque sabían el color de las arenas de la otra orilla

Lilith, ¿de dónde vienes?

Vengo de la tristeza donde tú caminas, con las sienes vendadas, con la mano derecha cercenada, con un pez detenido sobre las pupilas. Vengo del fondo de tu madre, del fondo de tu música exterminada, del fondo de tu sagrada boca extinguida, donde la ceniza late como un niño o como un pájaro.

¿Qué quieres de mí, Lilith?

Quiero que te olvides de la luz del día y de la luz de la noche; quiero que no recuerdes la tierra, ni el mar, ni el cielo. Quiero que entres en la caverna donde la sangre se convierte en cristal, tan dulce como los besos de una doncella desnuda al infante que, por primera vez, sabe que tiene sexo.

No podré perdonarte, Lilith. Yo nunca he sabido vivir entre lo que los hombres llaman cosas. Los objetos me son extraños. Y, en verdad, tú eres la más maravillosa suma de objetos.

No digas tantas palabras inútiles. Cierra los párpados y deja que el musgo crezca sobre tu vientre pálido. Llenaré de oro tus venas y plantaré un árbol rosa donde sólo tienes un agujero sombrío.

Lilith, ven hacia mí.

No puedo moverme. Ni acaso siquiera dejar que me contemples demasiado tiempo. La máscara caería rota en tantos pedazos como dimensiones tenga tu pobre alma desamparada. ¿Porque tú crees en el alma?, ¿verdad.

Mi alma eres tú, Lilith.

Yo soy solamente la Luna negra, la cifra que te señala a través del desorden, el número que te hace proseguir mirando hacia los globos azules, rojos, amarillos de los astros, cuando sin palabras, sin voz te preguntas por el misterio de las relaciones.

Déjame ver la forma de tu corazón. Tu corazón que hace poco descendía hacia mi quieta frente de solitario.

Te he preguntado si crees en el alma.

Respóndeme tú, Lilith. Solamente quiero creer lo que la forma de tus muslos dibuja sobre el horizonte tembloroso. Todo está tan gris en torno nuestro. Mira, ya empiezan a apagarse los fuegos de la lejanía.

No hay otra alma que la que nosotros hacemos con la cera de nuestra sangre, gris como tú dices.

Entonces, ¿por qué estamos tú y yo, aquí, quietos sobre el filo de la desesperación, mirándonos como los muertos se miran detrás de su muralla de vidrio destruido?

Estamos juntos porque lo sabemos.

Dime, ¿qué debo hacer?

Debes permanecer en ti toda la eternidad. Piensa; yo soy eterno, y lo eres. Piensa; mi alma existe, y existe. Piensa; Lilith me ama, y te amo.

Nunca me había sucedido así. Me basta pensar en una nube para que se desvanezca; creo en un aliento y ya no es nada. Pienso en un conjunto de sonidos. Y tan sólo el silencio de mis ojos queda quieto como una espada infinita rodeándome de una luz lúgubre, de una mortal desdicha, Lilith, Lilith, ayúdame.

No puedo hacer nada por ti. Llama a tu alma.

Tú eres mi propia alma. Te lo he dicho.

Si yo lo fuera, peor para ti. Yo soy la Luna negra. ¿Entrarías conmigo en el horizonte muerto? ¿Querrías caer conmigo en el secreto pozo de la materia ciega? ¿Quieres que te arranque los ojos.

El final de mi soledad es mucho más angustioso que todo cuanto puedas decir para probarme. Nunca he deseado lo que me era dado. Siempre viví en las murallas de la nada, convertido en impulso hacia el vacío. Sé mía sin serlo.

Si es cierto cuanto aseguras, has vivido en mí durante toda tu existencia. Voy a besarte. ¿Dónde quieres que lo haga? ¿Sobre tus ojos? ¿En tu corazón? ¿Entre tus labios? ¿O en el fondo de tu alma que desprecias.

Bésame en tu propio pensamiento. Estoy cansado de acercarme a la carne caliente, de acercarme a las terribles hijas del sarmiento; estoy cansado de mirar sus tenebrosas bocas, sus piernas de crueles contexturas. Quiero vivir en el aire nocturno de tu destino.

Antes era yo quien hablaba de destino. Dije que quería leer el tuyo, como lo hacían los grandes enemigos de la tranquilidad humana, los tristes porque sabían el color de las arenas de la otra orilla. Ahora eres tú quien pronuncia la falsa palabra. Pero yo quería engañarte. No hay destino.

¿No hay tiempo?

No. Tampoco hay tiempo. Todo pasa, fue dicho hace muchos años, hace muchos lugares, por un hombre que, a veces, me recuerda a ti. Y, todo pasa, es equivalente a todo queda. Tú mismo has existido siempre.

No.

Claro que sí, aunque no lo sabes, por eso es para ti un problema pensar en el alma. Llamas existir a pensar; pensar, a tener consciencia; tener consciencia, a erguirte sobre tu memoria y la comprensión de tu mundo. Pero, detrás de tu mundo, de tu memoria, de tu consciencia, de tu pensamiento y de tu existencia, tú mismo estás, fijo, inmóvil, clavado en un trono de diamantes, quieto, terriblemente fijo, como dos pupilas en una sola mirada, como ser y no ser reunidos en un único tormento.

Detente.

Sí. No es necesario que prosigamos hablando. Podemos mirar la destrucción que nos circunda como un halo que sufre al compás de nuestros latidos. Mirar el horizonte abrasado por los soles luminosos, los que vibran, los que cantan armonías blancas y doradas. Ellos también existen.

Lilith, no me hables de los luminosos. Tu corazón desciende entre las capas rojas del cielo y se detiene sobre mi frente. El universo de tu cuerpo se deshace en torno mío. No hablemos de nada. Ámame, solamente.

¿Dónde quieres que te bese? ¿En la flor esparcida de tus llantos? ¿En el día confuso de tu pensamiento? ¿Entre las dalias de tus búsquedas inacabables.

No, basta de terror y de consagraciones inútiles. Si todo es una permanencia inagotable, insustituible, pura, ¿para qué me ha sido dada esta boca que no solamente sirve para morder y besar? Si mi pensamiento no puede añadir nada al mundo, ¿por qué me socava desde dentro como una montaña de fuego? A veces, he buscado los

grandes cataclismos terrestres para perderme en ellos, pero nunca he muerto todavía.

Has pronunciado el gran secreto.

Bésame en la boca con que lloro. Lilith. Lilith. Porque mi boca es mi alma y también mi pensamiento. Porque mi boca es la montaña de fuego sobre la que tú apareces llena de flores salvajes.

Carta sobre mis cosas (1950)

Oh, muchacha:
querría que me vieras
cuando Alban Berg, llorando,
araña las paredes de mi casa
y llena mi ventana
de cabellos azules y papeles,
donde flota un naufragio inextinguible.
De mis libros
asciende un humo denso,
transformado en figuras transparentes.
Es Heidegger quien habla:
Franz Roh, Frobenius, Kafka,
Paracelso, El Cusano. Miro estampas
de Max Ernst, Magritte.
Simón el Mago
me conoce y me asiste
con sus cuatro redomas, donde cuatro
animales conversan dulcemente.
Metafísica leo,
sabiendo que los puentes están rotos
y que un campo difunto
se extiende estéril, puro, sin posible
redención. En silencio.

De *Ontología* (1950)

7
Tengo un hambre sobrenatural de objetos naturales.

9
La cosa en sí tiene forma radiante.

12
Idioma es toda coherencia de elementos expresivos. Toda secuencia.

26
No debe confundirse unidad con simplicidad. No existe nada que sea simple.

33
Muerte no es solamente la terminación personal. Muerte es todo cese. Siempre que lo más mínimo se separa, se experimenta la muerte.

49
La belleza es la ilusión de la trascendencia. Por la figura quiere la caótica materia llegar a ser idea. Pero la muerte no le permite perpetuarse.

84
Los símbolos son objetos de doble aspecto. Explican y, a la vez, realizan, actualizan, el significado. El más importante de todos los símbolos hallados por la humanidad, la cruz, realiza el mis-

terio del ser. Es una unidad compuesta de dos unidades contrarias; vertical y horizontal, ser y no ser, vida y muerte.

85
Todo lo que no es consciencia del ser es expresión del ser.

86

De ese carácter expresivo se deriva el interés de todo lo que existe. Expresar, en este caso, es ayudar inconscientemente a la labor del pensamiento puro.

87

El espacio de la acción se reproduce en el tiempo.

88

El sufrimiento sexual es obra del espacio.

98

Todo hombre puede oír su abismo interior. La consciencia es un espacio.

108

Hay que estar en algo sin perder el todo.

120

Y, ¿qué es lo lejano? El límite de la belleza y de la fuerza del ser. Porque el espacio es obra del movimiento de expansión. Y el movimiento es obra de la acción irremediable de lo íntimo que crece, surgiendo hacia sí mismo, y rompiéndose para crear la ilusión de una trascendencia o exterioridad del ser.

126

La muerte es el reino de lo oculto; de lo que está pero no ha aparecido.

133

El hombre es el mediodía del ser.

141

Todo lo que se dirige a la belleza y la exclusiva consciencia de su separada existencia cumple una fase de su destino. Pero cuando algo se halla cerca de su perfección, empieza a iluminarse con luz negra. El sentido de la muerte lo penetra y, en la agonía de saber que debe aspirar a la común disolución y de querer, no obstante, perseverar en sí, se realiza la más penosa idea de la crucifixión existencial.

Confesión (1951)

A lo lejos, la forma de mi cuerpo,
la forma de mi historia se deshace.

Cómo puedo mirar sin estar muerto
tanta catástrofe.

Muchas veces he dicho lo que siento:
mujer, no me abandones
aunque tu corazón esté perdido
desde siempre.

Y quedarse mirando la amargura
cuando se desordenan las palabras
y se encienden sollozos en los negros
montones de cristal.

Definitivamente
fuera, fuera.

Tocar muchas rodillas, muchos senos
o muslos de materia alucinante
como voces de un mundo sin espíritu.

Oh, lo mío.

Se recuerdan pequeñas casas blancas
en la falda de un monte, compañeros
con los que fue feliz alguna tarde
transcurrida entre libros y botellas.

En el aire,
en el día,
en el fuego, lo roto.

Tendedme un nuevo traje de relámpagos,
un nuevo campamento.

Jerjes está cantando en la llanura
coronado de piedras y de perlas.

Yo suelo dar limosna a los más ricos.

5

Yo iba arrojando maderas a la hoguera y, al caer en las llamas, se transformaban en pájaros. A lo lejos circundándome, se alzaba una grandiosa muralla que rodeaba todo el horizonte.

14

Tenía el pecho abierto por una enorme herida y en la carne desgarrada crecían las piedras preciosas. Yo estaba extendido en una mesa como de despacho, cubierta por un mantel blanco. En la habitación no había ningún otro mueble y las paredes desconchadas y sucias me producían más tristeza que mi propia herida.

20

Los sueños en que, lógicamente, estoy en peligro, por hallarme bajo masas imponentes y cristalinas de agua —grandes ríos, mar— me producen gozo.

26

De los bolsillos de mis trajes, abandonados por todas partes de la casa, colgados en el respaldo de las sillas, tirados por el suelo, encerrados en armarios cuyas puertas se entreabren, sale una multitud de objetos extraños que no puedo acabar de reconocer; algunos parecen plumas de ave, otros son como papeles retorcidos y quemados.

29

Oigo una voz que me dice: *No visites jamás de día los lugares donde duermes de noche, porque corres el peligro de crear dos vidas que mutuamente se destrocen.*

35

Me entregan uno de los libros que yo he escrito, encuadernado en seda rosa quemada por los bordes.

40

El hombre que había inventado el aparato de suplicio, que daba muerte por medio de ondas que cortaban como cuchillos, y que estaba guardado en el fondo de un pozo, colocado en el patio de la cárcel, exigía que sus presuntas víctimas se dejasen fotografiar a su lado, como si fuese una reunión de amigos celebrando una fiesta.

60

Muchos sueños con lagartos, saltamontes y grandes tortugas negras.

68

El espíritu es una prisión más monstruosa que la carne, oí que me decían. Era una reunión de ancianos, gente de pueblo reunida en la plaza mayor, tal vez para juzgarme.

73

Entro en una habitación y veo que, en ella, abandonadas sobre una mesa y varias estanterías, hay muchas cajas. Son de formas y tamaños diferentes; de materias distintas. Unas grandes como arcones y otras diminutas. Permanezco indeciso, sin saber qué debo hacer en esta situación. Abro una caja, después otra, y otra, y muchas más. Todas están vacías.

De *13 poemas de amor* (1951)

Dragón de flores rojas,
luminosa serpiente con azules
crestas, mi corazón
lame tus rocas tersas, el espejo
donde el mar
extiende su metal incandescente.

Sonidos espantosos
me buscan por el cielo
cuando solo
destruyo mi materia espiritual
en hoz de aspiraciones.

Montaña mía, tribu
con banderas naranjas y coral
hacinado, lugar
donde la espuma forma las melenas
y las alas.

Un elevado lazo de fulgores
te quema en tu celeste consistencia.
[...]
La casa estaba allí, donde nosotros
con las alas pegadas a la dicha,
temerosos de fuego.

Pero nadie nos dijo que los ángeles
eran menos altivos y translúcidos,
cuando al atardecer pertenecíamos
a mutuos instrumentos de delirio.

La casa estaba allí, con sus dos bocas
abiertas a los cánticos.
[...]

[...]

La cama del amor era una roja
palabra.

La cama era una bestia de obediencia,
una becerra blanca
con guedejas de sol entre las nubes.

La cama estaba abierta como un pájaro
con las plumas en vilo por los aires.

Relámpagos de sangre
transpiraba su orquesta palpitante.

Mantas como llanuras con palomas,
espacio como un vientre bajo un vientre.

3

Arca de mi misterio
no me abandones.
Mujer con dos zapatos
no me abandones.
Pedazo de cristal
no me abandones.
Espejo de papel
no me abandones.
Corazón roturado
no me abandones.
Día de mi mañana
no me abandones.

17

Otra forma de amor, no de silencio,
no de recuerdo puro,
o de esperanza sola en la montaña
de césped y esmeraldas inmortales.

Otra forma de amor, no de furiosa
construcción boca a boca.
Tener la soledad de dos misterios
en una rosa mía como trueno
perpetuo, como tierra interior.

Tener en el recuerdo la presencia,
en la presencia el alma del recuerdo.
Tener entre los dientes el espíritu.

22

Mi lucha intelectual
tiene razón de ser.
Tengo que construirte
una casa de ideas,
un pórtico de luces,
un ámbito cerrado
de intensa eternidad.

A san Bartolomé

Vid de los excrementos, maldición
para el alma que muge entre legumbres
y carrozas de fango constelado.
Maldición sobre el mar de sus cabezas.

Espacios interiores me carcomen
y cantan con voz triste dulcemente.

Más allá de las cruces, los maderos
bajan con la madera de la sombra
y sepultan los cielos de colores,
las palabras de amor bajo los árboles.
[...]

A san Miguel Arcángel

Con mi traje de sapo y de cristales,
con mi espada comprada a un anticuario,

con mis libros de magia y papel muerto,

con mis odios de torre entre alambradas.
Con mis dedos de humano constituido,
te cito, arcángel roto en pensamientos.

Baja con las palabras del crepúsculo,
baja con amatistas afiladas,
baja con siete montes de cuchillos;
corta mi corazón de sapo y toro.

Homenaje a Paul Klee

Con dentadura de oro, Paul Klee surge de las cloacas negras. En la mano derecha lleva un ramo de ortigas y, en el pensamiento, varias mujeres bellísimas que han olvidado la forma de su cuerpo.

(1950)

[...]

A René Magritte

Las mujeres con pechos de papel
alumbran la armonía de los prados.
A las ventanas vienen los venados
bajo un cielo de páginas de miel.

Detrás de esa cortina hay un doncel
con los ojos azules y vendados
pero en las blancas vendas hay pintados
tres ojos negros donde está Luzbel.

La pierna adolescente de la bella
abre sus abanicos de cristales
mientras un aerolito resplandece.

La carne es un espejo y una estrella.
El hombre la contempla con puñales
pero la rosa corre mientras crece.

[...]

(1951)

67 versos en recuerdo de Dadá

El uno se arrodilla dulcemente,
el dos tiene las trenzas de papel,
el tres llena de plata los triángulos,
el cuatro no solloza,
el cinco no devora el firmamento,
el seis no dice nada a las serpientes,
el siete se recoge en las miradas,
el ocho tiene casas y ciudades,
el nueve canta a veces con voz triste,
el diez abre sus ojos en el mar,
el once sabe música,
el doce alienta lámparas,

el trece vive sólo en los desvanes,
el catorce suplica,
el quince llama y grita,
el dieciséis escucha,
el diecisiete busca,
el dieciocho quema,
el diecinueve sube,
el veinte vuela ardiendo por el aire,
el veintiuno cae,
el veintidós espera,
el veintitrés adora los vestidos,
el veinticuatro sabe matemáticas,
el veinticinco magia,
el veintiséis amor,
el veintisiete guerra,
el veintiocho estrellas,
el veintinueve luna,
el treinta tiene garras de cerezo,
el treinta y uno flota,
el treinta y dos destruye los anillos,
el treinta y tres anula los espacios,
el treinta y cuatro ruge,
el treinta y cinco vive lejos,
el treinta y seis conoce la amargura,
el treinta y siete fulge,
el treinta y ocho baja,
el treinta y nueve quiebra torres,

el cuarenta se expresa,
pero el cuarenta y uno tiene páginas,
donde el cuarenta y dos halla su espejo,
donde el cuarenta y tres se desmenuza,
en el cuarenta y cuatro anidan tigres,
en el cuarenta y cinco monumentos,
en el cuarenta y seis hay una espiga,
en el cuarenta y siete distracciones,
detrás vienen cuarenta y ocho pensamientos,
cuarenta y nueve signos,
cincuenta cruces,

cincuenta y una lágrimas,
cincuenta y dos mujeres,
cincuenta y tres desiertos,
cincuenta y cuatro pianos,
para cincuenta y cinco partituras,
para cincuenta y seis sonidos,
cincuenta y siete soles,
cincuenta y ocho perlas,
cincuenta y nueve bocas,
sesenta muertes,
sesenta y una llagas,
sesenta y dos pirámides,
sesenta y tres adioses,
sesenta y cuatro diccionarios,
sesenta y cinco sentimientos,
sesenta y seis recuerdos,
sesenta y siete flores.

[...]
(1952)

Anuncio

El águila lloraba
y le dijo a la sombra:
no me dejes aquí
donde todos respiran;
en el fondo del mundo.

(Su corazón tenía
por cielo un gran espejo).

(1952)

De *Segundo canto de la vida muerta* (1953)

Yo vivo en una casa sin jardín,
en una casa interna donde se oyen
ladridos y sollozos cuando el cielo
sucumbe a su dorado movimiento.

Yo vivo en una casa cuyas ramas
penetran en las casas de los otros
y queman sus azules mobiliarios,
sus retratos amados por el tiempo.

De mis palabras surgen soluciones
de metal invasor que nada puede
destruir o parar. De mis palabras
nacen olas y mares ascendentes.

Mi casa comunica con las fuerzas
que perforan los mundos y los alzan
en la cima furiosa de esa sombra
sin principio ni fin que me alimenta.

De *Tercer canto de la vida muerta* (1954)

Llevo lacre en la boca de mis años,
cajas llenas de sangre entre los ojos.
Y un instrumento muerto me aproxima
su música tenaz, su aspecto grave.

He visto los lugares de la dicha,
los rincones del odio y del deseo,
las calles donde un hombre alucinado
busca, sin recobrarlo, su destino.

Parad todas las sombras que se mueven;
estamos entre rosas al final
y todo este concierto transparente
no cabe en una página abrasada.

Muerte de estar muriendo en las dos cajas.
El abandono azul al mediodía.
Hierros sobre mi boca desgarrada
de la que cuelga sangre transparente.

Dama de mi razón, dama de sombra,
ausencia de mi espacio y mi costado
me arrancaría el alma de los ojos
la música al fondo del latido.

Toda mi soledad se me adelanta
me construye ciudades de aire muerto;
allá residiré mientras las hojas
del cielo se desprendan y me cubran.

¡Ay!, qué terrible lago de extensiones:
las campanas sollozan por mis brazos,
las páginas ardientes se extenúan

y todo es lejanía en mi interior
de cristal destrozado.

Deja que te contemple
ciudad de mi dolor
palabra de mi cielo
respuesta de jardín.

Deja que me desnude
a tu luz de diamante,
a la escarcha rojiza
de tu mirada negra.

Deja que no me muera,
porque aún quiero quererte
con mis siete cabezas,
con mis cien corazones.

A veces profundizo en una China
puramente interior pero que tiene
de común con la otra el laberinto
de una luz misteriosa y desgarrada.

Te busco entre faroles de colores,
entre rojos dragones y mendigos
que tocan una música muy triste;
te busco entre palabras que me has dicho.

Mi China se estremece como el fuego
y se rompe en montones de cristal.
De mis manos heridas nacen alas
y te miro volar sobre mis cielos.

De *El palacio de plata* (1955)

El palacio de plata de la sangre
atraviesa la roca con dulzura
en medio de las aguas que respiran.

El árbol infinito resplandece
y la dorada rueda de fulgor
levanta su cabeza de cristales.

De las rosas del centro del abismo,
sus letras de la calma nacen llamas.

La noche abre sus ojos transparentes
y las coronas arden de aire blanco.
[...]

El palacio de sangre transparente
levanta las coronas con dulzura,
y la dorada roca de las letras
atraviesa las aguas de aire blanco.

La noche abre cristales que respiran,
de la plata del árbol nacen ojos;
en medio de la rueda de las llamas,
en la calma del centro resplandecen.

Las rosas infinitas del abismo
arden en la cabeza del fulgor.

De *Cuarto canto de la vida muerta* (1956)

Degollado
mi corazón todavía puede abrir los ojos
y emitir los sonidos que el cielo sollozaría.
Abierto
todavía respiro las grandes esperanzas azules
y verdes,
como en un siglo XIV donde está
la herida y el plomo de los sellos colgantes.
No puedo reconocer
los campos donde estaría al atardecer la dama,
ni el oro dorado y gris
me puede acompañar en estas noches quemadas
por la luz de otros astros que nadie ha dibujado.
Sin voz
aún puedo acercarme a la fuente. Y a rastras
mojo mis manos lejanas,
mi frente cortada por los látigos,
mis palabras cosidas con un hilo de seda
entre los alfabetos, que aparecen al fin
al excavar los fondos,
los campos donde estaría la guerra de hierros,
donde mi estandarte negro con una lis roja
y mi boca de siempre estarían.

Degollado
mi corazón todavía puede mover los labios
y avergonzarse con cada amanecer y con cada anochecer
porque la Gran Corona cayó de mi frente.
[...]

De pronto, la mujer
roja se acerca por el campo negro con una campana,
con el cuerpo dorado como una campana de bronce.

El cielo precipita sus sombras descompuestas,
hilos de seda negra resquebrajan la tierra.
Busco
un agujero mío, solo;
una línea,
un movimiento fuera
del espacio, un
paso
a través de unas láminas de plomo,
a través de ventanas de ceniza o de muros,
por el fuego,
por debajo de los fondos del agua
por un aire que no existe ya.
[...]

La muerte abre los ojos,
abre sus ojos en mi corazón, sus ojos claros
y violetas.
En mi corazón donde otro mar despedaza
sus anillos profundos.

Toda la presencia desplazada que se aplaca en el fondo,
esa mano que se adelanta desde un pasado de agua verde,
ese murmullo de la voz que ha traspasado el silencio.

Los musgos y la tierra, los charcos removidos
por un agua de lluvia;
los surcos del dolor en la noche, bajo el mar
el movimiento oscilante de una aproximación
incierta, indecisa, inagotable.

La muerte abre la boca
y sus labios azules me rozan como miradas,
como las rosas negras que he perdido en el cielo.

De *La dama de Vallcarca* (1957)

El infierno regenera sus tentáculos. Silban en la avenida de las sombras, donde el humo reclama las copas de los árboles. Silban con dulzura penetrante. Su nombre, roto a trozos, comparte la comida de las serpientes: arroz ensangrentado, frutas negras, restos de ruidos y de rotaciones. Silban dulcemente allá en el bosque, donde una fuente muerta murmura el nombre roto, sus anillos espesos. Mis pasos circulares forman un alfabeto amarillento, con iniciales azules y violáceas.

[...]

Atraído por el lugar y el olvido, he llegado a Vallcarca, bajando una escalera quebrada, con barandilla de hierro húmedo, pisando blancas losas y pasando junto a desventuradas puertas y quemadas ventanas. Un olor de animales y de flores flota en el ambiente bajo. La gran calle corresponde al Río del olvido; el camino tortuoso que lleva hacia la colina pedregosa es el Río de la juventud. Aquí está, pues, el paisaje megalítico y aquí voy a quedarme mientras la llave pueda conocer su puerta, mientras la puerta reconozca el fulgor de su llave; mientras el gran espacio no me lleve consigo, mientras la roca roja y ávida no se transforme en lamento.

[...]

Nada puede avanzar. Todo termina en mutilación. Inmensos valles cortados a pico, corderos sin cabeza, manos de cuatro dedos, auroras devoradas. Y dentro de la roca, nuevos ardientes ruidos, matrimonios horribles de azufre y de mercurio, un humo denso y frío, agitado, no obstante, por despiadado fervor. Entro en la casa del hierro y sus filas de cristal se reordenan; en la verja azulada, hay un resplandor agudísimo, que comienza más allá del dolor. Cada cadena se desprende sola y grandes águilas blancas iluminan el sol al mediodía.

[...]

Todo está preparado en el jardín. Ella lleva un jersey rojo, medias negras y ropa interior negra también. Sus muslos son morenos y redondos, como la tierra. Ella habla en latín a una multitud que no existe y solicita solamente las cabezas de las criaturas inocentes. Cuando miro mi brazo derecho, veo que la cicatriz, a la altura del codo, se ha convertido en una iglesia románica, cuyas imágenes, con su rostro de plata estrangulada, me sonríen y animan, «porque me van a cortar el otro brazo», mientras las flautas chillan.

[...]

Las casas de este pueblo palpitan frenéticas. Es de noche ahora, cuando la luna inicia su procesión espantosa sobre el árbol desgarrado. Una multiplicación de violetas indignas se produce en los silencios del campo. Sábanas azules van cayendo del cielo, dulcemente, y recubren las casas, las ramas vegetales y la submarina ceniza que desciende como una alfombra. Una veleta gira sin viento. Del candelabro de doce brazos nacen doce cabezas de mujer, de una misma mujer descuartizada, con veinticuatro ojos que no pueden llorar.

[...]

Mi sangre vaga por el campo. Mi sangre moja las nubes y las flores, en medio de la suspensión de las tempestades. Grandes sombras acechan detrás de las rocas en ruinas. Ríos de crisantemos trastornan la sábana grabada con los puntos cardinales, y ponen cementerios donde aullaban las letras incendiadas, las puras iniciales de entrelazo; agujeros donde crecían las solemnes estalagmitas como la miel en el éxtasis. Pero bajan las hierbas desde el bosque aplastado. Bajan las hierbas grises al pueblo. Descanso.

[...]

De pronto, estallan las orquestas extirpadas. Cuatro caballos anaranjados corren hacia los puntos cardinales, donde se elevan cuatro palacios azules con las cúpulas rojas. En el centro hay una fuente negra de la que surge el dragón dorado con grandes alas blancas abiertas como el dolor. Una música espantosa invade los horizontes, lenta, pesadamente, mientras un frío glaciar desciende con cortinas del cielo. El dragón se transmuta en un alto obelisco de vidrio violáceo; todo el paisaje gris resquebraja su conjunto, y redes plomizas caen como sistemas de grietas entre los caminos y las balaustradas glaciares, entre las puertas del hielo y las cuatro monedas de plata con caballos

grabados. Se oye llorar en el sol, en el lejano sol viviente, mientras los jeroglíficos se esparcen por las calles.

[...]

Se oye llorar como se oiría en la sístole del cielo. Te amo. Las torres blancas de este pueblo elevan sus espirales en remotos acentos contraídos. Y los jazmines de hierro se entremezclan ahora con los feroces jazmines de las aguas. Centellas y rosas vienen, avanzan de la mano por el abismo y doran los perfiles en ciego movimiento. Crecen los edificios entre flores de lis y rocas o nubes en ebullición. Ascienden los corderos hasta las cimas nevadas y cálidas, cuya blancura repite en lo insondable: Te amo, luz mía de siempre; luz mía de nunca, perdida entre explosiones y momentos. No busques otras sombras, ven a mi obscuridad, toca mi sangre blanca de ceniza, mis cabellos desiertos.

[...]

Vallcarca abre los ojos entre tejados agitados. Separa sábanas y palabras, promesas y piedras, roces y voces. Vallcarca baja por los murmullos hasta la cabalgata inferior y allí donde un bosque verde y negro y un bosque blanco y verde se confunden, extiende sus causas consoladas por la certidumbre del pergamino y por el sello de plomo de dolor. Los graves murmullos se adelgazan y oscilan. Son cenizas que cantan en el agua bendita, como vientos hilados entre blancas agujas, en iglesias abiertas a los astros; en iglesias creciendo entre arenales. Entonces, unos cabellos blancos apareciendo, y unas heridas nuevas, hablando como joyas. Caigo, ruego y concito.

[...]

Ahora todo cambia. Estamos entre rosas en un jardín humano. La noche de oro rosa vive sobre la luna. Sus trajes transparentes traspasan las montañas. Escrita en las magnolias, su calor infinito conmueve las materias que aún gravitan sin luz. Las aproximaciones comunican espacios, las redes como centros continuos y la belleza funde los pórticos en vilo. Un éxtasis perenne pisa la santa tierra y todas las palabras son la sola palabra de la consagración.

[...]

Ella está de rodillas delante de mí. Mientras mi mano izquierda la sujeta por el negro pelo rojizo, con la derecha clavo mi cuchillo en su

corazón. No la he matado, pues ella siempre estuvo muerta; he matado su imagen mientras las casas de Vallcarca hierven y crujen como grandes insectos bajo un cielo arrugado y maldito. La sangre rompe todas las letras. La sangre retrocede. La reina de la siembra solloza en sus anillos terminales. Un aire sin silbidos pone cortinas negras, blancas, rojas, doradas. La luz del sacrificio levanta la pirámide hasta el cáliz y las sombras dibujan una cruz entre la dispersión de las estrellas. «Comenzaremos ya, definitivamente, la otra vida».

No me sirve de nada creer en Dios (1961)

No me sirve de nada creer en Dios
porque Dios no cree en mí.

(Mi pensamiento vive como un animal infame
sobre la enorme masa de muerte que hay en mi pensamiento).

Hay más de mí en cualquier resto
blanco de capitel románico
que en todas las historias que pudiera contar
sobre mis laberintos recorridos.
[...]

He confundido a los seres humanos con un resplandor
profundo que no tiene nombre.

He confundido mi corazón
con el corazón de Dios.

De *Blanco* (1961)

Mi cabeza no humana se asoma a la ventana;
con ojos de dragón veo pasar los hombres,
con boca de volcán asisto a un resplandor de crepúsculo,
con manos minerales y cuerpo de cristal retorcido
estoy en una casa humana.
[...]

Luis IX me miró fijamente y me dijo:
Empieza tú a mover la batalla.

Todas las lises de plata de su manto
avanzan por el campo.
[...]

Con los cabellos blancos entre la tierra blanca,
levantando pedazos de plata con la boca grabada,
removiendo un desierto con días de marfil,
hablando con magnolias y corderos vendados,
con los huesos del odio entre leche esparcida.

Aún.
[...]

Pasaban dos zapatos por el valle,
la tierra los oía temblando.

De *Los espejos* (1962)

El verdadero mar es negro con plantas grises y está lleno de sombras oscilantes. Su fondo perforado es un plomo que ha perdido los signos. El verdadero mar es negro.

[...]

Subí por la escalera,
pero hacia abajo.

[...]

Encontré una gran piedra gris
y le dije:

Tenemos que resucitar.

De «*Regina tenebrarum*» (1966)

Como si los leones devorasen tu cuerpo, y tu sangre
corriera sobre el mármol escaso,
así te miro, pensando
en el sagrado día de tu muerte,
cuando un sepulcro inmenso beberá tu hermosura
quemada por el tiempo.

Habrás sido una música ciega en lo alto de un muro.
Mi larga maldición te pertenece como tus propios huesos,
llévatela contigo a la tierra.

Tenebrosa, ¿de qué te sirve tanto oro
confundido con plata?

No podré ver tu muerte, comprobar tu agonía;
sólo tendré una escueta noticia inacabada,
la certidumbre del lugar ocupado por tus «restos»
y la seguridad mayor de que no he de nombrarte
cuando me refiera a mis ángeles clarividentes, erguidos.

[...]

Así acontece ya con cada instante.
El sonido es la muerte que todavía resiste
y levanta, sin manos, un gesto hacia lo vivo.

Oye mi corazón; se está moviendo.
Y esta música horrenda que no te conmueve
soy yo.

[...]

Ven a verme llorar,
no lloro con los ojos ni con el pensamiento;
lloro con las entrañas, con los dedos quemados,

con la frente rajada por cuchillos
y con la llaga en llamas que yo todo soy.

Desciende del palacio, ven
a verme llorar.

Verás un monasterio cuando se despedaza
y verás dos mil años en sólo unos momentos,
o en un tiempo tan largo que la historia del mundo
no llena su interior.

[...]

Schoenberg está loco en el jardín de mi casa
interior.
Los jacintos aún florecen en la noche del África.

Dejadme, suplicó aquel mendigo.

Lo dejaron sin brazos, sin labios y sin ojos.
Yo tengo que recoger su espíritu,
bajarlo de la cruz,
y llevarlo a la cumbre de esta Tierra maldita.

[...]

Un día
vi una llaga horrorosa.

Parecía una flor, una torre, un extenso
paisaje bajo un sol de plomo.

Le pregunté: ¿*Quién eres*?

Me contestó un sonido sin habla,
un lamento que aún oigo sin oírlo,
un gemido sin letras. Pero creo
que mi nombre decía.

[...]

Como si los paisajes fueran cerrojos
y tus manos la rosa inmensa que tapia los cielos;

así me acerco en silencio a tu gigantesco recuerdo,
mientras los lobos gimen en torno mío
y una esvástica negra
persigna mi frente donde siempre persistes
y donde te transformas en una fuente alada.

Pero la Oscuridad es tu dominio y por eso
me voy oscureciendo, *Regina*
tenebrarum.

[...]

¿Dónde estará nuestro reino?

Oración

Heme aquí postrado ante ti, a la que llamo Reina de las Tinieblas porque la luz es reina por sí misma y sólo la oscuridad necesita una reina que en ellas refulja con su diadema de emanación incesante, y la grabe en su losa.

No te ruego que deshagas la oscuridad de mi corazón ni de mi conciencia sino en la medida en que esto sea justo para que pueda alabarte, y ver en lo Tenebroso la forma de lo que debe ser exaltado y en lo alucinante de mi propio espíritu que ya tengo el fuego que sólo Tú has de encender.

No sé darte otro nombre que exprese mejor el mundo desde el cual te contemplo y te adoro, sumido en la profundidad de un mar negrísimo cuyos abismos son yo mismo convertido en mar.

No te invoco con palabras de alegría ni te proclamo con tus nombres de exasperación o de serenidad porque no tengo el tesoro del que se extraen esas antorchas. Levanto hacia ti mis manos de ceniza ensangrentada y mis dones son solamente, Potencia Oscura, los que Tú te das a ti misma, el reflejo que mi opacidad puede dar de tu oscura luminosidad. Pues, para mí, hasta la luz es tinieblas en tanto no sea llamado y vea que me envías tu Ángel en el puente llameante, en el tercer día que suceda al de mi muerte.

[...]

Letanías

Reina de los cementerios invisibles,
Reina de los exterminios luminosos,
Reina de las esmeraldas que suplican,

Reina de las manos desenterradas,
Reina de las espadas que padecen,
Ora pro me.

Puerta de las llamaradas inmóviles,
Puerta de las estructuras indescriptibles,
Puerta de los movimientos de platino,
Puerta de los crisantemos descompuestos,
Puerta de las constelaciones que vacilan,
Ora pro me.

Madre de las praderas sollozantes,
Madre de los cristales que se hieren,
Madre de las diademas de oro al rojo,
Madre de los que lloran por la noche,
Madre de los que lloran con su noche,
Ora pro me.

Torre de los corderos que son música,
Torre del firmamento entre las alas,
Torre de los topacios en las cruces,
Torre de la pasión y de las águilas,
Torre donde las frentes son estrellas,
Ora pro me.

Rosa del ruiseñor que nunca nace,
Rosa de la fragancia de las ruinas,
Rosa de las hogueras que palpitan,
Rosa de los abismos de una fuente,
Rosa de las habitaciones de los clavos,
Ora pro me.

Letra con que se inician las plegarias,
Letra con que se escriben las mitades,
Letra con que terminan las tristezas,
Letra con que se anudan las montañas,
Letra con que me humillo a cada instante,
Ora pro me.

Estrella de la desesperación del mar,

Estrella de los ciegos que se exilian,
Estrella de las distancias horrorosas,
Estrella de un abandono en desvarío,
Estrella de esperanza en la ceniza,
Ora pro me.

Fuente de los diamantes temblorosos,
Fuente de los temblores que refulgen,
Fuente de las acacias que se acercan,
Fuente del horizonte y del espacio,
Fuente hacia el interior del corazón,
Ora pro me.

Reina de lo imposible y lo posible,
Reina de las ternuras de los muertos,
Reina de las miradas de las cimas,
Reina de las separaciones absolutas,
Reina de los despedazados de la sombra,
Ora pro me.

[...]

Invocación

Reina del sentimiento que las nebulosas entienden,
tus alas piensan,
tu corona solloza,
tus dedos dedican,
tus miradas perfuman,
tu corazón esparce,
tu frente fecunda,
tu oscuridad es el diamante del que nacieron las claras constelaciones.

Reina del pensamiento que las entrañas encienden,
tu voz es de luna,
tu estatura es de sol,
tu fulgor es de rosa,
tu belleza es de océano,
tu inmensidad es de sentido,

tu centro es de espejo,
tu claridad es la diadema que llevan en su cabeza
las víctimas del amor.

Seas alabada, Reina de las Tinieblas,
Seas alabada, Reina de los Tormentos,
Seas alabada, Reina de lo Inmediato,
Seas alabada, Reina de lo Intocable,
Seas alabada, Reina de lo Negro,
Seas alabada, Reina de lo Blanco.

Alabada seas, Reina del pozo rojo desde el que estoy
cantando con mi temblor de metal torturado.

[...]

Oración segunda

Si soy para no ser y tengo para no tener; si perdí y fui mutilado; si he de ser aún quemado en la hoguera del Tiempo e ir abandonando todo; y si nada es mío, y creí que lo era; y aún lo creo, en falso, por error...

Si nada en mi persistencia ha de sobrevivirme, y si trabajo para la muerte y la sombra; y mis propios testimonios son ceniza y tristes trozos de mi muerte-en-vida; y si mi padecer y mi conciencia son lo mismo y como restos...

Si nunca he de encontrar la luz que lloro y el reflejo que me pertenece sólo por mi desear y mi busca; y si nada en mi preparación es digno de ser conservado, o transmutado, o recibido; si voy de negación a negación, y acabo...

Si no resonará ninguna voz en mis oídos de muerto; y cuando la destrucción de mi cuerpo sea esto la señal de disolución de cuanto tuve y fui; y si no veo entonces al Ángel mío, en el puente llameante, con los brazos abiertos...

Potencia Oscura que me has creado, acoge sólo este instante mío, en que el dolor sabe aún pensar, y todavía puede decir y ser como exigente de lo que juzga pertenecerle. Y recibe en ti misma, Potencia,

la fuerza de mi padecer y avanza más aún desde el fondo del universo ciego hacia el Espejo de Fuego que, dándote la felicidad, me iluminará.
[...]

Despedida

Las horas despiden llamas,
Los ojos despiden llamas,
Las nieves despiden llamas,
Los siglos despiden llamas,
Las bocas despiden llamas,
Los cielos despiden llamas,
Las alas despiden llamas,
Los gritos despiden llamas,
Las manos despiden llamas.

Y las desesperadas esperanzas
llamas despiden.

De *Las hojas del fuego* (1967)

Las exigencias de lo horrendo enlazan
un muérdago azulado
con el oro aguzado del cuchillo.

Bella del firmamento que han hollado
planetas tenebrosos, dime:
¿Dónde está esa
constelación que imitas en la suma
de todos los movimientos de una vida?

HAS DE SABER QUIÉN ERES.

Anterior a ti misma y anterior
al silencio, espacias
los números del mundo y los espejos ardientes
que crecen con las flores del jardín del Olvido.

mayo
rayo

los alaridos ruedan
y los suplicios quedan

losa
rosa

[...]

MITRA toma la llave de mi sino
orienta Tú mi guerra y mi destino

legionario de un mundo sin legiones
mi corazón no encuentra corazones
mis espadas sollozan gravemente
sin fuego vivo que las alimente

el mundo en el que vivo no es el mío
MATADOR DE LA FIERA, en ti confío

[...]

mi amor está en mi centro
dentro
de la furia rojiza que concentro
sólo mano de fuego
ruego
llego
llago
lago
luego
seré en lo que me adentro
ley

rey

[...]

DADOR DE LO ENEMIGO
raíz
maíz
trigo
que crecerá contigo

espiga
que liga
cada sombra a la SOMBRA
que nombra

MARTE
convierte Tú mi luz en estandarte

[...]

INMENSO DRACONARIO
mi sol sacramentario
ven
ten

toma
la roca que desploma
la boca que se asoma
al espacio sagrario
al pozo
sollozo

[...]

todos los acueductos están secos
en los yelmos resecos
el bronce es un gemido color verde

une lo que se pierde
SEÑOR DE LA ARMADURA FULGURANTE
une lo que anhelante
muerde

De *Once poemas romanos* (1967)

Existe la música y existe el amor;
se puede ir a un restaurante, a un bar
y a otros lugares menos dignos.

PERO, ¿CÓMO OCULTAR LA TÚNICA ROJA
BORDADA CON PALMAS DE ORO? ¿CÓMO
OCULTAR LA DIADEMA DE DIAMANTE?

Hay que rezar en la iglesia, cantar
incluso, a veces, con otra «gente».
Hay que saludar a los conocidos,

PERO, CUANDO SE OYE GEMIR A LAS ESPADAS,
¿QUÉ HACER, ENTONCES?

Llega la hora del almuerzo, se come,
se bebe. La de dormir. Y se duerme.
Ya no hay naturaleza con abismo.
[...]

Salgo de un edificio y entro en otro,
trabajo, voy por las calles, gozo,
escribo artículos, libros; padezco,
leo.

UNAS LLAVES DE TIERRA CANDENTE
QUEMAN MIS TRAJES. NO PUEDO
IR VESTIDO DE HIERRO.

La gente me ve, me llama con un nombre.
La gente existe como yo, habla, se ríe.
No deja de moverse, de hacer *cosas*.

NO ENCUENTRO MI PALACIO DE PLATA.
NO ENCUENTRO MI CABEZA DORADA.
NO SOY, AUNQUE EXISTO.

Prólogo

Estábamos mirándonos,
grabados en el centro de la ciudad transparente.
Las calles de ceniza separaban
herencias de silencio alucinado.

Egipto había muerto, Alejandría,
después de ser helénica, lloraba
con los brazos profundos de perfume
caído en el desierto. Letanías
de días desfilaron.

Entonces vi que su mano de siempre estaba rota.
Vi que de su anillo incendiado se elevaba
un sonido silbante, contemplé
la montaña de granito y sus ojos en ella,
socavada de cuevas con esclavos cavando.

Era en el Sinaí; donde las minas
de cobre resucitan de pronto,
en una tarde ciega de un setiembre amoroso,
entre jardines colgantes y palabras
como profanaciones. Era
nunca.

Del ciclo *Bronwyn* (1967-1972)

a Bronwyn-Daena

De *Bronwyn* (1967)

Las huellas de tus dedos
no se ven en la torre.

Pero yo leo sin descanso, en la soledad de la ermita junto al mar
los antiguos signos en donde tú estuviste hacia el año mil,
por los bosques, los pantanos, las ramas y las hojas, la arcilla pisada.

Dentro del corazón está la muerte
como una runa blanca de ceniza.

Acércate por el campo blanco o por el verde campo o por el campo negro, pero ven.

Detente ante la tumba
donde los dos estamos.

[...]
Las hierbas son tan rubias como tú
lejos de la ceniza que me aleja
para siempre sin hierro.

La muerte es el pantano de las cruces,
Bronwyn.
[...]

Que las orquestas ciegas del martirio
acaben con los bosques, y los fuegos
de este incendio final, sacramentario.

Bronwyn,
si no puedo ser tú, si no podemos
ser ángel,
¿por qué la niebla es gris sobre el mar gris?
[...]

Las ruinas de las runas en la roca

hablan de que yo estuve en este mundo,
donde el mar y la tierra de las nieblas
se funden y confunden.

La vida era una ausencia inagotable,
un laberinto de serpientes grises,
un pantano de rosas tenebrosas.
[...]

Toma mi oscuro anillo inmemorial.

Mi armadura deshecha se deshace
y de sus mallas muertas salen fuegos
azules, Bronwyn; puedo verlos, tiemblan.

Tiro el guante de hierro, soy tu siervo.
El mar que me acompaña por un mar
de sombra se deshace en el vacío.

Estoy cansado de estar muerto y ser.
[...]

Bronwyn;
es un mar de ceniza, está subiendo.

Nuestras alas no existen por la noche.

La cabeza es de cera,
los ojos son espacio.

Te dejo entre los árboles del mundo
y este coro de gritos que persigna
mi estatura maldita.
[...]

Se acercan las doradas procesiones
que grabarán mi cuerpo en una losa.

Déjame contemplarte todavía,
mientras mis ojos cambian de función

convirtiéndose en música azulada.

Bronwyn, el horizonte es una casa:
(la imagen incendiada de una casa).
[...]

La tierra es de terror, pero yo busco
una flor de cristal inaccesible.

Dámela con tus ojos desde el lago
donde blanca apareces.

Cuerpo resucitado no abandones
esta mano de herida.

En Occidente el mar también acaba.
[...]

¿Mi señor me envió junto a las olas?
¿Mi ruido y mi armadura son su don
necesario?

¿Había de morir junto a la puerta
del jardín de los árboles dorados?

¿Tengo que vivir muerto mientras sé
que el cielo es una red de piedra gris?
[...]

Es mi espada del año mil que llora,
no yo.

Mi corazón es blanco y no se queja.

De *Bronwyn, 2* (1967)

I

Mi cabeza de dientes se esparce por el prado
en que los ojos más bellos de tu rostro
me hablaron con sus raíces de encina agonizando.

Toca mi corazón que se adelanta
bajo la espuma negra de las olas del cielo.

Ablanda tu ceniza.
Y acerca esa luz quemada de tus rojas estrellas
para que vea bocas donde sólo hay
pedazos de papel implorando.

Rasga tu hierro claro
y arráncate las letras que decoran tus yelmos.

¿Saben los grandes cisnes dónde está mi cadáver?

De *Bronwyn, II* (1968)

Corona sin persona

corazón sin coraza

lanza sin esperanza
[...]

Ando muerto

yerto mando

Bron-

wyn bajando
[...]

Bron-

wyn

Con

sin
[...]

Cielo

ciego

cieno

cierro

cielo

ciego
[...]

¿No subes a la hierba?

Las cruces son violetas

ya.

De *Bronwyn, III* (1968)

Las olas sin espuma viniendo lentamente,
desde la eternidad repitiendo sin ruido
lo nunca.

¿Son de formas distintas? ¿Qué son formas?
¿Son las revelaciones de otra imagen?

Un cielo se separa de este cielo:
las voces de unos ojos que vienen de lo gris.
[...]

Las ramas azuladas que propagan lo no.

¿Son los miembros humanos el centro de este mundo?
¿Lo son todo, acaso?

[...]

Hablaba de tu cuerpo de dedos y de manos
o tocaba en tu frente los milenios de luz.
Y las rosas se abrían dividiendo despacio
la nieve desolada del abismo marino.

Las almas son aún un polvo más oscuro,
una luz más violeta
en el dolmen doliente al que me abrazo.

[...]

El pozo es el hermano del anillo. Remolino de otro mar, inútil es escribir en su interior una fecha o un nombre. En las tinieblas fulge el anillo eterno donde nada tiene fin ni principio, donde nada *es*, por tanto. Pero en el fondo del pozo puede haber agua *inmóvil*, no giratoria.

[...]

Al salir del agua se encuentran coronas de flores. Sobre todo si quien sale del agua es una doncella muerta que así resucita. Reconoce el cielo, siente el frío del aire porque está desnuda. Reconoce los árboles y las plantas tenebrosas de la orilla. Pero no sabe quién es y nunca podrá saberlo. La tierra es un reverso. En ella se oyen sonidos *que ocultan su espantoso silencio.*

[...]

Las casas, los países, como las constelaciones, son la pura imaginación de un orden que no existe. Todo son puntos en movimiento. Cada luz, cada ser, cada ángulo están habitados por el infinito con su disposición en dispersiones. Vemos una torre, una habitación, un sepulcro. Vemos una constelación y vemos el mar, sobre todo el mar. Pero no vemos nada. No hay nada, Bronwyn. No hay nada. *Y todo conspira para fingir que existe, hasta mi corazón apoyado en mi cerebro.*

[...]

Cuando digo *yo* oigo un grito terrible. El cielo negro se acerca a mí. Siento una espiga de hierro en mi interior. Las nebulosas se encienden y se apagan. Algo parece una mujer, pero el alma es otra cosa y no exige el dos. Cuando digo yo, pronuncio la sagrada palabra Uno que sólo Dios podría pronunciar en su vértice inaccesible.

De *Bronwyn, IV* (1968)

Espirales, no esvásticas, de niebla
de mar en un silencio sostenido
por el árbol insomne de los astros.

Como las blancas piedras, lo que yace
emerge con las manos de la nada
en los paisajes de ceniza eterna.

Lo nunca está esperando en el umbral
y el anillo grabado emite llamas.
Bronwyn, mi corazón también es no.

Los abismos son ecos de sollozos;
en la noche del todo te contemplo,
inscripción en el aire abominado.

No dejes que me muera sin mirarme
desde tu bruma verde que respira.
La irrealidad me lleva dulcemente.

Las espirales grises, las doradas
espirales que giran hacia dentro
contienen nuestra sombra en su temblor.

Bronwyn, mi corazón también es no
en un mundo que cierra la presencia.
Manos abandonadas en los cielos.

[...]

La muerte es una muerta. Vemos exteriormente como forma lo que, en el interior, es luz. La muerta es aquella luz que dice *no* eternamente siendo *sí*. En ella se refugia la belleza de la tierra y la belleza del cielo. La amada es esa muerta *que siempre intentará resucitar.*

[...]

El mar está en el cielo y en el cielo

las olas deshaciéndose.

Los cristales creciendo se parecen
a lo que el yerto sueña lentamente.

Deshaciéndose el cielo de los tiempos
en las manos de un mundo que no fue.
[...]

Brumas, resurrecciones y saber
que la luz es lo no,
que lo nunca eres tú,
que la nada es la mano que levanto.

Mi cráneo destrozado por el hacha
bajo el yelmo de hierro.
Mis manos incendiadas y mis tristes,
y mis hundidos sentimientos sombra.
[...]

Bronwyn, es el clamor lo que renueva
mi frente desligada, mis deshechas
manos.

Tu clamor de celeste concedida,
tu plata en resplandor a través de oro:
Eva del otro mundo sin ceniza.
[...]

Triste como un sonido inmemorial,
las armas me abandonan de repente.

Estoy bajando siempre y no lo sé.

Me lo dicen las piedras sobre mí
ya casi mar.
[...]

La noche abandonada de tu voz,
crece sobre los cálices vacíos.

Bronwyn,
ha nevado esta noche y de la nieve
salen llamas azules.

El horizonte está resquebrajándose.
[...]

En medio de la nada está la espiga
como la flor en medio de la nieve.

La muerte es la mirada que, hacia dentro,
ve la vida.
[...]

Bronwyn,
son rosales extáticos,
son nubes de oro rosa,
son cielos de las flores,
lo que tienes en tu
luz.

De *Bronwyn, V*(1968)

Cadáver da
cada verdad.

Soledad.
Sol,
edad.
[...]

Ro-
to to-
do.

Bronwyn, só-
lo lo
no.
[...]

Abrazada,
abrasada.

No abras nada.
[...]

Te amo al atardecer cuando estoy muerto
y mis ojos se mezclan con las hierbas
y estoy lejos del mar y escucho el mar
y tus ojos me miran desde el viento
y es al atardecer cuando estoy muerto.
[...]

Si sales de tu tumba
y vienes a la mía
Bronwyn, me verás:
Estoy arrodillado a través de la piedra.
[...]

De la muerte se puede

conversar con dulzura, Bronwyn
cuando se está
muerto.

De *Bronwyn, VI*(1969)

En la sonrisa triste con que el bosque
repite mi mirada moribunda,
en su reflejo verde de cabellos
áureos, Bronwyn,
estoy como en los trozos de color
blanco de aquella cruz.
[...]

El hielo de las flores está aquí
entre las rayas rotas de una losa
escrita en un idioma de crujidos
y luces divergentes.

Las ruinas de las runas nos circundan.
[...]

Las aves son palabras de agonía.
[...]

Bronwyn,
no salgas de las aguas, no abandones
tu imagen incendiada hace mil años.

Ven hacia lo que no puede tocar
ni el solo pensamiento.
[...]

Las estrellas se graban en la piedra
inmensa que me ciega, Bronwyn,
Bronwyn, que me
[...]

Entre lo negro, Bronwyn, soy lo negro.
[...]

Graves planos de plomo son el cielo.

He de llamar amor a lo que es ir
hacia

De *Bronwyn, VII* (1969)

Cuando te contemplé ya estaba muerto,
muerto como las hierbas, aunque crecen,
como los mares muertos, que son rocas.

Sólo lo que es eterno está en la vida,
aunque lo blanco eleva su belleza
sobre las formas grises de lo negro.

Y simula existir donde el no ser
extiende sus certezas transitorias:
Bronwyn, tu claridad no eternamente.

[...]

Deshecho por el bosque de lo no,
por el bosque de nubes que son luz,
luz de rocas y mares y de hierbas.

Y de cristal deshecho, Bronwyn, que
deshace lo que inmenso se levanta,
se levanta de luz desde lo gris.

De luz que se deshace entre la luz,
de mares deshaciéndose en el mar,
de rocas deshaciéndose en las hierbas.

Bronwyn, que se deshacen en la torre,
en el pantano, Bronwyn, en el bosque,
entre los restos blancos de los hierros.

[...]

Un altar es un bosque, y es un bosque,
Bronwyn, lo junto a ti donde tu blanco
desvanecerlo todo junto a ti.

Cuando te contemplé ya estaba muerto;
muerto, lleno de hierbas y de nubes,

lleno de mares negros y de tu

Cuerpo de bosque blanco en un altar,
torre de nubes blancas en un bosque,
bosque de mares grises en la roca.

Junto a las rocas blancas de las nubes,
junto a las grises nubes de las rocas,
junto a los mares blancos del no ser.
[...]

Envuelto en la luz negra de lo blanco,
envuelto entre las rocas de las nubes,
envuelto en la luz blanca de lo gris.

Envuelto entre las nubes de los mares,
entre los mares de las rocas blancas;
cuando te contemplé, Bronwyn, las hierbas.

Las hierbas lo son todo y el no ser,
las hierbas son lo blanco y son la roca,
las hierbas son la nada en crecimiento.

Las hierbas son los mares de lo negro,
las hierbas son la torre y el pantano,
las hierbas son yo muerto, Bronwyn, Bronwyn.
[...]

SECRETAMENTE ETERNOS EN LO NO

Bronwyn, VIII (1969)

Sé porque me dejaste en el clamor
de lo gris temporal.

Quieres que te comprenda, eternidad.
Bronwyn, mi extremaunción abandonada
al borde transparente de mi cuerpo.
[...]

Solio del corazón amordazado,
palabras como tronos de agonía
reciente en el abismo de lo abierto,
de lo desnudo inmenso que se va
cayendo de una roca, con las manos
cortadas por el tiempo de sus aguas,
soltadas por las sombras, y soltadas
de pronto entre mil años y mil años.
[...]

Incienso en lo incendiario que denota
lo intocable de siempre en soledad.

Pasas entre los ángeles en vilo
tan invisible y cierta como yo,
donde esta agrupación de hierbas abre
su boca.

Sin voz, sólo tu gris desasimiento
vestida por los bosques de los cielos,
adolescente eterna de los dólmenes.
[...]

Sacramentaria Bronwyn, Bronwyn gris
enterrada y de pie frente a mi voz
que mana dulcemente, dulcemente
para lo que no soy, y lo que ya
oscila en órbitas desencajadas.
[...]

Es triste comprender lo que solloza
en el fondo más hondo que uno mismo:

Ver moverse una mano que está muerta.
[...]

Renace, Bronwyn, para no
para no destruir la piedra eterna;
el centro, que en los centros de mi yo,
te eternamente mira.
[...]

Bronwyn, te son mis hierros y mi yo
un cerco perdurable de insistentes
llamas. Te soy, Bronwyn.
[...]

Nunca seré del tiempo aunque en el tiempo
viva.

La eternidad me tiene en su poder.
Somos la eternidad. Blanca viniste
a convencerme, muerto.

De *Bronwyn, n*(1969)

Yrb
row
nwb

Rwynyr nyrwynyr byrwynyr
Wyn Yrw
[...]

Nor
nor Bronwyn

Rob
rob Bronwyn

Row
row Bronwyn

Wry
wry Bronwyn

De *Bronwyn, z* (1969)

CONVERSO CON BRONWYN (ROSEMARY FORSYTH)

[...]

Regreso a tu Brabante
imaginariamente.

Porque aquel año mil ya se perdió
entre las espirales oceánicas
y sería un error
buscarte por las calles de Lovaina
o de un pueblo en la costa
frente a unos frisios rubios que no existen.

Estoy entre los árboles del bosque
sagrado y aquel río
de pantanosas aguas donde estabas.

¿Qué significa *estabas*?

En realidad, nunca estuviste
en paisajes terrestres.
Bronwyn tan sólo fue transformación,
convergencia unitaria,
Rosemary Forsyth,
de tu existencia blanca en este siglo
veinte
y la imaginación de Leslie Stevens.

Pero si algo pervive y resistir
la sombra es existencia verdadera,
Bronwyn, en tu verdad está lo cierto,
acaso más que en sombras cuyos cuerpos
tienen peso y altura,
materia y duración.

Regreso a tu Brabante y en primer
lugar contemplo un horizonte

oblicuo.

En él hay una torre de normanda
forma,
hay una cruz labrada con imágenes
en toda su extensión, hay varias chozas
que emergen, palafíticas,
de las verdosas aguas que fecundan
el cieno del lugar.

Tu imagen no aparece o si aparece
es rauda, transparente,
hecha de conmoción
de yuxtaposiciones velocísimas
del ser y del no ser, como tu doble
persona.

Dime qué es el amor aunque no sepas
de lo que estoy hablando.
[...]

¿O prefieres dejarme que te explique
lo que puede entenderse
por esa fuerza rosa tan oscura,
por ese vendaval de cementerios?

El amor es mirar un centro puro
y ser suyo,
y ser él,
dejando que lo eterno se consuma
en esos dos agentes del misterio.

Las manos en el cielo. Y en la frente
las nubes azuladas, mas también
el amor es un grito inmensamente
horrendo,
porque sabe ya el gusto de la tierra
en las bocas abiertas para el beso
del que escapan las flores,
las estrellas.

Ya ves,
estoy hablándote
como si fueras cierta en la pared
fugaz del pensamiento
que repite la imagen numerosa
de los estremecidos resplandores
de la substitución constante.
[...]

Todo se ha muerto ya cuando contemplo
tus senos de ceniza entre las hojas
doradas de un silencio
grave como la espada vertical
con que todo se corta.

Cuando contemplo el cáliz de tu rostro,
mi graal absoluto,
tan lejos en espacio como en tiempo
y en su combinación de alejamiento
intrínseco.
Cuando contemplo el fuego de tus brazos
ardiendo entre los dólmenes que sueñan
bajo la luz verdosa de los claros
del bosque.

Toco tu corazón con mis palabras
que apenas son humanas por tan ciegas
y mudas en lo inútil;
porque grabar estelas es trabajo
de enterrador y no de amante.
[...]

Nadie me está escuchando cuando te hablo
en el fondo perdido de mis años
traspasados de signos
trasladados a un mundo
que no me reconoce ni me atañe
con sus antorchas negras y sus cotas
de malla.

Hablábamos de amor; no es un deseo
ni una costumbre alada de entender
los cuerpos a las almas,
sino una reducción con una fe
que funden la deidad y se arrodillan
bajo el sol de su imagen.
El amor es un pálido descanso
que apoya la cabeza en una piedra
de colores ignotos
y un sonido candente que responde
sin cesar de ser él eternamente.

Los árboles me miran y las hierbas
me rozan con sus tristes sentimientos.
Pero nada perdura donde tú
desnuda apareciste con corona.
[...]

Recorro los caminos abrasados,
las machacadas zonas de los siglos
profundos, profanados,
y palpo con mis dedos los relieves
confusos de las tétricas reuniones
de restos arqueológicos.

Hacia la lejanía
suena el rumor de un mar ya de otro tiempo.
Igual es como abismo solamente.

Regreso hacia el momento en que consiste
lo presente.

Ando entre peatones y automóviles.
Me pierdo por las calles interiores
con sus casas, no obstante, semejantes
a las que «fuera» me circundan siempre
y me paro por fin ante un espejo.

Voy vestido de gris y mi corbata

es rosa.
He llegado a la edad sin esperanza,
aunque los años puedan, todavía,
sucederse en mi tiempo.
[...]

Me circundan «objetos» que son parte
de mis vidas difuntas.
Y en esta vida viva me rodean
seres a los que quiero y que me quieren
mas en lo humano siempre, sin poder
entrar en el castillo no visible
de aquellos «más allá» que me dirigen
sonambúlicamente.

Siempre supe que no era de este mundo,
con todo he sido fiel a su presencia
y me adhiero con fuerza a lo que *real*
se dice, se figura.

Hablando con la sombra de tu sombra,
postreramente, he de decirte:
fuiste la mensajera de mi muerte,
de mi metamorfosis, Bronwyn.

Mentiría si no reconociera
que en tus ojos vi el rayo del espacio
por el que puede penetrarse donde
.....
[...]

La Nada es una rosa y se parece
a tu ser intocable.

Lo Nunca es un fulgor que, suspendido,
sin producirse existe en los inmensos
conjuntos superiores.

Donde nada lo nunca ni
es siempre junto a ti;

no en imaginación ni en realidad:
en esencia.
[...]

Lo que llamo Brabante no es un sitio
ni el recuerdo de un ávido lugar
con muérdagos y encinas.

Lo que llamo Brabante es un instante
sin tiempo y sin espacio.
Igual que tu belleza es una sola
conjunción instantánea de poderes
secretos.

No hay nadie en el espejo y me contemplo.
[...]

NO MORE BRONWYN
[...]

Bronwyn
in win
in sin
for the wind
[...]

No more Bronwyn
no more my soul Bronwyn
no more my soul in
the clouds of the sough for Bronwyn
in the waves of the heavens of my Bronwyn
of the heavens of my naught with Bronwyn
with Bronwyn without Bronwyn

Nor feeling
nor living
nor thinking
at the void whose name is Bronwyn

De *Bronwyn, x* (1970)

Retorno al campo ciego de los días
áridos
y recorro el país donde los bosques
rezan.

El gregoriano oscuro de los siglos
abre
las puertas de la torre ya sin hojas
blancas.

Retorno hacia el pantano de la mezcla
y hacia la luz morada de los verdes
árboles.

Bronwyn en el umbral en que la sombra
mano
se extiende hacia el follaje transparente
que
encendiendo.

[...]

Bronwyn era el cristal innumerable
difundido en difuntos esplendores,
era con los relieves de mi cruz
el gesto del espíritu.

El bosque circundaba su tersura
y el tiempo al alejarla de su espacio
era manchas de como nieve sangre.

Todo tan transiciones luminosas,
constelaciones y figuras blancas
de lo que nunca estuvo cerca,
ni vivió al mismo tiempo en un espacio.

Todo tan destrucciones silenciosas
cuando las manos fingen conocerse

y son desierto albos sin edad.
[...]

Dispongo de un instante en que pensarte
entre las *n* dimensiones ávidas
que me arrastran al fondo
de un ignorado abismo de vivísimo
ruego.

Te pienso entre tu cuerpo y tu palabra,
entre tu frente de oro y tus cabellos
rosa.
Te pienso entre tu luz y el resplandor
que blanco.

Tu espíritu visible que me mira,
tu lejanía absorta que me toca.
Bronwyn, tu desunión que me deshace
y me vierte en un lago de luz verde.
[...]

Dispongo del instante de los muertos,
de los que vuelven solos junto al dolmen
doliente de sus puros sufrimientos
y pulsan en el arpa de la espuma
su día de diamante más radiante.

Instante de no estar y de perder
la ciega consistencia que la vida
entrega.

Dispongo de un instante y te contemplo
bajando desde el cielo de los cielos
entre tus labios y mis ojos mudos
entre las hierbas mágicas que crecen,
que crecen.
[...]

Todo se ha confundido y queda sólo
un ascua de cristal que se reduce

a cisne de sonido.

La eternidad nos suena en las tinieblas
y somos una sílaba de fuego
en su azulada boca hipergaláctica.

Hosanna, filacterias de los bosques,
mi pensamiento es druida por tu voz,
Bronwyn, Yrwyn, Ynwynyn.
[...]

Aunque te escriba entre los vientos blancos
y aunque me escriba entre las negras rocas,
no logro contenerte como esencia.

¿Hay algo que no sé? ¿Hay un olvido
hundido en la espiral?

Bronwyn, yo sólo quiero comprenderte
y nunca las palabras me podrán
dar nada.

Eternidad, oscuro, dulcemente,
manos, ojos, pantano, rosa, raya,
diamante, disonante, lejanía,
estar, no ser, difunto, persistente,
¿Qué *son*?
[...]

Bronwyn, si el año mil fuera mi tiempo
o tú vinieras a este siglo
que parece ser mío o donde estoy,
todo sería estéril como un cielo
en el que las estrellas fueran piedras.

Bronwyn eres la norma de mi nada,
y la conciencia clara de mi nunca,
aparecidamente.
[...]

Arcos azules bajo el cielo rosa
y pórticos de plata sobre el mar
elevando pináculos astrales.

Una forma violeta reducida
a los tristes celajes asombrados
ante la luz indemne de tu cuerpo,
Bronwyn.

Y el firmamento detenido donde
las letras desvarían de tu nombre
eternamente eterno.

De *Bronwyn, y* (1970)

Bronwyn desgarradora
llena eres de gracia
en la paz que profundo
dejo mi soledad

Espero que la nada
alucinando el reino
me petrifique en aire
rosal

Desgarradora boca
de los ojos que senos
encienden sobre lisa
palidez pantanosa
de mezcla

[...]

Yrwyn de inextinguible
aurora de aureola
inmensidad reciente
de lejanía la

El ruido del silencio
penetrando

La pausa que afilada
recoge

Yrwyn de inacabada
rosario de rosal

[...]

Rwynyr de sol de runa
en de ruinas acorde
Nyrwyr como de no ir
nunca

Bronwyn celebración
de lo presente que
no tiene

Y que no sabe cómo
es tan desvanecida
la voz evocación

[...]

De que no se conmueve
lo que no se

De que nunca lo no
de que nada lo nunca

Se conmueve lo que
desde nunca aparece
y nada

Nada como el amor
en la

[...]

Como si el estremecimiento de una orquesta
pudiera levantar desde la roca blanca
la tan lejos de todo su cristal belleza
de mar y transitoria
los brazos extendiéndose
desnudos en los grises de lo sólo cielo
e ir

Como si el abandono de los campos ellos
pudieran olvidarse de la negra piedra
tan cerca

Y perderse en el sueño de las manos alas
aprendidas de pronto entre las luces hierbas
suyas

Bronwyn y se morir entre palabras

[...]

Bronwyn de corazón de como Bronwyn
elegida un umbral lleno de flores letras
de la perduración y perdición así
tan no que sida

Bronwyn entre las rayas y los rayos Bronwyn
entre las olas y las olas y las alas
y las alas

Bronwyn de lo desnudo de lo nube Bronwyn
inciertamente
dejando
en

¿Es que no puede ser y puede ser no ser?
[...]

Como si el estremecimiento de una orquesta
extasiada en Brabante con los campos sobre
sus temblorosos

Como si el movimiento de lo fulgurante
aprendiera a subir
de lo blanco a lo rosa y de lo rosa rosa
a lo rojo

Como si el cisne de oro se muriera siempre
cuando te miro
[...]

Y de los despedazamientos que suscita
mi tanto residir en la mirada ida
naciera un cisne negro como el orbe negro

Un cisne inmensidad que me envolviera blanco
mientras entre los abandonos de los prados
los dólmenes gimieran hacia ti
Bronwyn

Nyrwyn ynyrwyn
nyrwyr ny Brinwyn
Bronwyn

Y de los despedazamientos descendiera
el oro inmaculado
[...]

Y terminar dejando entre los siglos otros
no los que musitados junto al inclinarse
viví
la petrificación de voz en que conduzco
lo que puede ser yo con un sentido ya
vertido

Dejando entre las persistencias celestiales
los dedos
que no sólo los signos o las expresiones
sino las venas que contienen venas
iluminante de veredas

Un vetear difuso que difunde abierto
constelaciones
y un irse hacia lo sombra con un manto negro
de llamas que te llaman

De Con Bronwyn (1970)

Algo me está buscando por el campo,
o por el bosque negro que fue verde.

Algo de claridad pero sin forma,
como un sonido inmenso que bajara
desde un cielo apartado
por el cielo que existe.

[...]

Nunca supe quién soy,
pero voy
a ser lo que tú quieres sólo siendo
en el sol absoluto donde ardiendo
mueres porque eres.

Voy a ser la eternamente llama
de tu espiga de fuego;
mi resplandor entrego
a tu doliente niebla que me llama.

Caigo en tu corazón que ha de perderse
para que aprenda a rehacerse
desde el cristal azul del océano
al sarmiento quemado de una mano
cerrada al deshacerse.

[...]

Por las sombras desciendo hasta la torre
y vuelvo a ver el mar rojizo
anaranjado.

Y vuelvo a ver los muertos, la corona
de flores aterradas.

[...]

¿Creíste que no vendría
junto a las negras rocas,
cuando de nuestras bocas
el cielo renacía
convirtiendo el espacio
en de plata palacio,
la distancia
en nuestra eterna estancia?

¿Creíste que era muerte
la noche de la suerte,
y el fin de la canción
mi desaparición?

[...]

Bronwyn, ¿estás aunque no nunca
pueda?

[...]

¿Olvidaste
mi primera mirada
cuando me desnudaste
estando ya desnuda y entregada?

[...]

Algo me está buscando entre las hierbas
azules de otra vida.

Algo como una imagen sacramento,
como una niebla de temblor.

[...]

Me has llamado Daena,
Shekina me has llamado,
así me has consagrado:
La que Desencadena.

Ten fe en tu pensamiento

de siquiera un momento.

Quiere lo que deseas
para que siempre seas.
Es porque tú eres mi ángel
que me sabes tu arcángel.

De Bronwyn, permutaciones (1970)

I

Contemplo entre las aguas del pantano
la celeste blancura de tu cuerpo
desnudo bajo el campo de las nubes
y circundado por el verde bosque.

No muy lejos el mar se descompone
en las arenas grises, en las hierbas.
Manos entre las piedras con relieves
y tus ojos azules en los cielos.

Las alas se aproximan a las olas
perdidas en las páginas del fuego,
Bronwyn, mi corazón, y las estrellas
sobre la tierra negra y cenicienta.

III

Contemplo entre las aguas del pantano
y circundado por el verde bosque.
No muy lejos el mar se descompone
y tus ojos azules en los cielos.

Las alas se aproximan a las olas
sobre la tierra negra y cenicienta.
La celeste blancura de tu cuerpo
desnudo bajo el campo de las nubes.

En las arenas grises, en las hierbas,
manos entre las piedras con relieves
perdidas en las páginas del fuego,
Bronwyn, mi corazón, y las estrellas.

IV

Contemplo entre las aguas de tu cuerpo

la celeste blancura del pantano
desnudo bajo el campo con relieves
y circundado por el verde fuego.

No muy lejos el mar y las estrellas
en las arenas grises de las nubes.
Manos entre las piedras con las olas
y tus ojos azules en las hierbas.

Las alas se aproximan. Descomponen,
perdidas en las páginas del bosque,
Bronwyn, mi corazón, y cenicienta
sobre la tierra negra y en los cielos.

De Bronwyn, w (1971)

Bronwyn de las estrellas funerarias,
de las agonizantes aguas verdes
y de las acumulaciones de lo que
roto se descompone todavía.

Bronwyn de las montañas que no existen,
de los abismos desatados, mudos,
y de las negras horas en que todo
se parece a una noria de lamentos.

Bronwyn de los cristales encendidos,
de los cabellos negros como el oro,
de las rodillas rubias como tantas
promesas de las sombras a las sombras.
[...]

Cielo de mi desgarramiento rígido,
agua de mi pobreza de desierto,
blancura de mi gris desenterrado,
cuerpo de mi existencia incertidumbre.

Bosque de mi llanura donde estéril
una concentración de muertes calla.
Relámpago incendiario de la noche
vertida en las estrellas de tus ojos.

Palabra de mi lúgubre silencio
perdido entre las rejas del horror
de un hierro milenario que me cerca.
Bronwyn descendimiento, sola Bronwyn.
[...]

De tan negra la noche está dorada
y las estrellas rojas de tan blancas.
En el campo sin paz hay una luz
inmaterial que viene de la esencia.

Bronwyn, tu claridad me reconoce
aunque soy una roca entre las rocas
y me graba las letras de tu nombre
en la fosforescencia del espíritu.

Has vuelto a la presencia donde el agua
nace para que puedas ser visible,
entre los sentimientos del invierno
y el crecimiento azul del horizonte.

Y tu color de Bronwyn resucita
y tu cuerpo de Bronwyn y tu blanca
corona de cristal inaccesible:
constelación del centro, eternidad.
[...]

Constelación o cabellera, Bronwyn,
y vendaval azul desde lo blanco.
Bronwyn llena de llamas de temblor,
iluminante Bronwyn de los astros.

Contemplo en el reflejo de tu imagen
los números sagrados y sus númenes,
los posibles sonidos que trasvasan
la claridad vivida sin el tiempo.

Inmensidad celeste que te muestras
a la negrura de la yerta roca,
a la pasión con que las alas quietas
desencadenan su color funesto.

Virgen del infinito, sola Bronwyn,
relámpago que rasgas la blancura
donde tu propia luz se reconcilia
con un mundo que exige que haya cuerpo.

De La quête de Bronwyn (1971)

Un ruido me ha dejado
entre las ruinas,
entre las ruinas de los tiempos rotos,
entre las ruinas de los ruidos lívidos,
entre los reinos de los rotos ruidos.

Bronwyn de los brumosos de Brabante
bosques donde la búsqueda no vuelve,
ven a mi conmoción desolación.

Rosa del pensamiento de las rosas
no busques mi cabeza en la maleza,
busca mis verdes ojos en los rojos
confines del cristal y del metal.

Sombra de tu belleza de la sola
ingravidez azul de la tristeza,
tu corazón me envuelve, me conduce
a las blancas blancuras de las landas
hacia las lontananzas de las lanzas.
[...]

Los dragones me vencen invisibles
aún.

Escruto en el silencio de la gruta
las runas bajo el blanco de la luna,
y mientras busco el hilo de la busca
desde la nada afilo con mi espada
algo en mi corazón que es de dragón.

Combato con un monstruo, no lo mato.

Busca, proseguiré siempre buscando:
castillo del anillo,
hoz de la blanca voz.

Una sombra me nombra;
mi nombre no es de hombre.

Me arranco de lo negro hacia lo blanco,
me arranco de lo blanco hacia lo rojo,
de lo rojo me arranco; quiero el oro,
el oro de tu ser y fenecer,
cáliz azul en que la luz hallada
sella la lucidez de lo infinito.
[...]

De pronto vi la luz y no era luz,
era el sonido, Bronwyn, de tu nombre.

Iré en tu busca Bronwyn hasta que
el valle de las runas no se calle,
y el árbol de los ojos y las hojas
no deje de gemir entre las ruinas.

Anegado en la luna de aquel lago
las aguas absolutas que me anegan
me ciegan y crepitan en las ramas,
llamas con que me llamas.

Sólo trozos encuentro, sólo pozos
de sollozos y gozos.
Y mi locura busca en la llanura
la altura de la albura,
inmaculada rosa desolada.

Umbral desconsolado del erial,
azulado cristal de lo alejado,
ven.
[...]

Única,
rúnica,
inmensidad, inmensa inmensidad.
De mi boca enterrada va mi voz
al bosque donde el humo que te busca

sufre desde sus páginas de azufre.

Blanca en el firmamento de lo blanco,
sobre la blanca landa sólo blanca,
sola en el firmamento de blancura,
locura de lo blanco en la blandura.

Cuando todo se invierte,

en el bosque me buscan y es tu voz
en el ávido abismo de mí mismo;
me buscan entre trozos, entre pozos;
me buscan sin saber que soy el bosque.

Nunca te encontraré porque el encuentro
habría de ser fuera y estás dentro.
[...]

En la bruma del tiempo, tengo Bronwyn
el brillo de tu frente, de tus brazos,
tu blanco amanecer entre lo blanco.

Mi feudo está en el fuego de mi fe,
dulce niebla que das desde la nieve
los días, las diademas que perdías,
diademas de diamantes y de días.

Coronas y corolas son las olas
del mar de tu mirada murmurante.
Bronwyn, tu corazón es el Graal,
piedra de lo absoluto, piedra pura.

Pálida plata blanca como luz
celeste por los cielos de tu frente,
cisne de la locura de los cielos,
cisne de inmensidad en los anhelos.

Cisne de tu color de sólo cisne,
lis de tu claridad de sólo lis,
dulce alejas de mí la lejanía,

me dejas con mi voz que desvaría.
[...]

Brillante Bronwyn, Bronwyn del abismo
del abismo absoluto de mí mismo.
Brabante es el instante más distante.
Nunca lo encontraré porque en lo nunca
voy errante.

La nada junto a mí como lo nunca,
sangre como de sangre sólo sangre.

Eran las escaleras, pero no eras.

El cielo se celebra sobre el cieno
y las encinas ciegas de ceniza
alzaban en su alzar lo que soñaban,
lo que soñara el cielo sobre el cieno.

Eran las eras grises, mensajeras,
eran las mensajeras de las eras,
eran las mensajeras de las horas,
eran ya sin mensaje las auroras.
[...]

Corazón sin coraza, lanza
sin esperanza.

Mi cimera es de muerte y de quimera.

Flores de los horrores,
cadenas de las penas,
el grito del granito,
el lis ya sólo gris,
pozos de los sollozos,
esencia de la ausencia.

Las ruinas de lo rubio entre los ruidos
azules del celeste cementerio.

Era su corazón, mi destrucción
era.

Tiemblan entre las mieses y los meses
lises ya no plateados, sólo grises.
[...]

La rosa
nace en el centro de la blanca cruz.

He vuelto a ser la luz donde la luz
deja de ser la luz para ser luz,
en el centro del centro de los centros,
en la rosa de rosa de las rosas.

Cisnes enloquecidos me circundan,
me inundan con sus alas, con sus olas
albas donde las albas lontananzas
esparcen sus aladas esperanzas.

Y me sepultan cisnes y son cielos,
cielos llenos de cisnes y de cielos
cayendo sobre mí, siempre cayendo
sus aludes de alturas, sus aludes
de alburas desoladas con las alas
abiertas en lo blanco.
[...]

Los cisnes son las alas de las almas,
las alas de las alas,
las alas de las almas de las alas,
los álamos del alma,
las almas de los álamos,
las alas de las almas de los álamos,
las almas de los álamos del alma,
las almas de las almas,
las alas en las alas de las alas,
las alas en las almas de las alas,
las olas de las almas,
las olas de las alas

las olas desoladas de las almas
las olas de las alas de las almas,
las alas de las olas de las alas,
las alas de las olas de las almas,
las almas de las olas de las alas,
las almas de las alas de las olas,
las olas de las olas,
las alas,
las olas,
las almas.

En la tumba (1971)

En la tumba Inútilmente

me busco por los bosques.

Y mi cota de malla sólo es polvo,
un ceniciento polvo que respiro.

Creía que otros ojos eran alas.

Las olas me circundan y estoy ciego,
solo en las rocas negras de la fiebre.

Ni mis manos unidas se separan
en mi clara yacente junto al gris.

Creía que otros ojos eran alas.

Un arcángel murió cuando nací
y me dejó un palacio en el espacio.

Creía que otros ojos eran alas.

Bronwyn, mi corazón, eran tus alas,
las alas que me cubren en la tumba.

Bronwyn en Barcelona (1971)

I

Bronwyn?, ¿Barcelona?, ¿a qué viene esto? Desde el momento en que me hago preguntas es que todavía soy un «ser humano». Si bien creo que todos los espejos mienten pues, de lo contrario, yo no podría haberme visto jamás, tengo que admitir que hay «personas» que aseguran haber hablado conmigo, haberme visto, haberme oído. Bronwyn es una doncella céltica que vivió en el siglo XI en Brabante (aunque, en realidad, sea una artista de cine que vive en California). Pero ¿existe todavía California?

Respecto a Barcelona tengo mis dudas. A veces su transparencia se dilata y estalla. A veces es una sola calle con ropa sucia colgando, y a veces es un sonido agudísimo a la orilla de un mar macizo, como de hierro. Pero Bronwyn ha venido a Barcelona. No es que la haya visto todavía, pero sé que Rosemary Forsyth (Bronwyn) ha salido de Brabante en peregrinación a Roma y que uno de estos días —estamos aún en el siglo XI— pasará, ha pasado o pasa por Barcelona. ¿Por qué? Todavía no lo he averiguado, ya que para ir de los Países Bajos a Italia no hace falta pasar por Barcelona (y menos aún para ir a Roma desde California). Cabe que ignore siempre la causa de este viaje e incluso si es cierto o sólo un rumor.

Estoy escribiendo en una máquina de escribir, luego no vivo en el siglo XI todavía, pero tal vez cuando nazca de nuevo caiga en ese tiempo, pues, ¿es obligatorio ir hacia el futuro?, ¿quién, quién lo manda?

Y si escribo realizo algo que es bastante normal en los seres humanos. Quizá Bronwyn sea la causante de que sea un «ser humano» y tenga «semejantes» (esto es, tipos odiosos que se juzgan iguales a mí). Si Bronwyn es la causa, no debe de ser cierto que ella pertenezca al siglo XX y se llame Rosemary Forsyth, ni tampoco que haya nacido el año 1000. Sin duda estamos, por lo menos, en el año (cifra borrada por la

lluvia o por el llanto) antes de nuestra Era, y yo soy uno de los ángeles de que hablará un libro que será famoso, el Libro de Henoch.

El libro cuenta que los ángeles vieron a las «hijas de los hombres» y se «enamoraron de ellas», ¿hijas de los hombres?, ¿enamorarse? Sí, y por esto cayeron. Ahora empiezo a comprender por qué veo algo en los espejos cuando me miro, por qué hay vísceras en medio de la cristalina sonoridad de un espíritu y por qué frases como «el fondo de los fondos o lo cerca» (Juan Eduardo Cirlot, Donde nada lo nunca ni) no pueden ser entendidas ni aprobadas por nadie y menos en Barcelona, la ciudad del humo y de la inquisición.

He ardido en tantas hogueras... Tal vez por esto pienso que vivo ya en el siglo XI y tal vez por esto los ojos de la boca, la boca que mira y los cabellos manos y las luces acuáticas de Bronwyn me pudieron convencer. ¿De qué?

Brabante ha sido invadida por el mar.

California está clavada en un estandarte. Y el rey que lo lleva se llama Juan II de Aragón. Veo un joven muerto, con aspecto de tuberculoso. No puedo ser yo. Una larga espada dorada yace a su lado. Bronwyn no está. El joven se llama Pedro y su corona se convierte en un montón de ascuas. El año 1466 ha pasado como un fantasma por entre mis ojos y los suyos. ¿De quién?

Mientras termino de escribir y me persuado de que no soy un ángel del Libro de Henoch (Bronwyn habría de venir a Barcelona para que lo creyera, y me lo tendría que decir en un idioma que yo no entendiera), voy cayendo oscuramente por un pozo sin fin, sin color, sin sonido.

Me han atormentado tanto que jamás sabré ni siquiera lo que pude ser, no lo que soy. Pero nadie ha podido torturarme tanto que me haga declarar que soy como ellos, de su estirpe. NON SERVIAM.

¿Y sin embargo? Sin embargo, queda el *todavía*. Aunque me arrancaran el cuerpo con tenazas de acero y me arrancaran el alma con palancas de diamante, algo mío seguiría gritando: *todavía*. Y cuando el

planeta ya no exista (y el único gesto sensato de los humanos haya sido aniquilarlo) se oirá: TODAVÍA.

Y es porque otro mundo habrá nacido. Bronwyn estará en Barcelona y yo la contemplaré desde mi lejanía angélica. Pero, entonces, ¿por qué habrá venido a Barcelona? EL FONDO DE LOS FONDOS O LO CERCA. No hay otra respuesta.

De *La doncella de las cicatrices* (1967)

habla, vive
no es en la habitación

el lugar no
no

sin empezar nada
[...]

ilumíname
porque yo
celebrad alturas
¿yo qué?
criatura del éxtasis
rosa de tiniebla
creo
[...]
estaba
demasiado humo
en un lugar humano demasiado
en un
[...]

no es palabra amor
no hay muerte aquí
tampoco

también
tan bien

De *Dos poemas* (1967)

Con los cristales rotos otro cielo
hice frente a tus ojos de cristal.

¡Qué roja es la palabra pensamiento!
[...]

Lo que nunca se parece a lo que nada
da.

Despedirse de nada es muy difícil.
[...]

Hasta nunca, ya siempre te diré
te he dicho, te decía
desde nunca.
[...]
Estabas junto a ti donde la noche
del silencio caía desde el cielo.

Tanta es la oscuridad como las aguas.
[...]

Entonces reconozco mis orígenes:
perdiendo, regresar.

Cuando anochece el corazón oscuro
mi boca se levanta entre el incienso.

A mis antepasados militares (1968)

A mis antepasados militares
Os prefiero
entre todas las sombras
que precedieron, vívidas, mi antorcha.

Perdonad que me acerque hasta vosotros
sin ser lo que pudisteis
ser.

Os toco con mis manos habituadas
a trabajos y tétricas funciones.

Mis espadas de bruma os substituyen:
pero yo nunca pude...
Lo sabéis.

Estáis con vuestra lívida estatura
más allá de la muerte y del error
de vivir.

Las batallas os dieron una luz
que no tengo.

Sagrados, vigilad
por mí.

El fuego es necesario como el agua;
lo maldito nos pide que le abramos
las puertas. ¿*Quién* nos llama
cuando una joven gris se nos acerca
con los caballos blancos por el humo?

Su rostro de invisibles cicatrices
grita.
[...]

No podré sollozar cuando se aleje
la roca en que levanto mi negrura.

Sin ojos y sin boca no podré
sino mover las alas rojas, luz
oscura.

Siempre en lo tenebroso me detienes,
hacha.
[...]

Todo en la soledad es de demonio.
Necesito el infierno para verte
como eres.

Escrita en las paredes de una casa
deshecha en miles de años con su sombra
grabada en un basalto que respira.

Y tus cabellos verdes que parecen
áureos.

Cristo, cristal (1968)

Clavo,
lavo,
esclavo.

Ni cristal ni crisol.
[...]

Cruz, cruce.
Luce, luz.

Cristo, tal
cristal.
[...]

La noche abre sus ojos que respiran;
sus letras del abismo de cristales
y las coronas nacen de las aguas,
de las rosas del centro con dulzura
en medio de la calma de fulgor.

Levanta su cabeza de la roca
el palacio de plata transparente.

El árbol infinito resplandece
y la dorada sangre de aire blanco
atraviesa la rueda de las llamas.
[...]

La noche abre el palacio de la sangre
atraviesa la roca de aire blanco,
sus rosas de cristales con dulzura

y la dorada rueda transparente.

Del infinito centro de fulgor,
de las letras de plata de las aguas,
levanta su cabeza de las llamas.

En medio de la calma que respira
el árbol del abismo resplandece
y las coronas nacen de sus ojos.
[...]

Soy en lo mismo que doy,
en la paz de la palma,
en la calma del alma,
en la cruz de la luz.

Rojo rosa de blanco rosa rosa (1969)

Debajo de debajo de lo que
•
Escrito entre las olas
•
Los álamos flotando en la cabeza
•
Y los ojos eternos de lo no
•
Pasando de un color a una materia
•
Visitaciones de
•
Y no ser aun estando
•
Sencillamente solo en lo que allí
•
Palacios transformados en palabras
•
Yendo contra los labios y las manos
•
Que tanto la corona brillaría
•
Viniendo de otro ser
•
En el ocaso de las runas
•
Con todo amanecer de luz tan fría
•

Espíritu por si
•
Paisaje convertido en una forma
•

Invencible transido por los vientos
•
Torre deshabitable para que su mi alma
•
Indudable adorada más allá
•
Procesional eterno a la campana puede
•
De hierro que respira
•
Ir
•
A la tormenta verde desatado
•
En la esperanza crece la montaña
•
Irrupción a lo abriéndose
•
Calor desvanecido de color
•
Sucesiones de rondas y de rumbos
•
Tocando la pared que retrocede
•
Campanarios de rosas
•
En éxtasis lo múltiple
•
Lo llano ya no existe
•
Pináculos que alejan los incendios
•
Rayos como palabras dibujando
•

Las torres han perdido sus cimientos
•
Muslos de las estrellas
•
La inmensidad se mueve hacia delante

•
Cabelleras que estiran de los fondos naciente su temblor
•
Promontorios de plata desprendida
•
Con sus ojos y rueda
•
Velocísima fuga de lo sombra
•
En éxtasis la flora de los bordes
•
Topacios que palpitan lentamente
•
Llagas que se transmutan como besos grabados en la roca
•
Por fin la nada existe como nada
•
El vientre de los cielos es tan blanco
•
Oscuridad de concha cada vez menor
•
La frente es el paisaje de sin tiempo
•
Invertidos los pozos
•
Vencido lo vencido en lo irisado
•
Diamante sin instante
•
Cayendo hacia la altura inconsolable
•
Ávido todavía
•

Inútil la distancia
•
Lo disuelto corpóreo
•
Rojo rosa de blanco rosa rosa

Tres fragmentos de la ciudad de la nada

1

Si no tuvieras
ni dónde ni por qué,
si solamente gris
fueras la resonancia de un olvido
o de un llanto fingiendo
el paso de la nieve entre las nubes,
la desgarrada línea
que marca lo que hubiese
podido ser alguna
imagen, y si no
fueras algo
te pediría, Sombra, que volvieras
la alucinante luz de tu lejano
irte
raudo en la inexistencia de lo que
es.

2

Ven a la habitación lejos del cielo
donde no llegan rosas ni gemidos.
Las olas solamente son las olas.
Contémplate en las olas desoladas.

Dos mil doscientos años están vivos.

3

Hablarte no es cantar ni sollozar,

doncella de Cartago.

Te quiero no es decir te necesito,
no es hablar del amor ni de cerrados
éxtasis compartiendo los rosales.

Te quiero solamente es admitir
que te existo.

Que contengo tu ser en esta página
nacida de las ruinas de mis labios.
[...]

Elegía cartaginesa
Cartago se parece a mi tristeza.
Canto de la vida muerta, 1946

Cartago nos contempla.
Anahit, 1968

El espíritu inmundo me ha vencido
y mis actos han sido la oración
junto al bronce candente de la Bestia.

Llantos entremezclados con aullidos
no han encontrado nada junto al mar.
(Las casas en las calles de un desierto
herido por arados y sembrado
con la sal oscurísima del odio).

Cartago exterminada se levanta
entre los movimientos ciegos que
graban su eternidad de destrucción;
estela cenicienta entre la arena.

Ni siquiera se acercan los leones
a los pies de las cruces donde crecen
los desnudos instantes que mis ojos
vieron dentro del cerco destrozado,
mientras siniestras luces desataban

los cuerpos sin sonido del infierno.

Estoy bajo la sombra de Cartago,
buscando en mis papeles qué nacía
en lugar de los hijos de mis años
mentales transmutados en metales.

La sombra de Cartago es una rosa;
su verde cabellera se aparece.
Todos los horizontes son su tumba.

Toco las lividece desoladas,
los muros de una sombra delgadísima.

Vuelvo a mi casa viva en Barcelona
una tarde de agosto como tantas
en este siglo veinte que se asoma
a los espejos todos de los ciclos.

Contemplo una moneda de Cartago,
negra, contaminada por los tiempos
de mi informe interior que se derrama
buscando en un perfil o una palmera
los motivos insomnes del abismo.

Mi habitación se rompe como un pan,
se ofrece como un cáliz a los dioses
que siempre dirigieron mis acciones,
los pergaminos secos de mis sueños.

Las olas que me acosan en la música
me piden compasión y no sé darla
ante los sacrificios y los ídolos

a los que cantan siempre los instintos
de lo mortal inscrito en la tristeza.

Levanto con los ojos la cabeza,
levanto la memoria y un cuchillo.
Contemplo las doncellas desgarradas,

las ofrendas de musgos recorriendo
los siglos aplastados de repente.

Vienen lanzas de plata, se congregan.
Y rugidos que quiebran las montañas,
los muros y las aguas de Cartago.

Y contemplo la virgen no tocada
con su traje de tierra adolescente
y sus bucles tan grises como el humo
en medio del murmullo proceloso
en cuya noche infame reconozco
el anhelo esencial de mi irrupción.

Cartago es la existencia que perdura
sólo por la paciencia de ese nunca
que espera entre los signos del futuro
y en los palacios negros erigidos
para ser derribados por materias
de furor llameante.

Los velos se amontonan en el fondo
de las cisternas mudas como esfinges,
sin más agua que el sol de la esperanza
entre las perversiones del acaso.

Mueven los cielos altos sus alturas,
y el color amarillo de Cartago
confunde su color con el color
de la Cartago azul agonizando.

En los residuos rotos y enterrados
unas voces inciertas se convierten
en un coro que muge en desvarío.

En mi secreto sufre el de Cartago,
por eso vuelvo al solio amordazado
y busco en los osarios inmanentes.

Los muros invisibles se reflejan

en las manchas rojizas; tantos ojos
ardieron en las casas fascinadas.

El círculo mortal de catapultas
no cesó de arrojar rocas y llamas.

Con el vientre cortado por un hacha,
los labios de Cartago se entreabrieron.
.....

Mi corazón oscuro me recuerda
perdido entre cadenas y relámpagos.
Las númidas azules cercenaban
cabezas y cabezas de caballos.

Recuerdo una mujer vestida de oro
de rodillas, sin brazos, en silencio.
Y varias niñas blancas como el mar
clavadas en las puertas de Cartago.

Entre las convulsiones y las joyas
un gesto inenarrable desprendía
los pájaros profundos de su amor.
Y una máscara roja recubrió
las cicatrices negras de mi rostro.

Acordes sepulcrales prosiguieron
cuando de los sollozos humeantes
brotaron incesantes surtidores.

Las naves aterradas aún gemían
entre los aldabones del océano.

Se apilaron cadáveres vivientes
y seres ya sin alma pero vivos,
con los trozos oscuros de los templos.

Una llanura rosa taladrada
de llagas y de cráteres rosados
solamente quedó de la ciudad:

eterna transparencia de los tiempos.

¿*No tomas una copa*?, me preguntan.
Y me ofrecen un vino tembloroso.
Es una prostituta de ojos verdes
con un traje de cera palidísima.

(Cerca se mueve el mar cartaginés,
un tejido de voces femeninas).

El bar lleno de sombras se reduce
y resuenan campanas. Las miradas
expresan el horror del mutilado
que oculta sus muñones bajo trapos
de color indeciso y antiquísimo.

¿*No tomas una copa*?, me repiten.
Pero entonces descubro en la pared
(tras la cabeza aquella sin edad)
un relieve de plata con un águila.
Y mi brazo se eleva en el ritual
saludo acostumbrado. Noto un peso.
Voy vestido de hierro, me doy cuenta:
fui de los destructores de Cartago
y es inútil que mienta o que me finja
esclavo, fugitivo o moribundo,
blanco montón de huesos entre huesos.
[...]

Retrato de M'Nerca

Carbón del deshilado
velo de los cabellos en sortijas.

Estrellas de carbón en los espejos,
carbón de los carbúnculos ocultos.

El ávido marfil que le servía
de carne se alejaba

por una playa enorme bajo el humo
del *molok*.

El peso de las manos en la luz
abría la belleza dominando
las rejas de la nada.

Espejos de carbón sobre el marfil
amaneciendo apenas. El tumulto
cerraba los umbrales sepultados.

Los muslos en la muerte, la mirada
escrita en las arenas de la playa
sin mar.

Estrellas de carbón en las estelas
en que triunfa la noche sobre el día.

Los del cielo balidos terminaron.
La casa lejanísima lloraba:
sólo era transparencia de otras ruinas.

Transparencia de nieve y de carbón,
de niebla y de basalto,
sobre el temblor inerme en el que yo
me parezco a Cartago.

Y la doncella estaba donde fui
y donde ya no quedan inscripciones
entre los blancos muros de carbón.

Fueron tantas las cruces, las hogueras,
M'Nerca.

Y el ávido marfil que le servía
de carne se alejaba como un alma.

De *El incendio ha empezado* (1969)

Sintiendo que se mueran las estrellas
cada día,
sintiendo que se mueran los palacios
cada noche.

Sintiendo que se muere el pensamiento
hablo.

[...]

Lloraba en la llanura de los ojos,
vidriado y recortado por un águila
interior.

Entonces me acordé de la belleza
y la rompí despacio.

[...]

Lleno de letras X estoy vivo
entre seres humanos.

¿Quién soy?

[...]

Mis destrucciones forman mi prefacio;
pero, ¿dónde está el fuego de la cima
de la culminación, la cumbre y la pirámide
del libro?

De *Hamlet* (1969)

Tiniebla y claridad. Ser y no ser
unidos en lo gris donde la mezcla
eleva su castillo sin sonido,
la castidad doliente de sus lanzas.

En el oro, lo negro se reviste
de celeste fulgor para acercar
su rostro hacia las alas de las aves
que rozan las almenas de la niebla.

La mezcla nos confunde en su color
de transparencias que se agregan sólo
en superposición de movimientos
y de inmovilidades desvariantes.

Las escaleras gimen cuando el alma
desciende por su sombra hacia la piedra,
o sube por su piedra hacia la sombra
que finge ser un ángel entre anillos.

La luz, la oscuridad, como el silencio,
o la palabra sorda de los siglos
entre las yuxtaposiciones de los tiempos
pensados o vividos solamente.
[...]

¿Cómo voy a perder lo que no existe?
¿Perdería las nubes de las rocas?
¿Los mares de las hierbas sollozadas?

Quiero, querer, quisiera defenderte
del espacio que es tiempo,
del castillo que es polvo,

y de esa oscura torre que repite
tu dorada cabeza sin almenas
donde sueñas que existes y así existes.

Nadie puede llorar por mi no ser,
ni por mi padre muerto eternamente.
Mi padre no creó las alimañas
ni el cáncer, ni el cangrejo de tenazas
tenaces.

La Nada era su reino inacabable.
Dudo que me asemeje a su color
en los ojos del alma.

[...]

Vuelve a la claridad, amado príncipe.
¿Dónde están tus hermanos, tus amigos?
¿Dónde, Ofelia y Laertes?

¿Y dónde, todavía, está tu madre?

Mi madre es lo terrible: la caverna
de cieno que me empuja hacia otros cienos
que confundo con cielos.

Mi Madre es lo más triste: la siniestra
la dolorosa tierra que soporta
los abrazos frenéticos del tiempo,
del rey usurpador que creó el mundo
destruyendo la nada en sus raíces.

[...]

Señor, perdona te pregunte.

¿Sobre el temblor terror de la cortina
y el grito de quien cree que muere?

Di.

[...]

Y tras hablar así
dejando que su cuerpo se perdiera
por una galería inolvidable,
Hamlet abrió la imagen de la niebla
y se deshizo en lívido temblor,
como su cabellera rubia y gris,
mientras su traje negro sollozaba
lleno de signos humeantes.

Mas su armadura ardiente de palabras
continuaba escribiendo y continúa.

De *Cosmogonía* (1969)

venimos de la luz con nuestros dedos
esparcidos de pronto entre las cifras
de las negras galaxias desprendidas
de un monte cenital

en el polvo vivimos con los ojos

propagaciones anhelantes
bajamos por los prados carcomidos
invadimos las destrozadas voces
al ver Bronwyn
[...]

en la muerte es la vida lo que espera
asomando sus dientes
traspasando la tierra abandonada
con sus monstruos de cera y ecuaciones

El «modelo» del deseo está ahí. Su estar no es signo de esperanza (posibilidad), pues la distancia (espacio, tiempo), desuniendo, impide. La intuición de amor es absoluta. Todo lo de después (ser o no ser) es relativo, contingente, deteriorado. Está amenazado desde dos interiores y toda la exterioridad.

*

Ser ahumano sólo es un aspecto de ser amundano. El que rechaza en su fundamento un cosmos espacial-dinámico-temporal, rechaza lo humano. Se rechaza a sí mismo en cuanto no es pensamiento extático.

*

El hombre interior puede pensarse como ser ahumano. Basta con que haga abstracción de todo cuanto le rodea circunstancialmente. Y todo es circunstancia (no sólo el lugar, la época y la situación); hasta el cuerpo, el pensamiento y el destino propio son circunstancia.

*

Nadie, en realidad, puede ayudar. Nadie puede hacer nada por ti, ni en lo esencial ni en lo circunstancial. No debes esperar nada, desear nada, confiar en nada. Tienes, sin embargo, que seguir actuando (pero, progresivamente menos, orientado a lo sólo necesario), porque tu circunstancia lo exige. (Por ahora).

*

Desinteresarse de todo lo exterior es imposible, razonablemente, cuando se tiene ya una existencia construida con interrelaciones. Basta recordar el «verdadero carácter» de todo ello, y buscar el equilibrio en lo interior. Pero no como plenitud de sentido, ni como *lugar* donde lo universal refluye o coexiste, sino como la pura nada.

*

El arte es necesario en la medida que facilita sucedáneos (a veces transfigurados, nunca equivalentes) de ciertas de nuestras carencias dominantes. También es necesario (o concebible) en la medida en que «re-presenta» nuestro acaecer.

*

La vida: una música que crea esculturas que, por seguir siendo música, se desarrollan, culminan, cambian, decaen, cesan.

*

Paradójicamente, y por antítesis, la conciencia de vivir lanza a la muerte. Sólo vive lo inconsciente.

*

La que llamo *Bronwyn*, en poesía, es el centro del «lugar» que, dentro de la muerte, se prepara para resucitar; es lo que renace eternamente.

*

Si la vida es nada es porque en ella no lo somos todo. Y ser un «trozo» (de espacio, de tiempo, de vida, de materia) *no basta*. La vida es carencia. Por eso es dinamismo.

*

La sexualidad y la arqueología son lo mismo, o, mejor dicho, surgen de lo mismo. De la noción de que en la materia está *ello* (el secreto de la vida eterna).

*

La «duración» de ciertos objetos arqueológicos (sílex con 200.000 años de antigüedad) nos afecta por nuestra limitación temporal, en la medida en que esta actúa sobre la capacidad de ideación. El pensamiento humano soportará probablemente las mismas torturas que hoy, bajo *x* envoltura, dentro de 2.000.000 de años *x n*.

*

El deseo, necesario para que exista algo (= todo), no terminará nunca, si no terminamos con el universo, no ya con el planeta.

De *La sola virgen la* (1969)

A la que verde de
modulación y no
palpitar hojas entre
boca desde la blanca

Ruidos entrelazados
de donde lo que sólo
las puertas ante puertas
debajo de debajo

Absorto los incendios
eterno se deshace
para que como fue
alejada consuma

[...]

Dejado solo como
agitación sin su
de cuanto separado
vigilia mar sin luz

En este volvería
remos los ciegos remos
los que sólo son con
cementerio que avanza

Sonidos sentimiento
de cuanto lo si que
no nunca siempre por
encima de los ojos

[...]

La sola que ya sólo

es la donde la ya
cuando la que ya no
es la que si de ser

Luz que centra lo luz
agua que nace el agua
bosque de todo bosques
piedra como y por un

La nada suscitada
lo nunca de no sido
lo que devoran alas
vuela ya con sus aves

[...]

Pero ser persistencia
contra la roca roca
que despacio y refulge
de pura elevación

Estar contra los clavos
y las piedras que lloran
como las auras nunca
tocadas por su voz

Estar lleno de llamas
contando lo que reina
deshaciéndose en ya
tormentos y tormentas

[...]

Delicada insondable
a pesar de la duda
que lo lejano siembra
tanto que no consiste

Prometida indulgente
hablar de lo que se
deshace en lo vacío
jamás como retorno

Ausencia constituida
no tiempo de materia
bajo lago de piedra
red donde pensamiento

[...]

Inútil es que inútil
amontonando piedras
hablar como si sólo
sol pudiera cavar

De mundo espacio inerte
inscrito de distancias
cayendo hacia lo denso
de lo silencio propio

Inútil que es inútil
condicione ese no
por tantos fuegos negros
amontonado en mi

De *Un poema del siglo VIII* (2.ª versión) (1970)

Son los restos del hierro entremezclados.
Son signos, huesos, llamas
que persisten en láminas de piedra.

Olas, entrelazadas, alas,
azules espirales, cruces.

Las ruinas de las runas en silencio.
[...]

Ni una mano sostiene todavía
la voz que dominaba la llanura.

Los relieves de piedra se deshacen,
entre hierbas las joyas se desnudan,
las nubes permanecen.

Los restos de los pálidos relieves
habitados por ángeles.
[...]

Lo triste,
de todo lo más triste
son las canciones oídas al final.

Los árboles murieron como flores.

(Escucho:
todos hablan de guerra, de unos muros
inútiles).
[...]

Pasan las negras nubes por el cielo

blanco.

Pasan los crisantemos de los soles
ávidos.

Pasan los cementerios y las rojas
avalanchas de muertes indelebles.

Pasan.

De *Denuncio la tortura* (1970)

Apilamos la leña indiferente,
la leña más bien verde
para que lenta ardiera bajo el cuerpo
helado de la virgen hechicera.

Con cadenas atamos sus caderas
al poste ennegrecido.

Las hierbas en el campo sollozaban
como las disonancias del crepúsculo.

Pasaba gente negra entre los rojos
resplandores del sol de las antorchas.
Y prendimos la llama a los ramajes
sin viento.

No sé si ella lloró, ni si lamentos
unían su temblor al de la hoguera.

Era en el siglo XII y es ahora.
[...]

La oscura enfermedad con sus seis dedos
entraba en las entrañas profanándolas.

Hundía sus seis lenguas en las cálidas
vísceras en silencio.

El ritmo del dolor era de pronto
una montaña inmensa, un precipicio,
un lago cenagoso y palpitante.

La enfermedad seguía perforando

los túneles dorados de aquel cuerpo.
Y la rosa deshecha preguntaba
a Dios qué sucedía.

El cielo emocionado era una sábana.
[...]

Me están atormentando.

Me queman las rodillas con pedazos
de maderas ardiendo.
Y las llamas me llegan hasta el vientre.

El dolor es un mundo de repente
abriéndose a lo lívido que muge.

Dicen que cortarán con sus cuchillos
los nervios de mis brazos, de mis piernas
si el fuego las perdona.

Puedo hablar del dolor y estoy muriendo
en la música atroz de mi recuerdo.

La sangre es la verdad.
[...]

Acaban de cortar mi mano diestra
con un hacha embotada.
Miro los borbotones que me brotan
del muñón repentino.

Ahora lo quemarán para impedir
que muera.

Mi brazo mutilado ha de servir
de vivo testimonio.

¿Mi crimen? No recuerdo.

Ya no recuerdo nada entre los haces

de cristales feroces que me tienen
entre sus alaridos espinosos.

La sangre es la verdad, tomadla toda.

De *Quinto canto de la vida muerta* (1970)

Pienso en su corazón lleno de encajes,
en su vientre tatuado por espinos,
en sus muslos pintados de azul claro.

Está detrás del mundo en que consumo
los dedos de mis días y las bocas
doradas de las rocas infernales.

Vivo entre su sepulcro y un jardín
lleno de letras grises y gemidos
como un humo de nombre solitario.

Su sexo se ha borrado de su tiempo.
Respira con los ojos, y en su casa
la cera y la ceniza son los ángeles.
[...]

Telas le pertenecen
blancas o negras, húmedas,
hierbas de roto vidrio,
paredes y mandrágoras.

Llamas le pertenecen,
flores y recorridos
entre mármoles pálidos,
bocas desvaneciéndose.

Tristes le pertenecen
palabras o lamentos,
dedos con estertor
como de incierta araña.

De *Los restos negros* (1970)

Las rosas se parecen a las rosas;
arden en su patíbulo espinoso.
Superior al amor es el placer
de desgarrar el rostro despiadado.

El estandarte es rojo y amarillo,
con un dragón sin alas ni reflejos
del oro abandonado entre las puertas
de las casas perdidas por el mundo.

Me arrodillo sin manos entre ortigas
y la voz se me va con la mirada.
Sólo llamas azules acarician
el lugar destrozado que yo fui.

Y vi las calcinadas dispersiones
a la rojiza luz de las estrellas
dispersas como el alma por un cielo
sin orden y sin paz eternamente.
[...]

La mujer de los dos cuerpos se acercó
por el campo de siembras abrasadas.
Una de sus figuras era negra.
La otra era anaranjada como el sol.

De pronto quiso hablar. Sólo sombríos
sonidos estridentes encendieron
los ámbitos insomnes del silencio.
Sólo la oscuridad era verdad.

El cielo estaba gris, de mi cabeza
brotó una llama azul y el horizonte

se descompuso en signos de colores
siniestros como lágrimas de muerto.

Muros llenos de sangre se elevaban
sin orden, por doquier, entre animales
de piedras diferentes y una música
de vibraciones graves y muy lentas.
[...]

La mujer de dos cuerpos separó
sus dos mitades rojas como mármoles,
iguales en lo herido y en lo hiriente.
Iluminaba un bosque con sus llamas.

Un pedazo de bronce me miró
con sus pupilas negras de otro siglo.
Cantaban coros ciegos por los cielos.
Yo era la Gran Esfinge para siempre.
[...]

Si la palabra puede ser poder
anhelo y oración siendo lo mismo,
que la aniquilación me espere cuando
termine con mi pulso mi ceniza.

No quiero ni perderme en el Urano
ni llegar a la paz pero existiendo.
Que no transmigre nada de mi error,
que no queden partículas de mí.

Rechazo la belleza del abismo
superior como rechazo la hermosura
de una tierra que fuera el paraíso
o de un cielo infinito y absoluto.

Niego mi condición con mis dos ojos,
como niego mi luz y mi recuerdo,
como niego las obras de mis días
y mi propia existencia en este mundo.

De *Orfeo* (1970)

Como un lago de sangre y de mercurio
tu luz se me aproxima desde el monte
partido en dos mitades por tu imagen.

Tu sexo de dragón se precipita
desde la negra roca del sepulcro
hacia las avalanchas de la vida.

Pero sólo es un sueño de colores,
con una tierra azul, un mar dorado,
ríos tornasolados hacia el fondo.

Tus brazos gigantescos se separan
de los contornos que, del horizonte,
bajan a los diamantes de tus días.

Tus muslos de color de sacramento
teñidos de escarlata y de oro rosa
oscilan en espacios disidentes.

Y de tu muerte brota un surtidor
de fuego amarillento que respira
a través de un gemido milenario.
[...]

Ya no recuerdo nada de tus dulzuras pétreas,
ni sé cómo era el grito de tus fuegos vivientes.

Ya no puedo acordarme de la caverna roja,
de la caverna negra, de la caverna blanca.

Ya no sé si los cielos están bajo la tierra,
ni recuerdo el vagido de las olas de encima.

Ni reconozco el tacto de los tallos que crecen
hacia la verde sombra de las profundidades.

Ya perdí la corona con que me coronabas,
las llamas y las rosas y el rumor de raíces.

Ya no sé si mi sangre vertida era tormento,
ni si de lo sublime llovían las violetas.

Ya no recuerdo nada de tu basalto blanco
ni de tus precipicios de tersuras titánicas.

Ya no recuerdo el sueño de tu dorado vientre
donde suave crecía trigo carbonizado.

Ya no recuerdo el orbe de tus montañas ávidas
irguiéndose tan cerca que aplastaban mi espíritu.

Ya no recuerdo nada, Perséfone, y me alejo
hacia el helado filo de una espada desnuda.

Mi máscara es la lira: yo mato cuando canto
aunque esa muerte sea también mi propia muerte.
[...]

Dejando deshacerse lo que en mí
es árbol, catarata, sol, pantera,
empiezo a comprender mi claridad.

Ni siquiera la pálida amatista
puede significar lo que abandono
al borde de la llama de mí mismo.

Ni un cerco de diamante, ni el azul
celeste se aproximan a quien arde
donde el espacio ignora dimensiones.

Si fui cruficado no me acuerdo,
ni si me mutilaron previamente.

Nadie puede llegar a donde estoy.

Pasaré por la muerte como luz,
y como sombra paso por la vida:
Cristal de los cristales encendidos.
[...]

Dejé todos los valles de las vidas,
dejando las caricias con las manos.

Cordillera de rosas canta y sírveme
de apoyo.

El mar es un pedazo de cristal
bajo mis alas negras como el cielo.

Ya me olvidé del cuerpo y del color
de las praderas suaves y humeantes.

La luz es solamente la belleza.

Mi lira está esperando en la galaxia
y las flores devoran los volcanes.

Cordillera de hielo canta y sírveme
de apoyo.

¿No ves que soy tu dios y me dirijo
a mi ciudad de hierro transparente?

De *Inger Stevens, «in memoriam»* (1970)

I

Venid a mirar conmigo cómo
era su extraña pureza. Muerta,
un palacio de plata sin llaves,

Inger Stevens.
Muerta en la pregunta de tus ojos.
Muerta en la claridad de tu cuerpo.
Muerta entre tu boca y tus cabellos.
Muerta entre tus luces juveniles.
Muerta con sus suavidades rubias.
Muerta con tus tormentas ignotas.
Muerta con tu color de topacio.
Muerta con tus senos de jardín.
Muerta con tu frente de imposible.
Muerta con tus amarillas manos.
Muerta con tu sol desvanecido.
Muerta en las avenidas sin nadie.
Muerta en los cristales de otras casas.
Muerta sola de amor y abrazos.
Muerta de dar todo siempre al nada.
Muerta de convicción, rosa muerta.
Muerta de lo absoluto del nunca,
Inger Stevens.

Una costa de amatistas áridas
junto al mar de doliente platino
sostiene tu recuerdo, Inger Stevens.

Repartida en el cielo sonríes
Inger, y tus imágenes blancas
difunden una vida de tenue

transformación de eternidad pálida.
Inger Stevens, muerta de llama,
Inger, Inger.

Muerta de corazón y de viento.
Muerta de desnudo o de ramas.
Muerta de no ser del mundo rojo.
Muerta de buscar la espiral ida.
Muerta de abandonar tu belleza.
Muerta de no querer ser tocada.
Muerta de ver lo no permanecer.
Muerta de no saber un camino.
Muerta de no pensar en la roca.
Muerta de ya todo desdeñarlo.
Muerta de crisantemos azules.
Muerta de tantos días diamantes.
Muerta de tantas noches caídas.
Muerta de tan herida por única.
Muerta con las estrellas violetas.
Muerta con las cenizas aladas.
Muerta con los labios infinitos.
Muerta con la muerte, los jazmines,
Inger Stevens.

[...]

IV

Las palabras azules se pudren en los árboles,
las hierbas de la casa se alejan por el mar.

Pero no todo es nada para la inmensidad,
ni esta esfera es acaso sino una sola sombra.

Paredes infinitas superponen sus ojos,
ráfagas de silencio se agregan al silencio.

Se acercan los planetas y enormes rosas crecen
en los muebles oscuros que la vieron vivir.

Crecientes dispersiones alejan sus destellos,

las cifras de su nombre deslíen su materia.

El cementerio ruge bajo las telas sordas
y las cruces que arañan el firmamento roto.

Todo cuanto es culpable se va como las joyas,
se va como los días, negro como los años.

Masas de vidrio ardiendo se detienen en vilo
y un huracán de rocas petrifica el océano.

Doradas y distantes sus imágenes quedan
en extraños acordes de tiempos transformados.

Venid a ver la losa con sus letras de llama;
ha muerto Inger Stevens, que lo sepan los ángeles.

Ángeles de otro espacio con otras dimensiones,
de un absorto universo que es todo eternidad.

De la ceniza crecen en ese mundo blancos
árboles de diamante con hojas de zafiro.

Un palacio de plata sonrosada la espera
con su luz cegadora que nace del espíritu.

Inger ya está muy lejos de la tierra del hombre
que musita alaridos cuando sueña el amor.

Venid a ver la losa con sus letras escritas
y comprobad su muerte donde los muertos reinan.

Permitid que la mire con mis ojos de plomo,
que mercurio derrame bajo la flor de Sirio.

Permitid que me corte las manos y la voz
junto al abismo grave que se encierra en sus alas.

[...]

LOS CIELOS YA SE HAN IDO, NO TE CONTEMPLA

NADIE INGER STEVENS.

De *Inger*, *permutaciones* (1971)

I

Inger
Ingre
Inerg
Inegr
Inreg
Inrge

Igner
Ignre
Igren
Igrne
Igern
Igenr

Iegrn
Iegnr
Iengr
Ienrg
Iergn
Ierng

Irgen
Irgne
Irneg
Irnge
Ireng
Iregn

Nigre
Niger
Nierg

Niegr
Nireg
Nirge

Ngier
Ngire
Ngeir
Ngeri
Ngrei
Ngrie

Negir
Negri
Neigr
Neirg
Nerig
Nergi

Nreig
Nregi
Nrgei
Nrgie
Nrieg
Nrige

[...]

Prólogo

magia del corazón en que la magia
mezcla los alfabetos y cabellos
los desiertos cabellos y las letras
grabadas en las losas temblorosas

oculto sacramento mis tus ojos
lanzada de los labios al azul
en el helado blanco del triángulo
bajo la frente eterna de la frente

olas como sonidos de las olas
bajo las verdes hierbas de las hierbas
que de mi voz se elevan en mi voz
sueño de unas materias desunidas

cuerpo de claridad como tu cuerpo
ceñido por los ángeles de un bosque
de los ángeles que llevan un fulgor
bajo las nubes grises de lo gris

Bronwyn desconocido cisnes hablo
armadura candente no ya lucho
mío temblor de todo contención
nunca donde lo nada sólo ni
[...]

Final

déjame deja Bronwyn deja déjame
horca sin otro mundo donde que

llego remotamente Bronwyn y
déjame si mire cuando para

y esperar del olvido sólo solo
hacia lo despertar entonces como
árboles de recuerdo nube pasa
grito de los metales cima fuego

no manos no sonido me aproximo
el hacha prisionera de pared
herencia que permite negra la
por tus abrasadora luz en ello

abandonada sombra de mar lento
amada que desciende con sus astro
ruego ceniza pálida apareces
al fondo de los fondos o lo cerca

destierro noche rota de común
oscilaciones rosa de mi rosa
tan como perdición sabia de no
que respirar es llamas y no ser

Bronwyn desconocido cisnes hablo
armadura candente guantes rojo
mío temblor de todo contención
nunca donde lo nada sólo ni

Momento (1971)

Mi cuerpo se pasea por mi habitación llena de libros y espadas y con dos cruces góticas;
sobre mi mesa están *Art of the European Iron Age* y *The Age of Plantagenets and Valois*, aparte de un resumen de la *Ars Magna* de Lulio.

La fotografía de Bronwyn (las fotografías) están en sus carpetas, como tantas otras cosas que guardo (versos, ideas, citas, fotos).

Si ahora fuera a morir, en esta tarde (son las 6) de finales de mayo de 1971, y lo supiera de antemano
no me conmovería mucho, ni siquiera a causa del poema *La Quête de Bronwyn* que está en la imprenta.

En rigor, no creo en la «otra vida», ni en la reencarnación, ni tengo la dicha (menos aún) de creer
que se puede renacer hacia atrás, por ejemplo, en el siglo XI.

Sé que me espera la nada, y como la nada es
inexperimentable, me espera algo no sé dónde ni cómo, posiblemente ser en cualquier existente como soy ahora en Juan Eduardo Cirlot.

Mi cuerpo me estorbaría y desearía la muerte —¡ah, cómo la desearía! — si pudiera
creer en que el alma es algo en sí que se puede alejar e ir hacia los bosques estelares donde el triángulo invertido de los ojos y la boca de Rosemary Forsyth

me lanzaría de nuevo a la tierra de los hombres, porque en esta vida no he sabido o no he podido
trascender la condición humana, y el amor ha sido mi elemento,
aunque fuese un amor hecho de nada, para la nada y donde nunca.

Estoy oyendo *Khamma* de Debussy, que, sin ser uno de mis músicos favoritos (estos son Scriabin, Schönberg y otros) no deja de ayudarme cuando estoy triste, que es casi siempre. Mi tristeza proviene de que me acuerdo demasiado de Roma y de mis campañas con Lúculo, Pompeyo o Sila,
y de que recuerdo también el brillo dorado de mis mallas doradas de los tiempos románicos,
y proviene de que nunca pude encontrar a Bronwyn cuando, entonces, en el siglo XI
regresé de la capital de Brabante y fui a Frisia en su busca. Pero, pensándolo bien, mi tristeza es anterior a todo esto, pues cuando era en Egipto vendedor de caballos, ya era un hombre conocido por «el triste».

Y es que el ángel, en mí, siempre está a punto de rasgar el velo del cuerpo,
y el ángel que no se rebeló y luchó contra Lucifer, pero más tarde
cedió a las hijas de los hombres y devino hombre,
el ángel es el peor de los dragones.

De *44 sonetos de amor* (1971)

Señora de las sombras, de las horas,
señora de las bestias, de las plantas,
señora de los cielos donde cantas
los astros rutilantes donde moras.

Tus manos son azules y son santas,
tus brazos escarlatas son auroras.
Toda tú son los fuegos que devoras,
toda tú son las floras que levantas.

Señora de los vivos, de los muertos,
señora de los reinos, de las ruinas,
señora de las brasas, de las brisas;

los quemados desiertos ya son huertos
cuando en tu resplandor los adivinas.
Y cuando entre relámpagos los pisas.
[...]

Mediadora del cielo y de la sangre
deja que mi existencia se reduzca
al brillo a que tu fuego me conduzca
y deja que en tu orilla me desangre.

Dueña de la dulzura tenebrosa
y del fulgor oscuro de la muerte,
tan solamente a ti vaya mi suerte,
rosa del sufrimiento, negra rosa.

Deja que deposite ante tu espada
los palpitantes trozos que yo soy,
los restos de cristal en que consisto.

Pues para ser en ti no he de ser nada.
Voy a la destrucción y como voy
ya sé en el sol del alma que no existo.

De *Homenaje a Bécquer I y II* (2.ª versión) (1971)

I

Y caer
las oscuras aquellas, las tupidas
como lágrimas.

Y caer
las ardientes, aquellas de rodillas.

Sus nidos como lágrimas del día.
Sus nidos. Sí, sus nidos.
[...]

De tu jardín absorto y de rodillas,
las palabras que el vuelo refrenaban.

Pero aquellas oscuras madreselvas,
pero aquellas tupidas golondrinas,
pero aquellas cuajadas de rocío.
[...]

Volverán del amor a tus cristales
aquellas como lágrimas del día
en tu jardín ardientes a sonar,
y otra vez a la tarde las oscuras
sus flores abrirán.

Pero mudo y absorto de rocío,
como se adora el ala al contemplar
y caer.
[...]

Las lágrimas ardientes a escalar,

las palabras cuajadas, las palabras.

Y caer, como nidos
de tu jardín absorto ante el altar.

Madreselvas, ardientes golondrinas,
aquellas madreselvas.
[...]

Tu corazón, aquellas,
nidos, balcón, aquellas,
aquellas golondrinas.

Pero mudo y absorto,
pero aquellas rodillas.
Rodillas, tapias, tapias.
[...]

Las oscuras, oscuras,
las tupidas, tupidas.

Pero mudo y absorto.

Golondrinas,
golondrinas.

De tu jardín las tapias a sonar.
[...]

II

Mi dicha, corazón, las golondrinas,
de tu jardín las tapias a escalar
y otra vez a la tarde, aún más hermosas
cuyas gotas mirábamos temblar,
pero aquellas cuajadas de rocío,
pero aquellas que el vuelo refrenaban
pero aquellas oscuras madreselvas...
[...]

Volverán del amor en tus rodillas
las gotas a caer,
pero aquellas que el vuelo, las ardientes...

En tus oídos. Mudo
y absorto, ¿volverán?

¿Volverán a escalar como se adora?

Nuestros nombres caer
como lágrimas, tapias, desengáñate;
así no.
[...]
Golondrinas palabras,
ardientes madreselvas.

Las tapias a sonar en tu balcón,
las oscuras, oscuras, las oscuras.

Pero como
de rodillas, absorto (las rodillas)
y caer, como lágrimas del día,
desengáñate.

En tu balcón aquéllas, las tupidas,
pero ésas...
[...]

¿Volverán?

Tu corazón, de su profundo sueño
en tu balcón sus nidos a colgar.

¿Volverán?
[...]

Rocío en tu balcón, pero las tapias,
sus flores de rodillas, golondrinas,
ardientes a escalar.

¿Volverán las oscuras?

Las oscuras palabras de las gotas,
las madreselvas de rocío como
rodillas.

¿Volverán las oscuras madreselvas?

Del día
rocío en tu balcón
y caer,
¿volverán?

De *«Non serviam»* (1972)

Como una inmensidad tan denunciada
perdiéndose
y no llegando nunca ni siquiera
a ser lo que suplica.

Dejándose las alas en los ojos,
abriéndose,
desanudando rocas de las nubes,
cayendo por los rostros y los tiempos
y de la voz ignota a las palabras.

Lo múltiple es lo negro virginal
propagando su vaso centelleante
y los zafiros gritan,
mientras del crisantemo del espíritu
se evaden las siniestras esperanzas
de goces inauditos,
de torturas sublimes,
de aplastamientos verdes como soles.
[...]

Príncipe del reverso de los cielos,
lo oscuro me alimenta con sus fuegos
tan grises como yo.

Siempre vuelve la muerte a conocerme
y a perderme en la siembra innumerable
que fluctúa en los antros de lo eterno.

Láminas de rumor desamparado,
cimientos de un palacio abominable,
palabras de perdón y latigazos,
gritos entre los muros de los años,
cuchillos en los ojos de las flores,
bordes de piel quemada junto al mar,
abrazos como un pan lleno de sangre,
corderos en el fondo de los pozos,
siniestros corazones que suplican,
tormentas de la raya vacilante,
rodillas como piedras que volasen,
sombras que configuran lo ya no,
montones de cabezas y de escombros,
luces que nacen raudas y se pierden,
rosas que se asemejan a las rosas,
gemidos proferidos a lo lejos,
umbrales derribados que se mezclan,
entrelazados blancos diferentes,
miradas de carbón atormentado,
un géminis de estatua y de suplicio,
la reina del infierno y sus mitades.

Un episodio de la Guerra de las Galias (Sin fecha)

César no me miró, pero me dijo:
empezarás la lucha por el frente
con sólo una legión y sin jinetes
ni fuerzas auxiliares que te apoyen,
pues debes soportar el principal
ataque.

Todas las demás fuerzas cercarán,
dejando largo tiempo, al enemigo
que así se supondrá con la victoria.
Tienes que resistir y decidir
el foco del combate general.
Ve, anda.

La décima legión fue dispersándose.
Avanzan espaciadas las cohortes.
Voy al lado del águila y a pie.
La herida me duele todavía,
pero el sonido sordo de las armas
me alienta.

Los galos se aproximan por los valles
bajo el cielo brumoso. Ya comienzan
sus gritos a poblar las lontananzas.
Y sus masas de pieles y metales
forman un gran triángulo confuso
que tiembla.

Después de la batalla recogieron,
entre los hierros rotos y los otros
muertos rojos y blancos, por la noche,
mi cuerpo despojado y lo llevaron
a la pira que espera a los difuntos

legados.

Yo vi cómo las fuerzas se reunían
tras la victoria lenta y perseguida.
Me vi lleno de heridas y de muerte.
Lleno de soledad y de silencio.
Seguía junto al águila, muy lejos.

Bibliografía

Este listado recurre como guías a las ediciones de la poesía de Juan Eduardo Cirlot a cargo de Victoria Cirlot (*Bronwyn*, Siruela, Madrid, 2001), Enrique Granell (*En la llama. Poesía [19431959]*, Siruela, Madrid, 2005) y Clara Janés (*Del no mundo. Poesía [1961-1973]*, Siruela, Madrid, 2008). Se trata de las ediciones manejadas para la elaboración de esta antología. Tal y como Granell recoge en su nota a la edición, «la mayoría son publicaciones a cuenta del autor», por lo que no se especifica «taller de impresión» y únicamente se indica el año en el que se edita.

En el caso de las obras pertenecientes al ciclo *Bronwyn*, que se presentan agrupadas en un único bloque en esta antología —y situadas en su cronología lógica en este listado—, se marcan con una B final.

En el caso de que ninguno de los poemas de esa obra se incluya en esta antología, se indica con una N final.

Seis sonetos y un poema del amor celeste (1943).

La muerte de Gerión(Editorial Berenguer, Barcelona, 1943).

Oda a Ígor Strawinsky [sic] y otros versos (*Entregas de Poesía*, 1944).

Árbol agónico (*Fantasía*, núm.º 16, 1945).

En la llama (Librería Argos-Editorial, Barcelona, 1945).

Canto de la vida muerta (1945).

Donde las lilas crecen (Helikón, Barcelona, 1946).

Cordero del Abismo (Argos, Barcelona, 1946).

Susan Lenox (Helikón, Barcelona, 1947).

El poeta conmemorativo (El Libro Inconsútil, João Cabral de Melo impresor, 1948). N.
Elegía sumeria (Librería Clan, Madrid, 1949).
Diariamente (Imprenta de Juan Jové, Barcelona, 1949).
Eros (Ediciones Cobalto, Barcelona, 1949). N.
Yo también canto la Navidad (Filograf, Barcelona, 1949). N.
Montserrat (1949). N.
Lilith (1949).
Ontología (*Dau al Set*, Barcelona, 1950).
80 sueños (1951).
Manuel Capdevila (Ediciones Sagitario, Madrid-Barcelona, 1951). N.
13 poemas de amor (*Dau al Set*, Barcelona, 1951).
Amor (1951).
Libro de oraciones (*Dau al Set*, Barcelona, 1952).
Segundo canto de la vida muerta (Imprenta Alcor, 1953).
Tercer canto de la vida muerta (1954).
El palacio de plata (1955).
Cuarto canto de la vida muerta (escrito y difundido en lecturas poéticas en 1956; publicado en Ediciones de La Isla de los Ratones, 1961).
La dama de Vallcarca (*Correo de las Artes*, núm. 4, 1957).
Blanco (1961).
Los espejos (1962).
«Regina tenebrarum» (1966).
Las oraciones oscuras (1966).
Las hojas del fuego (1967).
Oraciones a Mitra y a Marte (*Papeles de Son Armadans*, núm. CXLIV, 1967).
Once poemas romanos (*Papeles de Son Armadans*, núm. CXXXIII, 1967).
Marco Antonio (1967).
La doncella de las cicatrices (1967). N.
Dos poemas (1967).
Bronwyn (1967). B.

Bronwyn, 2 (*Árbol de Fuego*, núm. 2, 1967). B.
Anahit (*Dau al Set*, Barcelona, 1968).
El palacio de plata / Cristo, cristal (1968).
Bronwyn, II (1968). B.
Bronwyn, III (1968). B.
Bronwyn, IV (1968). B.
Bronwyn, V (1968). B.
Poemas de Cartago (*Papeles de Son Armadans*, núm. CLXV, 1969).
El incendio ha empezado (*Árbol de Fuego*, núm. 11, 1969).
Hamlet (1969).
Cosmogonía (1969).
Del no mundo (La Esquina, Barcelona, 1969).
El pensamiento de Edgar Poe (*Papeles de Son Armadans*, núm. CLVI, 1969). N.
La sola virgen la (1969).
Bronwyn, VI (1969). B.
Bronwyn, VII (1969). B.
Bronwyn, VIII (1969). B.
Bronwyn, n (1969). B.
Bronwyn, z (1969). B.
Un poema del siglo VIII (2.ª versión) (*Árbol de Fuego*, núm. 31, 1970).
Denuncio la tortura (*Papeles de Son Armadans*, núm. CLCCVI, 1970).
Quinto canto de la vida muerta (1970).
Los restos negros (1970).
Orfeo (1970).
Inger Stevens. «In memoriam» (1970).
Bronwyn, x (1970). B.
Bronwyn, y (1970). B.
Con Bronwyn (1970). B.
Bronwyn, permutaciones (1970). B.
Bronwyn, n2 (1970). B. N.
Inger, permutaciones (1971).

Donde nada lo nunca ni, I y II (1971).
Momento (1971).
44 sonetos de amor (1971).
A Inger Stevens (1935-1970) (*Fablas*, núm. 22-23, 1971). N.
Homenaje a Bécquer, I y II (1971).
Ocho sonetos por un sueño (*Papeles de Son Armadans*, núm. CLXXXVIII, 1971). N.
Bronwyn, w (1971). B.
La quête de Bronwyn (1971). B.
«Non serviam» (1972).
Ocho variaciones fonovisuales sobre el nombre de Inger Stevens (1935-1970) (escrito en 1972; publicado en 1996, en *Inger*, Enrique Granell [ed.], Café Central y la Librería del Museu d'Art de Girona, Barcelona-Gerona). N.
Ocho variaciones fonovisuales sobre el nombre de Bronwyn (1972). B. N.
Nueve variaciones fonovisuales sobre el nombre de Bronwyn (1972). B. N.
Perséfone (*Cuadernos Hispanoamericanos*, núm. 272, 1973).

Notas

[1] Durante el proceso de corrección de esta edición se ha publicado la biografía Cirlot. *Ser y no ser de un poeta único* (Premio Antonio Domínguez Ortiz de Biografías 2016; Fundación José Manuel Lara, Sevilla, 2016), de Antonio Rivero Taravillo. No he podido manejarla para mi trabajo, pero no quisiera dejar de mencionarla aquí. <<

[2] «Tu» en la edición de trece ejemplares (según la edición de Enrique Granell). <<